NIEBLA EN LA MENTE

Por Salvador Rangel Abud

NIEBLA EN LA MENTE

Una novela de Salvador Rangel Abud

Sinopsis

"El Alzheimer no es una enfermedad. Es una forma de naufragio."

Heriberto Carmini despierta a las seis y media de la mañana, como ha hecho durante treinta años. La cafetera ronronea, el café llena la cocina con su aroma. Todo normal hasta que mira el calendario en el refrigerador: círculo rojo marcando cita médica a las 10:30 am. El reloj de pared marca las once y media.

Por primera vez en setenta años de vida ordenada, Heriberto olvidó una cita. Y lo más terrible no es haberla perdido sino darse cuenta de que no recordaba haberla olvidado. Como si parte de él hubiera estado durmiendo mientras la otra seguía viviendo.

Así comienza el naufragio lento del Alzheimer. No con tragedia épica sino con pequeñas derrotas domésticas: olvidar dónde dejó las llaves, no recordar si tomó la pastilla, buscar palabra que se esconde detrás de la lengua como gato asustado.

Clara, su esposa de cincuenta años, observa con mezcla de amor y terror. ¿Cómo se ama a alguien que está dejando de ser quién era? ¿Cómo se abraza a fantasma que todavía tiene cuerpo?

El diagnóstico llega con claridad médica brutal: Alzheimer de inicio tardío, progresión moderada. El doctor Bonetti habla de placas amiloides, neurodegeneración, pérdida irreversible de función cognitiva. Heriberto escucha las palabras pero apenas las procesa. Clara toma notas con mano temblorosa.

Los meses siguientes son cartografía del olvido. Heriberto empieza a perderse en su propio barrio de Buenos Aires. Confunde a sus hijos con desconocidos. Llama a Clara por nombre de su madre muerta hace treinta años. Pregunta mismas cosas diez veces en una hora.

Pero hay momentos de claridad devastadora donde Heriberto sabe exactamente lo que está perdiendo. Noches donde llora en brazos de Clara diciéndole "no quiero olvidarte, por favor no dejes que te olvide."

Clara decide no dejarlo ir solo. Aprende a recordar por los dos. Teje con manos pacientes lo que la mente de Heriberto deshace con torpeza. Le habla del pasado que él ya no puede recuperar: "¿Te acordás cuando nos conocimos en el baile del Club Español? Me pisaste el pie tres veces y aun así acepté que me invitaras a salir."

Los hijos no saben qué hacer con sus propios miedos. Sugieren residencia especializada. Clara se niega. "Prometí acompañarlo en la enfermedad. No sabía que significaba esto, pero lo prometí."

Heriberto escribe carta antes de que el olvido lo tome completamente. Una carta a Clara para cuando él ya no sepa quién es ella. La esconde en una caja de recuerdos. Clara la encuentra meses después de su muerte.

En la carta, Heriberto le explica que el amor no se acaba con la muerte ni con el olvido. Que está presente en maneras que ella no imagina: en su forma de preparar café pensando en cómo a él le gustaba, en su manera de regar plantas que plantaron juntos, en historias que cuenta a nietos sobre abuelo que ya no recuerdan.

Clara aprende verdad difícil: extrañar a alguien y estar bien no son contradicciones. Puede llorar su ausencia y al mismo tiempo sentir gratitud por cincuenta años compartidos. Puede ser viuda y seguir siendo esposa en memoria que mantiene vivo.

Los nietos vienen los domingos. Clara les cuenta sobre Heriberto: cómo cultivaba rosas, cómo silbaba cuando cocinaba, cómo la miraba después de cincuenta años como si la estuviera conociendo por primera vez.

Y así Heriberto permanece. No en su cuerpo que ya no está ni en su mente que se perdió en niebla. Permanece en amor que dejó sembrado en quienes lo conocieron.

Esta no es historia sobre médicos ni medicinas ni terapias milagrosas. Es simplemente historia de hombre que empieza a perderse y mujer que decide no dejarlo ir solo. De amor que aprende a expresarse cuando palabras ya no pueden decirlo. De memoria que se borra pero esencia que permanece.

Porque al final, lo que queda no son fechas ni nombres. Es huella dejada en quienes nos aman.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, doctor en ciencias y escritor. Escribió esta novela inspirado por experiencia familiar con Alzheimer. Su formación médica le permite describir enfermedad con rigor clínico sin deshumanizar a Heriberto. La ternura con que aborda tema refleja comprensión profunda de lo que significa amar a alguien cuya mente se desvanece.

Detalles de publicación

Título: Niebla en la mente
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Drama familiar / Realismo médico
Ambientación: Buenos Aires, Argentina (contemporáneo)

Protagonistas: Heriberto Carmini (Alzheimer), Clara (esposa cuidadora)
Idioma: Español
Año de publicación: 2025

Nota del autor

Escribí esta novela porque en mi familia ha habido Alzheimer. Vi de cerca lo que significa amar a alguien que está dejando de ser quien era.

No quería escribir historia inspiradora sobre "superación" ni manual de cuidados. Quería escribir sobre amor ordinario enfrentando pérdida extraordinaria. Sobre ternura que persiste cuando memoria se va. Sobre pregunta que todos evitamos: ¿qué queda de nosotros cuando olvidamos quiénes somos?

Heriberto no es santo ni héroe. Es hombre de setenta años cuya mente se deshace como papel mojado. Clara no es mártir. Es esposa agotada que a veces resiente circunstancias pero elige quedarse porque prometió acompañarlo.

El Alzheimer se describe con rigor médico: placas amiloides, neurodegeneración, pérdida progresiva de función cognitiva. Pero nunca pierdo de vista que detrás de diagnóstico hay persona con cincuenta años de recuerdos compartidos que se están borrando.

Buenos Aires es escenario perfecto: ciudad que sabe de nostalgias, de pérdidas, de despedidas que no se dan de golpe sino en cuotas.

La carta que Heriberto escribe antes de perderse completamente es corazón de la novela. Es su manera de decirle a Clara que el amor trasciende memoria. Que puede olvidar su nombre pero no puede olvidar cómo se sentía estar con ella.

Esta novela es para familias enfrentando Alzheimer. Para cuidadores agotados que necesitan saber que están haciendo lo correcto aunque se sientan perdidos. Para quienes han visto a ser querido desvanecerse en niebla.

Y es recordatorio de que memoria se borra pero esencia permanece. Que lo que somos no vive en fechas ni nombres sino en huella dejada en quienes nos aman.

Salvador Rangel Abud
2025

Licencia

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Palabras clave

Alzheimer, demencia, cuidador familiar, Buenos Aires, amor en vejez, pérdida de memoria, neurodegeneración, dignidad en enfermedad, carta al olvido, ternura

---

Temas principales

- **Alzheimer como naufragio:** Hundimiento lento donde pasajeros siguen conversando hasta que agua les llega al pecho
- **Amor que trasciende memoria:** Clara aprende a amar a alguien que está dejando de ser quien era
- **Cuidado sin heroísmo:** Ternura ordinaria en circunstancias extraordinarias
- **Identidad y memoria:** ¿Qué queda de nosotros cuando olvidamos quiénes somos?
- **Carta al olvido:** Heriberto escribe antes de perderse completamente
- **Permanencia de esencia:** Memoria se borra pero huella permanece en quienes nos aman

---

Personajes principales

Heriberto Carmini: 70 años, jubilado, hombre de orden y listas, desarrolla Alzheimer, escribe carta antes de perderse

Clara: Esposa de Heriberto, 68 años, 50 años de matrimonio, cuidadora principal, aprende a recordar por los dos

Los hijos: Sugieren residencia especializada, no saben manejar propios miedos ante enfermedad del padre

Dr. Bonetti: Médico que diagnostica Alzheimer, explica con claridad brutal lo que viene

Los nietos: Conocen a abuelo mediante historias que Clara cuenta después de su muerte

---

Contexto médico

Alzheimer:
Enfermedad neurodegenerativa progresiva. Acumulación de placas amiloides y ovillos neurofibrilares en cerebro. Pérdida irreversible de función cognitiva: memoria, lenguaje, razonamiento, orientación espacial.

Síntomas iniciales:
Olvidos frecuentes, dificultad para encontrar palabras, desorientación en lugares conocidos, cambios de personalidad.

Progresión:
Deterioro gradual durante años. Eventualmente: pérdida de reconocimiento de familiares, incapacidad para realizar actividades básicas, necesidad de cuidado total.

No hay cura:
Medicamentos pueden ralentizar progresión pero no detenerla. Cuidado compasivo es tratamiento principal.

Citas destacadas

"Dicen que uno empieza a morir el día que nace, pero yo creo que uno empieza a morir el día que empieza a olvidar."

"El Alzheimer no es una enfermedad. Es una forma de naufragio."

"¿Cómo se ama a alguien que está dejando de ser quien era? ¿Cómo se abraza a un fantasma que todavía tiene cuerpo?"

"Cuidar de quien olvida es, al final, una forma de recordar por los dos."

"¿Qué queda de nosotros cuando la memoria se va? ¿Somos la suma de nuestros recuerdos, o hay algo más profundo que sobrevive al naufragio?"

"La memoria se borra pero la esencia permanece; lo que somos no vive en fechas o nombres, vive en la huella dejada en quienes nos aman."

"Extrañarte y estar bien no son cosas contradictorias."

Recomendada para

- Familias enfrentando Alzheimer o demencias
- Cuidadores de personas con deterioro cognitivo
- Profesionales de salud y gerontología
- Lectores de drama familiar sin sentimentalismo
- Personas interesadas en envejecimiento digno
- Quienes aprecian prosa poética sobre temas difíciles

Comparaciones literarias

Gabriel García Márquez (*El amor en los tiempos del cólera*): Amor en vejez
Philip Roth (*Everyman*): Deterioro físico sin heroísmo
Alice Munro (*The Bear Came Over the Mountain*): Esposa con Alzheimer
Lisa Genova (*Still Alice*): Alzheimer de inicio temprano

Para reflexión del lector

- ¿Qué nos define más: nuestros recuerdos o el impacto que dejamos en otros?

- ¿Cómo mantener dignidad cuando mente nos traiciona?
- ¿Qué significa prometer "en la salud y en la enfermedad"?
- ¿Cuándo el cuidado en casa se vuelve insostenible?
- ¿Puede haber belleza en pérdida absoluta?

Cómo citar esta obra

APA: Rangel Abud, S. (2025). *Niebla en la mente*. Internet Archive.

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Niebla en la mente*. 2025. Internet Archive.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Niebla en la mente*. 2025. Internet Archive.

Mensaje final

Esta novela no ofrece consuelo fácil.

No dice que "todo estará bien" ni que "el amor conquista todo."

Dice algo más verdadero y más necesario:

Que puedes amar profundamente a alguien cuya mente se desvanece.
Que puedes ser fiel a promesa aunque cueste más de lo imaginado.
Que puedes extrañar a alguien y estar bien simultáneamente.
Que memoria se borra pero esencia permanece.

Heriberto olvidó nombre de Clara, rostros de sus hijos, dirección de su casa. Pero no olvidó cómo se sentía estar con ella. Esa calidez sin palabras que no necesita memoria para existir.

Y cuando finalmente murió, dejó carta escrita antes de perderse:

"El amor no se acaba con la muerte ni con el olvido. Estoy presente en maneras que no imaginas: en tu forma de preparar café, en historias que cuentas a nietos, en manera como riegas plantas que plantamos juntos."

Clara aprendió que Heriberto tenía razón.

Él permanece. No en cuerpo ni en mente. En huella dejada. En amor que sobrevive a quien lo dio.

Y tal vez eso sea lo único que verdaderamente importa.

No cuánto recordamos sino cuánto fuimos amados.
No cuánto tiempo vivimos sino qué dejamos en quienes nos sobreviven.

La niebla eventualmente se lleva todo.

Pero el amor encuentra manera de quedarse.

"La memoria se borra pero la esencia permanece; lo que somos no vive en fechas o nombres, vive en la huella dejada en quienes nos aman."

INDICE

PRÓLOGO
Capítulo 1. La agenda en blanco
Capítulo 2. Los objetos que se esconden
Capítulo 3. Ayer fue domingo…creo
Capítulo 4. El veredicto y la sentencia
Capítulo 5. Las manos de Clara
Capítulo 6. La memoria que traiciona
Capítulo 7. Los hijos y sus ojos
Capítulo 8. La propuesta
Capítulo 9. Carta al olvido
Capítulo 10. Herencia invisible
Capítulo 11. El cuarto de los espejos
Capítulo 12. El desenlace
Capítulo 13. El nombre de las cosas
Capítulo 14. Conversación con un fantasma

Capítulo 15. El desenlace (La casa sin tiempo)
EPÍLOGO

PRÓLOGO

“La memoria se borra pero la esencia permanece;
lo que somos no vive en fechas o nombres,
vive en la huella dejada en quienes nos aman.”
— S. Rangel A.

La niebla no siempre está afuera

Dicen que uno empieza a morir el día que nace, pero yo creo que uno empieza a morir el día que empieza a olvidar. No hablo del olvido piadoso, ese que nos libera de las pequeñas heridas cotidianas, de los desaires menores, de las facturas impagadas del rencor. Hablo del otro olvido, el traicionero, ese que llega de puntillas y se instala en la casa de la memoria como un inquilino que nunca avisó que vendría a quedarse para siempre.

El Alzheimer no es una enfermedad. Es una forma de naufragio. Un hundimiento lento, imperceptible al principio, donde el barco se va al fondo pero los pasajeros siguen conversando en cubierta como si nada pasara. Hasta que el agua les llega a los tobillos, luego a las rodillas, después al pecho. Y cuando se dan cuenta de que se ahogan, ya no saben nadar.

No hay guerra más callada que la que se libra contra el olvido. No tiene trincheras visibles, no deja cadáveres en las calles, no aparece en los

periódicos. Pero es la más devastadora de todas, porque nos arranca lo único que verdaderamente nos pertenece: quiénes fuimos. Y sin pasado, el presente se vuelve un territorio extranjero donde uno vive como turista en su propia vida.

Para un hombre como Heriberto Carmini, que vivió setenta años con la lucidez como brújula y el orden como religión, descubrir que la memoria se deshace como papel mojado no fue una tragedia épica con violines y coros celestiales. Fue una serie de pequeñas derrotas domésticas. Olvidar dónde había dejado las llaves. No recordar si había tomado la pastilla para la presión. Buscar una palabra que se esconde detrás de la lengua como un gato asustado. Cosas menudas, invisibles, que se vuelven gigantescas cuando se suman.

Porque el olvido tiene esa perversidad: no se presenta de golpe, como un terremoto que destruye todo en cinco minutos. Es más bien una llovizna persistente, de esas que empiezan sin que uno lo note, humedeciendo los bordes de los días, empapando lentamente la ropa hasta que uno descubre que está calado hasta los huesos sin saber cuándo empezó a llover.

Pero hay algo hermoso en esta historia. Algo que brilla en medio de la niebla como esas luces de los barcos que se ven desde la costa en las noches sin luna. Porque cuidar de quien olvida es, al final, una forma de recordar por los dos. Es tejer con manos pacientes lo que la mente deshace con torpeza. Es resistir la niebla con amor, aunque sepamos que es una batalla sin victoria posible.

Esta no es una historia sobre médicos ni medicinas ni terapias milagrosas. No hay aquí salvadores con bata blanca ni finales felices donde la ciencia triunfa sobre la adversidad. Hay, sencillamente, un hombre que empieza a perderse y una mujer que decide no dejarlo ir solo. Hay hijos que no saben qué hacer con sus propios miedos. Hay una casa que se llena de silencios nuevos, más espesos que los anteriores. Hay recuerdos que se esconden como tesoros enterrados y otros que se escapan como pájaros asustados.

Y está, sobre todo, la pregunta que todos nos hacemos en secreto: ¿qué queda de nosotros cuando la memoria se va? ¿Somos acaso la suma de nuestros recuerdos, o hay algo más profundo, más resistente, que sobrevive al naufragio?

Tal vez, como dirían algunos viejos como Benedetti, lo que queda es ese "no sé qué" de los afectos, esa calidez sin palabras que no necesita explicación para existir. Esa luz tenue que no alumbra con lógica, pero que todavía abraza. Porque incluso cuando el cerebro se vuelve un territorio extranjero, el corazón sigue latiendo en el mismo idioma. Incluso cuando ya no sabemos cómo se llaman las cosas, todavía podemos sentir si son tibias o frías, si nos hacen daño o nos consuelan.

Buenos Aires es el escenario perfecto para esta despedida que no se da de golpe sino en cuotas. Una ciudad que sabe de nostalgias y de pérdidas, con sus veredas agrietadas y sus tardes que caen como telones de teatro viejo,

donde cada esquina guarda la memoria de alguien que ya no está pero que sigue caminando por ahí, como fantasma bondadoso, como recuerdo con piernas.

En las calles del barrio donde viven Heriberto y Clara, la vida transcurre con esa cadencia porteña que mezcla melancolía y esperanza en partes iguales. Los vecinos se saludan desde los balcones, los almaceneros conocen por nombre a tres generaciones de la misma familia, los árboles crecen torcidos porque han aprendido a esquivar cables y semáforos. Es un mundo pequeño, previsible, donde las sorpresas suelen ser amables y las tragedias llegan de a poco, sin estridencias.

Pero dentro de la casa de la calle del Cid, algo empieza a cambiar. No son cambios visibles para quien los mira desde afuera. Los muebles siguen en su lugar, las plantas se riegan con la misma frecuencia, el televisor se enciende todas las noches a la misma hora. Pero hay una transformación sutil, como esas modificaciones geológicas que solo se notan después de décadas: el paisaje interno de Heriberto se está reconfigurando sin que él pueda impedirlo.

Y Clara, su compañera de medio siglo, lo observa con esa mezcla de amor y terror que solo conocen quienes han prometido acompañarse "en la salud y en la enfermedad" sin imaginar realmente lo que significa la segunda parte del juramento. Porque es fácil amar a alguien cuando ese alguien es predecible, cuando conocés sus gestos, sus manías, sus formas de estar en el mundo. Pero ¿cómo se ama a alguien que está dejando de ser quién era? ¿Cómo se abraza a un fantasma que todavía tiene cuerpo?

Esta historia es el mapa de esa travesía. Un diario sin fechas. Una canción cuyos versos se van deshilachando, pero cuya melodía resiste como puede. Una conversación entre dos personas que van perdiendo el idioma común pero que siguen intentando entenderse con miradas, con caricias, con esa ternura que no necesita palabras para decir lo que tiene que decir.

Porque al final, y esto lo sabemos todos aunque no nos guste admitirlo, todos estamos ensayando algún tipo de despedida. Todos estamos aprendiendo a soltar lo que creíamos que nos pertenecía para siempre. Y en ese sentido, Heriberto Carmini es el espejo en el que algún día tendremos que mirarnos. No para asustarnos, sino para entender que incluso en la pérdida más absoluta puede haber una forma extraña de belleza.

Una historia, en fin, sobre alguien que empieza a irse... pero todavía está. Y sobre alguien que se queda... aunque ya no sepa muy bien con quién.

Capítulo 1

La agenda en blanco

Heriberto Carmini despertó, como cada mañana de los últimos treinta años, cuando las agujas del reloj digital se juntaban en las seis y media. Era una

puntualidad que no había aprendido sino heredado, como se hereda el color de los ojos o la forma de caminar. Su cuerpo era un metrónomo que marcaba el compás de los días con la precisión de un funcionario jubilado que ya no tiene jefe pero mantiene los horarios por terquedad o por nostalgia.

Clara seguía durmiendo a su lado, abrazada a la almohada como quien abraza los restos de un naufragio. Tenía esa manera de dormir de las mujeres que han aprendido a soñar con los ojos abiertos, protegiéndose del mundo incluso en sueños. Cincuenta años compartiendo la misma cama habían enseñado a Heriberto a reconocer todos los matices de su respiración: cuándo soñaba con cosas dulces, cuándo le dolían las cervicales, cuándo se refugiaba en algún rincón secreto de la infancia donde él no podía seguirla.

El cuarto olía a esa mezcla indescifrable que solo puede tener una habitación donde dos personas han decidido envejecer juntas: lavanda del talco que Clara se ponía después del baño, el barniz de la cómoda heredada de su suegra, el aroma tenue de los medicamentos que ahora ocupaban el lugar donde antes guardaban cartas de amor, y algo más, algo indefinible que era simplemente el olor del tiempo compartido.

Heriberto se incorporó despacio, con esa ceremonia ritual que practican los cuerpos que ya han cumplido setenta años. Cada movimiento era una negociación con las articulaciones, un acuerdo tácito entre la voluntad y los huesos. Las rodillas crujieron como hojas secas y por un instante se preguntó cuándo había empezado a sonar como una casa vieja que se queja del viento.

Se calzó las pantuflas de fieltro —regalo de su hija menor en la última navidad— y caminó hasta la cocina con esos pasos cortos y medidos de quien ya no tiene prisa por llegar a ningún lado. La prisa, pensaba mientras encendía la cafetera automática, era un lujo de jóvenes. Como la impaciencia, la ambición desmedida y la capacidad de indignarse por todo. La edad le había enseñado que apurarse era una forma de maltratarse sin necesidad.

La cafetera comenzó su ritual matutino: primero el ronroneo suave del agua calentándose, luego el borboteo esperanzado que anunciaba el café, finalmente ese aroma que era como una caricia para los sentidos. Heriberto inhaló profundamente. Había cosas que permanecían intactas: el olor del café recién hecho, el placer de las pantuflas tibias, la certeza de que Clara seguía respirando en la habitación de al lado.

Fue entonces cuando miró el calendario imantado en la puerta del refrigerador. Un círculo rojo marcaba el día como una herida pequeña en el papel. 23 de agosto. Su letra, todavía reconocible aunque ya más temblorosa, decía: "Consulta médica. Dr. Bonetti. 10:30 am." El reloj de la pared —ese reloj de cocina que había sido testigo de miles de desayunos, discusiones menores y silencios cómplices— marcaba las once y media.

El mundo se detuvo.

No fue una detención dramática, de las que salen en las películas con música de violines desafinados. Fue algo más sutil, como cuando se corta la electricidad y uno recién se da cuenta cuando va a encender la luz. Un silencio donde antes había ruido. Un vacío donde antes había certeza.

Heriberto se llevó una mano a la frente y sintió cómo el sudor frío se abría paso entre las arrugas. ¿Cómo era posible? Él jamás, en setenta años de vida ordenada, había olvidado una cita médica. Su existencia había sido construida sobre la base de listas, horarios, recordatorios escritos con tinta azul en agendas que guardaba como reliquias. Su memoria era un archivo impecable donde cada recuerdo tenía su lugar, cada fecha su casillero correspondiente.

Pero esa mañana, la cita había pasado de largo como un tren que no se detiene en su estación. Y lo más terrible no era haberla perdido, sino darse cuenta de que no recordaba haberla olvidado. Como si una parte de él hubiera estado durmiendo mientras la otra seguía viviendo.

El café terminó de hacerse con un suspiro. Heriberto se sirvió una taza, le agregó dos cucharaditas de azúcar —la diabetes podía esperar— y se quedó inmóvil frente al calendario, como quien contempla el lugar donde estuvo su casa después de un terremoto.

Clara apareció en la cocina con esa gracia desarreglada que solo tienen las mujeres a primera hora de la mañana. Llevaba la bata bien cerrada, como si se protegiera del mundo, y los cabellos recogidos en un rodete improvisado que dejaba escapar algunos mechones rebeldes. Tenía esa belleza gastada de las cosas que han sido muy usadas con cariño: no brillaba, pero consolaba.

Lo miró y supo inmediatamente que algo andaba mal. Después de medio siglo viviendo con alguien, se desarrolla una especie de radar emocional que detecta las tormentas antes de que se formen las nubes.

—¿Qué pasó? —preguntó, sirviendo su café sin azúcar porque había decidido cuidarse la línea a los sesenta y ocho años, más por costumbre que por vanidad.

Heriberto levantó los ojos hacia ella. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió como un niño que ha roto algo importante y no sabe cómo explicarlo.

—Tenía cita con el doctor —murmuró—. Hoy. A las diez y media.

Las palabras salieron despacio, como si las hubiera estado masticando desde hacía rato y recién ahora se animara a escupirlas.

Clara dirigió la mirada hacia el calendario. Vio el círculo rojo, la letra de su marido, la fecha subrayada con la determinación de quien nunca olvida nada. No dijo nada durante unos segundos que se hicieron eternos. En el silencio, solo se escuchó el tic tac del reloj y el rumor lejano del tráfico mañanero que llegaba desde la calle.

Luego, con esa suavidad que solo da el amor que ha sobrevivido a todas las crisis menores de la vida cotidiana, puso su mano sobre la de él. Era una mano pequeña, con esas manchas de la edad que parecen pecas de vieja, pero todavía tibia, todavía capaz de transmitir esa seguridad que no se aprende en los libros.

—¿Quieres que llame para reprogramarla? —preguntó, y en su voz no había reproches ni alarma, solo la ternura práctica de quien sabe que algunas preguntas son más importantes que las respuestas.

Heriberto asintió sin palabras. No era la cita lo que dolía. Ni siquiera la inconveniencia de tener que llamar al consultorio y pedir disculpas. Lo que dolía era descubrir que su memoria, esa fortaleza inexpugnable en la que había confiado durante toda la vida, tenía ahora ventanas abiertas por las que se escapaban las cosas sin que él se diera cuenta.

Clara tomó el teléfono de la pared —uno de esos aparatos antiguos con cable en espiral que se negaban a cambiar— y marcó el número del consultorio que ya sabía de memoria. Mientras hablaba con la recepcionista, Heriberto se quedó inmóvil, escuchando su propia respiración y sintiendo en la garganta el inicio de una angustia nueva, diferente a todas las que había conocido.

No era miedo exactamente. Era más bien la sensación de estar a la intemperie sin darse cuenta de cuándo había empezado a llover.

—Listo —dijo Clara, colgando el teléfono—. Te dieron turno para la semana que viene. El miércoles a las tres.

—Gracias —murmuró él, y por primera vez en muchos años sintió que esa palabra se quedaba pequeña para lo que quería decir.

Desayunaron en silencio: tostadas con mermelada de durazno, café con leche, un pedacito de queso que Clara cortó en triángulos perfectos como hacía desde siempre. Pero todo sabía diferente, como si los mismos alimentos hubieran decidido cambiar de personalidad durante la noche.

Luego se sentaron en la sala a mirar las noticias matutinas. El presentador hablaba de la inflación, del tráfico complicado en las avenidas principales, del pronóstico del tiempo para la ciudad porteña. Pero las palabras llegaban hasta Heriberto como desde muy lejos, como si se tratara de noticias de otro país, de otra vida, de un mundo donde él ya no estaba completamente presente.

Se levantó sin decir nada y caminó hasta el estudio, ese cuartito que había sido su refugio durante tantos años. Allí estaban sus libros ordenados por autor, sus cuadernos de notas con la tapa gastada, la máquina de escribir que ya nadie usaba pero que él conservaba por capricho o por nostalgia. Buscó entre sus papeles hasta encontrar el cuaderno donde solía anotar las cosas importantes. Lo abrió en una página en blanco y escribió con tinta azul, con esa letra que ya temblaba un poco: "23 de agosto. Olvidé la cita médica. Primera vez."

Lo subrayó dos veces, como si quisiera asegurarse de que esas palabras no se fueran a escapar también. Luego cerró el cuaderno y se quedó mirando por la ventana hacia la calle donde había vivido los últimos veinte años, pero que ahora le parecía ligeramente extranjera, como si la hubieran movido unos centímetros mientras él no miraba.

Esa tarde, Clara salió a hacer las compras de la semana. Heriberto prefirió quedarse en casa. Se sentía desanimado, pero no con esa tristeza común que se cura con una siesta o una copa de vino. Era algo más profundo: la sensación de que le habían quitado un ladrillo del edificio que era él, y ahora toda la estructura se tambaleaba imperceptiblemente.

Caminó por la casa como un turista en su propio territorio. Se detuvo frente a la vitrina del living donde guardaban los recuerdos más preciados: la foto en blanco y negro de su boda, donde él llevaba un traje que ya no le quedaba y Clara un vestido que había cosido su madre; el trofeo de ajedrez de su juventud, cuando todavía creía que podría ser campeón de algo; un dibujo que su hija mayor le había hecho en segundo grado, donde él aparecía con brazos de palito y una sonrisa desproporcionada.

Todos esos objetos seguían ahí, inmóviles, fieles, esperándolo como soldados en formación. Él, en cambio, se sentía como si estuviera empezando a irse sin saber hacia dónde.

Decidió hacer una lista de cosas por hacer al día siguiente. Era su manera de poner orden cuando el mundo se volvía confuso. Tomó una hoja, un bolígrafo y escribió con cuidado: "1. Llamar al banco por el resumen de la tarjeta. 2. Podar el rosal del jardín. 3. Leer veinte páginas del libro de Borges." Luego miró lo escrito, dudó unos segundos, y añadió una cuarta línea: "4. Recordar quién soy."

Lo escribió como quien hace una broma para consolarse, pero no sonrió. Porque en el fondo sabía que no era una broma.

Pasó el resto de la tarde escuchando música. Primero puso a Beethoven, porque las sonatas siempre lo calmaban, especialmente la Claro de Luna, que le parecía una melodía que caminaba sola en la oscuridad buscando a alguien que tal vez nunca encontraría. Luego puso a Rimsky-Korsakov y se quedó dormido en el sofá de cuero que había comprado para celebrar su primer ascenso en el banco, hacía ya una eternidad.

Soñó que era niño otra vez y que buscaba a su madre en una feria. Había ruido, luces de colores, algodones de azúcar rosados como nubes comestibles, pero él no podía encontrarla por ningún lado. En el sueño, sabía que ella estaba ahí, en algún lugar entre la multitud, pero cada vez que creía reconocerla, la figura se desdibujaba como humo.

Cuando despertó, ya anochecía. Clara regresaba del supermercado con las bolsas de siempre y una sonrisa que intentaba ser normal pero que él reconoció como forzada.

—Te traje tus galletas favoritas —le dijo, mostrándole el paquete de pepitos que compraba desde hacía años.

Heriberto la besó en la frente. Su piel olía a crema hidratante y a ese perfume suave que usaba desde siempre, un aroma que para él era sinónimo de hogar. No dijo nada, pero la abrazó un poco más fuerte de lo habitual, como si quisiera asegurarse de que ella también era real.

Esa noche cenaron espaguetis a la boloñesa y pan tostado con manteca. Clara había puesto la mesa como siempre: los platos buenos, las servilletas de tela, el salero y el pimentero en su lugar exacto. Todo estaba en orden, tal como había estado durante décadas. Pero mientras comían, Heriberto volvió a mirar el calendario colgado en la pared de la cocina.

—¿Qué día es hoy? —preguntó de repente, con la naturalidad de quien pregunta si va a llover.

Clara dejó de masticar por un segundo, casi imperceptiblemente.

—Martes, 23 de agosto —respondió con una dulzura que sonaba estudiada.

—Ah, sí —murmuró él, asintiendo—. Ya me acordé.

Pero no era cierto. No se acordaba. Solo quería que ella creyera que sí, porque intuía que si admitía la verdad, algo se rompería definitivamente entre los dos.

Y esa fue la primera vez que le mintió sobre su memoria.

Esa noche, mientras Clara lavaba los platos y él secaba los cubiertos con un repasador que tenía bordadas unas flores descoloridas, Heriberto se dio cuenta de que acababa de cruzar una línea invisible. Una frontera que no sabía que existía hasta que la había atravesado.

Del otro lado de esa línea, las mentiras piadosas se volverían cada vez más necesarias. Del otro lado, Clara tendría que aprender a amarlo de una manera nueva, más difícil, más dolorosa. Del otro lado, él tendría que acostumbrarse a vivir con la sospecha permanente de que su propia mente le estaba jugando una broma de mal gusto.

Pero eso lo descubriría más adelante. Por ahora, solo se concentró en secar bien cada tenedor, cada cuchillo, cada cuchara, con la misma meticulosidad de siempre. Porque mientras sus manos recordaran cómo hacer las cosas de todos los días, tal vez podría seguir fingiendo que todo estaba bien.

Al menos por un rato más.

Capítulo 2

Los objetos que se esconden

Hay extravíos que duelen más que las pérdidas. Porque cuando algo se pierde, uno sabe que se fue y puede llorar su ausencia. Pero cuando algo se extravía, queda flotando en el limbo de lo posible: tal vez esté ahí, tal vez no, tal vez uno sea el culpable de no saber dónde mirar. Y esa

incertidumbre es peor que la certeza de la pérdida, porque obliga a vivir con la esperanza y la desesperanza al mismo tiempo, como quién baila un tango triste con dos parejas a la vez.

Heriberto despertó esa mañana con la certeza de que era miércoles, y los miércoles eran para el pan. No el pan de cualquier día, sino el pan de la panadería de don Ramón, que amasaba con esas manos que habían aprendido el oficio de su padre, y el padre de su padre antes que él. Pan que sabía a infancia, a domingo, a mesa familiar donde todavía se conversaba sin prisa.

Había algo reconfortante en esa rutina: bajar al garaje, encender el motor que siempre tosía un poco antes de arrancar —como los viejos cuando se levantan por la mañana—, y recorrer las cinco cuadras que separaban su casa de la panadería. Era un viaje corto, pero era su viaje. Una pequeña aventura doméstica que le daba la ilusión de seguir siendo útil, de tener un propósito, aunque fuera tan simple como elegir si el pan francés o el criollo.

Pero esa mañana, cuando bajó al garaje con las llaves tintineando en la mano como campanillas de un trineo que nunca llegaría a la nieve, se encontró con un vacío que no supo cómo nombrar. El lugar donde debería estar el coche —su lugar de siempre, marcado por las manchas de aceite que formaban un mapa abstracto en el piso de cemento— estaba vacío. Vacío y limpio, como si el coche hubiera decidido evaporarse durante la noche, llevándose consigo todas las certezas que Heriberto creía tener sobre el orden del mundo.

Se quedó inmóvil por un momento, mirando ese espacio que de pronto le parecía gigantesco. Las paredes del garaje, con sus estantes repletos de herramientas que ya no usaba y latas de pintura que se habían secado hacía años, parecían observarlo con una mezcla de lástima y complicidad. Como si ellas también supieran que algo estaba cambiando, que el mundo de Heriberto se estaba volviendo un poco menos predecible.

Revisó los bolsillos de su campera. Las llaves seguían ahí, frías y metálicas, testimonio de que el coche existía, de que no se lo había inventado. Pero entonces, ¿dónde estaba? ¿Cuándo lo había movido? ¿Por qué no recordaba haberlo hecho?

Subió las escaleras despacio, como quien sube a confesar un pecado que no está seguro de haber cometido. En la cocina, Clara exprimía naranjas con esa dedicación que ponen las mujeres en las tareas más simples cuando quieren transformarlas en actos de amor. Llevaba el delantal azul con flores pequeñas, ese que él le había regalado en uno de sus primeros aniversarios, cuando todavía creían que la vida era una sucesión de días felices apenas interrumpida por pequeñas tribulaciones que se solucionaban con paciencia y buena voluntad.

—¿Sacaste el coche? —preguntó, tratando de sonar casual, como quien pregunta si va a llover o si llegó el cartero.

Clara levantó la vista de las naranjas. Tenía esa manera de mirarlo que había desarrollado en los últimos meses: una mirada que parecía estar evaluando algo, pesando palabras antes de decirlas, buscando la temperatura exacta para no lastimar.

—No, Heri. ¿No te acordás que lo llevaste ayer al súper?

La pregunta llegó con la suavidad de una caricia, pero Heriberto la sintió como una puñalada de algodón. Porque no se acordaba. O mejor dicho, se acordaba a medias, como se recuerda un sueño al despertar: fragmentos sueltos que no logran formar una historia completa. Recordaba haber empujado el carrito por los pasillos del supermercado, recordaba haber cargado las bolsas en el baúl, recordaba incluso haber discutido con un muchacho que había estacionado mal y le impedía salir. Pero después de eso, nada. Un agujero en su memoria tan limpio como el espacio vacío del garaje.

—No me acuerdo dónde lo dejé —admitió, y las palabras le salieron con un sabor amargo, como medicina para una enfermedad que no quería tener.

Clara apagó la licuadora —ese ruido que había sido la banda sonora de sus desayunos durante años—, se secó las manos en el delantal con movimientos automáticos, y se acercó a él. No dijo nada durante unos segundos que se hicieron largos como una eternidad doméstica. Luego le tomó el brazo con esa firmeza tierna que sólo se aprende después de décadas de quererse.

—Vamos a buscarlo —dijo simplemente—. Tranquilo.

Y había algo en su voz, una mezcla de determinación y ternura, que le hizo pensar que no era la primera vez que se preparaba para una situación así. Como si hubiera estado ensayando, mentalmente, para el momento en que él necesitara que ella fuera su memoria externa, su GPS emocional.

Salieron a caminar por las calles del barrio que conocían como la palma de su mano. Ella con su sombrero de ala corta —el mismo que usaba para ir a misa los domingos—, él con su campera de cuero gastada que se negaba a tirar porque había sido testigo de demasiadas historias importantes. Caminaron por las veredas agrietadas donde habían paseado de novios, por las esquinas donde se habían dado los primeros besos, por las calles que habían visto crecer a sus hijos y envejecer a sus sueños.

El barrio los recibió con esa familiaridad de los lugares que han sido hogar durante tanto tiempo que ya no se distinguen de uno mismo. Los árboles que habían plantado cuando eran jóvenes y optimistas ahora daban sombra a sus canas. Las casas que habían visto construir ahora albergaban a los hijos de sus antiguos vecinos. El almacén de la esquina seguía siendo el mismo, pero ahora lo atendía el nieto de don Pérez, un muchacho que los saludaba con respeto y curiosidad, como si fueran piezas de museo viviente.

Revisaron cada esquina, cada cuadra, cada lugar donde pudiera estar el coche. Preguntaron con discreción, como quien busca algo sin querer admitir que se ha perdido. Doña Marta, la del quiosco, no había visto nada. El chico de la verdulería tampoco. Ni el portero del edificio de la esquina, que conocía todos los coches del barrio porque era su trabajo informal ser el guardián de la tranquilidad vecinal.

Después de una hora de caminata que los llevó por un laberinto de recuerdos y calles conocidas, se sentaron en la banca del parque donde habían llevado a sus hijos cuando eran pequeños. Era una banca de hierro forjado, pintada de verde militar, con el asiento de madera que el tiempo había suavizado hasta darle la textura perfecta para sostener conversaciones importantes. Alrededor, los árboles susurraban secretos al viento, y una pareja de jóvenes se besaba con esa intensidad que sólo se tiene cuando se cree que el amor es eterno.

—Tal vez ya se me está yendo la cabeza —dijo Heriberto, sin mirar a Clara, fijando la vista en un punto indefinido del horizonte donde las copas de los árboles se confundían con el cielo.

Las palabras le salieron despacio, como si las hubiera estado masticando desde hacía rato y recién ahora se animara a escupirlas. Había algo liberador en decirlo, en ponerle palabras a esa sospecha que llevaba creciendo adentro como una planta venenosa. Pero también había algo aterrorizante, porque decirlo lo volvía más real, más posible, más inevitable.

Clara se tomó unos segundos antes de responder. Miró sus manos, esas manos que habían acariciado su frente cuando tenía fiebre, que habían aplaudido en las funciones escolares de sus hijos, que habían sostenido las suyas en los momentos difíciles. Manos que ahora se veían más pequeñas, más frágiles, pero que seguían siendo el lugar más seguro del mundo.

—No —dijo finalmente, con una firmeza que no admitía réplicas—. Tal vez solo está distraída. Hasta las cabezas más ordenadas se cansan.

Y había algo hermoso en esa respuesta, en esa manera de referirse a su cabeza como si fuera una entidad separada, un ser vivo que podía cansarse y necesitar descanso. No era una negación de la realidad, sino una forma de darle tiempo a la realidad para que decidiera qué quería ser.

Encontraron el coche dos horas después, estacionado correctamente frente a la farmacia de la Estrella. Estaba ahí, impecable, como si nunca hubiera estado perdido. Como si toda la búsqueda hubiera sido un malentendido cósmico, una broma del destino que había decidido resolverse sola.

Un empleado joven de la farmacia —un muchacho de no más de veinte años, con esa cara de quien todavía cree que la vida es una sucesión de problemas solucionables— recordó que Heriberto había entrado el día anterior a comprar pastillas para el reflujo. Lo recordaba porque habían conversado sobre el partido de fútbol de la noche anterior, porque

Heriberto le había contado que él también había jugado al fútbol de joven, en un club del barrio que ya no existía.

Clara suspiró aliviada, como quien ha estado conteniendo la respiración durante horas. Heriberto sonrió, pero fue una sonrisa triste, como esas que aparecen en las fotos de los velorios: educadas, apropiadas, pero vacías de alegría.

—Gracias por no enojarte —dijo, mientras abría la puerta del coche que se negaba a reconocer como suyo.

—No tengo con quién más perder el coche —respondió ella, besándolo en la mejilla con esa ternura que había aprendido a modular para no lastimar.

Durante el trayecto de regreso, Heriberto manejó despacio, como si el coche fuera una cosa prestada que había que devolver en perfecto estado. Miró por el espejo retrovisor y vio su propia cara: la cara de un hombre que había vivido setenta años con la seguridad de conocerse a sí mismo, y que ahora empezaba a sospechar que tal vez nunca se había conocido del todo.

Se preguntó cuántas veces más le pasarían cosas así. Cuántas veces más tendría que buscar objetos que se escondían en lugares donde él mismo los había puesto. Cuántas veces más Clara tendría que hacer de detective de su propia vida, rastreando los pasos de un hombre que empezaba a caminar sobre sus propias huellas sin reconocerlas.

No se sentía impotente, aún no. Pero sí como alguien que camina por un suelo que empieza a resquebrajarse bajo sus pies, sin saber si el próximo paso será firme o si lo llevará a un lugar donde ya no podrá encontrar el camino de regreso.

Esa tarde, después del almuerzo —ravioles caseros con salsa de tomate, como todos los miércoles desde que se habían casado—, decidió poner orden en su escritorio. Había tomado la decisión de manera súbita, como quien decide cortarse el pelo o escribir una carta que llevaba años posponiendo. Necesitaba hacer algo con las manos, algo que le diera la sensación de control sobre al menos una pequeña parte de su universo.

El escritorio era su territorio más privado, el lugar donde guardaba los tesoros que nadie más entendía: cartas de amor que Clara le había escrito cuando eran novios, recortes de diarios con noticias que le habían parecido importantes, fotos de cumpleaños que ya nadie recordaba, boletas de servicios pagados que no servían para nada pero que él conservaba como prueba de que había sido un hombre responsable.

Tomó una caja de cartón —una de esas cajas de zapatos que se acumulan en las casas como sedimento de la vida doméstica— y comenzó a guardar todo lo que no quería olvidar. Cada objeto era una pequeña biografía: el reloj que le había regalado su padre cuando se recibió de contador, el mechón de cabello rojizo de su hija mayor cuando tenía cinco años, un boleto de cine del año 79 para ver "Kramer vs. Kramer", una película que lo había hecho llorar y que Clara había fingido no ver las lágrimas.

Fue armando, sin darse cuenta, una especie de cápsula del tiempo personal. Una caja de resonancia de su propia vida. Como si presintiera que algún día iba a necesitar recordarse desde afuera, reencontrarse con el hombre que había sido a través de los objetos que había tocado, guardado, querido.

Cuando terminó, se quedó mirando la caja durante largo rato. Luego tomó una etiqueta adhesiva —de esas que Clara usaba para marcar los frascos de mermelada casera— y escribió con su letra ya un poco temblorosa: "Cosas que todavía soy".

La frase le pareció extraña después de haberla escrito. Como si hubiera salido de algún lugar de su mente que él no conocía, donde las palabras se combinaban de maneras inesperadas para decir verdades que la parte consciente no se atrevía a pronunciar.

Guardó la caja en el armario, detrás de las cajas de zapatos viejos y los abrigos de invierno. Un lugar seguro, un lugar donde las cosas importantes esperan pacientemente a ser necesarias. Pero antes de cerrar la puerta del armario, volvió a mirar la etiqueta.

"Cosas que todavía soy."

Todavía. Esa palabra que implica un tiempo limitado, un presente que se sabe temporal. Que sugiere que habrá un después donde ya no será, donde esas cosas se convertirán en "cosas que fui" o, peor aún, en "cosas que alguien dice que fui".

Esa noche, mientras Clara preparaba la cena y él ponía la mesa con la meticulosidad de siempre —los tenedores a la izquierda, los cuchillos a la derecha, las servilletas dobladas en triángulos perfectos—, pensó que tal vez todos deberían hacer una caja así. Una caja de cosas que todavía son, actualizada regularmente, como una póliza de seguro contra el olvido.

Porque al final, pensó mientras acomodaba el salero en su lugar exacto, todos estamos perdiendo cosas todo el tiempo. Algunos pierden llaves, otros pierden coches, otros pierden la fe o el amor o las ganas de seguir intentando.

Pero todos, absolutamente todos, estamos perdiendo pedacitos de nosotros mismos en cada momento que pasa. La diferencia es que algunos se dan cuenta, y otros no.

Y él, Heriberto Carmini, contador jubilado, esposo de Clara, padre de dos hijos que ya tenían sus propias vidas, se estaba dando cuenta de que había empezado a perderse a sí mismo. Y eso, curiosamente, lo tranquilizó. Porque mientras uno sabe que se está perdiendo, todavía puede tratar de recordar el camino de regreso.

Capítulo 3

Ayer fue domingo... creo

Heriberto despertó esa mañana flotando en una extraña orfandad del tiempo. No era que hubiera olvidado dormir, ni que el sueño hubiera sido particularmente agitado. Era algo más sutil e inquietante: había despertado sin anclas temporales, como un náufrago que abre los ojos en una playa desconocida y no sabe si lleva ahí minutos o décadas.

La luz entraba por la cortina de lino con esa suavidad dorada que solo tiene la mañana cuando no tiene prisa, pero esa vez no le trajo la tranquilidad de siempre. Al contrario: se sintió como un actor que se despierta en el escenario sin recordar qué obra estaba representando, sin saber si era el primer acto o el último, si los aplausos habían comenzado o ya habían terminado hacía mucho tiempo.

Miró el reloj digital con esa urgencia muda de quien busca una coordenada en el mapa de su propia existencia. Las nueve y diez, decían los números rojos que parpadeaban con la indiferencia de los relojes que han visto pasar demasiadas mañanas iguales. Pero esos números no le dijeron nada. Podían ser las nueve y diez de cualquier día, de cualquier mes, de cualquier vida.

Clara no estaba en la cama. Su lugar conservaba apenas el rastro tibio de un cuerpo que había estado ahí, como la huella que deja una mano en la arena antes de que la borre la próxima ola. Desde la cocina llegaba el aroma del café recién hecho y el ruido familiar de la loza que se acomoda en su lugar después del uso, sonidos que durante décadas habían sido la banda sonora de su despertar pero que esa mañana le llegaban como desde muy lejos, como la música de una radio mal sintonizada.

Se incorporó despacio, negociando con sus articulaciones esa tregua matutina que los cuerpos de setenta años necesitan para ponerse en funcionamiento. Cada movimiento era una pequeña consulta con el dolor, una evaluación de qué estaba en su lugar y qué se había movido durante la noche. Pero más allá de las molestias habituales, había algo diferente en su cuerpo: una sensación de extrañeza, como si hubiera estado prestando su esqueleto a otra persona y ahora le fuera devuelto ligeramente modificado.

Caminó hasta la cocina con esos pasos prudentes de quien no está completamente seguro de que el suelo vaya a estar donde espera encontrarlo. Clara estaba de espaldas, revolviendo algo en una olla, y llevaba el delantal de flores pequeñas que había sido testigo de miles de desayunos familiares. La escena era perfectamente doméstica, perfectamente normal, perfectamente suya. Pero él la miró como quien mira una fotografía de su propia vida tomada por otra persona.

—¿Qué día es hoy? —preguntó, y las palabras le salieron con esa franqueza que a veces tienen las preguntas más desesperadas, sin adornos ni disculpas, como una confesión que no puede esperar más.

Clara giró la cabeza y lo miró con esa evaluación rápida que había aprendido a hacer en los últimos meses, esa manera de leer su rostro como quien lee el pronóstico del tiempo para saber cómo vestirse. Sus ojos se

detuvieron apenas un segundo más de lo necesario en los suyos, y en ese segundo él supo que ella también había notado algo diferente.

—Miércoles, Heri —respondió con una sonrisa que intentaba ser serena pero que él reconoció como cuidadosamente modulada—. ¿Estás bien?

Miércoles. La palabra le sonó extranjera, como si perteneciera a un idioma que había estudiado hace mucho tiempo y ya no recordaba del todo. Trató de ubicar ese miércoles en el calendario de su vida: qué había pasado el martes, qué tendría que pasar el jueves, en qué punto de la semana, del mes, del año se suponía que estaba viviendo. Pero no pudo. Era como tratar de armar un rompecabezas al que le faltaban piezas fundamentales.

—Te juro que creí que era domingo —dijo, y frunció el ceño con esa concentración dolorosa de quien trata de pescar un recuerdo que se hunde cada vez que uno se acerca.

No mentía. En algún lugar de su mente, conservaba la certeza nebulosa de que había sido domingo. Podía casi sentir la textura especial que tienen los domingos: más lenta, más mullida, con ese aire de tregua que permite a las familias respirar hondo y fingir que el mundo no tiene prisa. Pero ahora Clara le decía que era miércoles, y él no podía encontrar el puente que conectara un día con el otro.

—Bueno, tampoco estás tan lejos —dijo ella, y había algo hermoso en esa manera de minimizar su desconcierto, de hacer que la pérdida de tres días pareciera un error menor, como confundir una dirección o equivocarse de canal—. ¿Querés tostadas con mantequilla?

Él asintió, agradecido de que hubiera preguntas con respuestas fáciles. Se sentó en la mesa con una incomodidad que no sabía cómo nombrar. No era dolor físico, era algo más parecido a la sensación de estar usando la ropa de otra persona: todo le quedaba casi bien, pero no del todo.

Tomó el café despacio, saboreando cada sorbo como si fuera la primera vez, o como si temiera que fuera la última. El sabor era el mismo de siempre, ese punto exacto entre lo amargo y lo dulce que Clara había aprendido a conseguir después de décadas de preparar su café matutino. Pero incluso ese sabor familiar le llegaba envuelto en una extrañeza sutil, como si sus papilas gustativas hubieran estado de vacaciones y ahora regresaran con la memoria un poco oxidada.

Trató de reconstruir los días perdidos. ¿Qué había pasado el lunes? ¿Y el martes? Recordaba fragmentos sueltos: haber regado las plantas del balcón, haber discutido con Clara sobre si el tomate era fruta o verdura, haber visto las noticias de la noche con esa mezcla de interés y desesperanza que caracteriza a quienes ya han visto demasiadas noticias iguales. Pero no podía ponerle fecha a esos recuerdos. Flotaban libres en su memoria, como fotografías que han perdido el álbum al que pertenecían.

Después del desayuno —tostadas con mantequilla y mermelada de damasco, café con leche y dos cucharaditas de azúcar que la diabetes

podía esperar—, decidió salir a caminar solo. Necesitaba aire fresco, necesitaba mover las piernas, necesitaba sobre todo ponerse a prueba a sí mismo en territorio conocido. Quería confirmar que el problema era solo temporal, solo una confusión menor que se resolvería con un poco de ejercicio y aire puro.

Clara le preguntó si quería que lo acompañara, y él reconoció en su voz esa oferta que no era realmente una pregunta sino una manera sutil de decir "estoy preocupada, no te vayas solo". Pero algo en él necesitaba hacer ese reconocimiento territorial en soledad, como los animales heridos que se alejan de la manada para lamerse las heridas o para morir con dignidad.

—No tardes —le dijo ella, y en esas dos palabras había un universo de amor y miedo contenido.

Salió a la calle con esa sensación de aventura doméstica que tenían sus paseos matutinos, pero esa vez había algo diferente en el aire. Las calles eran las mismas que había caminado durante décadas, las casas conservaban sus fachadas familiares, los árboles seguían dando la misma sombra de siempre. Pero todo tenía un aire ligeramente irreal, como si fuera una reproducción muy cuidada de su barrio, hecha por alguien que había estudiado cada detalle pero no había logrado capturar el alma.

Pasó junto a la panadería de don Ramón, donde solían comprar mazapanes los domingos después de misa. El olor a pan recién horneado era el mismo, dulce y envolvente, con esa capacidad que tienen ciertos aromas de transportar a uno instantáneamente a la infancia. Pero esa vez, en lugar de alegría, le trajo una nostalgia punzante, como si ese olor perteneciera a un pasado que estaba empezando a volverse inaccesible.

Siguió caminando, tratando de mantener el rumbo automático que sus pies habían aprendido después de años de recorrer las mismas rutas. Pero en algún momento —no supo exactamente cuándo ni cómo—, algo se descompaginó. Las calles seguían siendo conocidas, pero ya no formaban la secuencia correcta. Era como si alguien hubiera barajado las cuadras de su barrio y las hubiera redistribuido caprichosamente.

Se detuvo en una esquina y buscó señales. Los nombres de las calles le resultaban familiares, pero no podía ubicarlos en el mapa mental que había ido construyendo durante tantos años. Era como reconocer las palabras de un idioma sin poder formar frases con ellas. Sabía que conocía esos nombres, que los había visto mil veces, pero no lograba conectarlos con direcciones específicas, con rutas de regreso, con la geografía segura de su mundo cotidiano.

El corazón empezó a latirle fuerte, no con la aceleración del ejercicio sino con ese ritmo irregular del miedo que empieza a reconocerse a sí mismo. Sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón, buscando algún papel que le diera una pista: una tarjeta con su dirección, un recibo con su nombre, cualquier cosa que le confirmara quién era y dónde vivía. Pero no tenía

nada útil. Y lo peor: se dio cuenta de que había salido sin su teléfono. Lo había olvidado en casa, sobre la mesa de luz, junto a sus anteojos para leer.

Se sentó en la banqueta, en uno de esos cordones que habían sido testigos de miles de esperas: chicos esperando el colectivo escolar, madres esperando a que salieran de la escuela, viejos como él esperando que pasara el tiempo. Respiró hondo, tratando de controlar la angustia que empezaba a trepar por su garganta como una enredadera venenosa. No quiso asustarse, se dijo a sí mismo que era solo un momento de confusión, que en cualquier instante la brújula interna se reacomodaría y encontraría el norte. Pero el miedo era real, tangible, como un animal pequeño y frío que se le había instalado en el pecho.

—¿Heriberto?

La voz llegó desde arriba, desde el mundo de los que caminan seguros por calles que reconocen. Levantó la vista y vio a Raúl, un viejo compañero de la oficina donde había trabajado durante treinta años. Pelo blanco peinado hacia atrás, mirada alerta pero amable, el mismo que había compartido con él miles de cafés en el descanso de las diez, el mismo que había estado en su fiesta de jubilación brindando con champagne barato y discursos emotivos.

Raúl se acercó despacio, con esa prudencia que se usa para aproximarse a los animales heridos o a los niños asustados. No había sorpresa en su expresión, ni alarma, solo una comprensión tranquila que sugería que no era la primera vez que se encontraba con situaciones similares.

—¿Estás bien? ¿Qué hacés por aquí?

Era una pregunta simple, pero Heriberto tardó en responder. ¿Qué hacía por ahí? No lo sabía. Había salido de casa con un propósito —caminar, despejarse, ordenar ideas—, pero ahora no recordaba cuál había sido la ruta, ni por qué había elegido esa dirección, ni cómo había llegado hasta esa esquina que se parecía a todas las esquinas de su barrio pero que al mismo tiempo le resultaba completamente extraña.

—No sé dónde estoy, Raúl —dijo finalmente, y las palabras le salieron con una honestidad que lo sorprendió a él mismo.

No había vergüenza en esa confesión, no todavía. Solo la perplejidad genuina de quien se encuentra con una situación nueva y no tiene herramientas para procesarla. Era como despertar en un hotel y no recordar en qué ciudad había llegado, pero multiplicado por la extrañeza de estar perdido en el propio barrio, en el territorio que se suponía que era el más seguro del mundo.

Raúl no dijo nada durante unos segundos. Luego se sentó a su lado en la banqueta, sin prisa, sin dramatismo, como quien se sienta a acompañar a un amigo que está viendo la puesta de sol. Su silencio no era incómodo sino consolador, la clase de silencio que surge entre personas que se han

conocido lo suficiente como para no necesitar llenar todos los espacios con palabras.

—¿Vivís todavía por la calle del Cid? —preguntó finalmente, con la naturalidad de quien pregunta por el estado del tiempo.

—Sí... con Clara —respondió Heriberto, y al decir su nombre sintió un alivio pequeño pero real. Clara seguía siendo Clara, su casa seguía siendo su casa, su vida seguía siendo su vida. Solo se había extraviado temporalmente en el mapa.

Raúl asintió y lo ayudó a ponerse de pie con esa cortesía discreta que usan los hombres de su generación cuando ofrecen ayuda sin hacer que el otro se sienta inválido. Caminaron juntos hacia la calle del Cid, y durante el trayecto hablaron de cosas triviales: el calor que estaba haciendo, las obras en la avenida principal, el precio de la nafta que subía más rápido que las jubilaciones. Conversación de relleno, pero necesaria, porque le daba a Heriberto la ilusión de que todo seguía siendo normal, de que era solo un encuentro casual entre dos jubilados que tienen tiempo para charlar en la calle.

Heriberto agradeció internamente que Raúl no le hiciera preguntas incómodas, que no indagara sobre cómo había llegado hasta ahí o por qué no recordaba el camino de regreso. Su silencio era una forma de abrazo, una manera de acompañar sin juzgar, de ayudar sin lastimar el orgullo del otro.

Cuando llegaron a su casa —esa casa de fachada blanca con el portón verde que había elegido junto a Clara hacía tantos años—, sintió el alivio físico de reconocer algo completamente, sin dudas ni matices. Ahí estaba su buzón, con su apellido escrito en letras negras que se habían descolorido un poco pero seguían siendo legibles. Ahí estaba la planta de jazmines que Clara cuidaba con devoción religiosa. Ahí estaba la ventana de la cocina, desde donde seguramente lo había estado esperando.

Clara salió al verlos llegar, y en su cara había esa expresión que mezcla alivio y preocupación, como la de las madres que ven regresar a sus hijos después de una ausencia que se ha hecho demasiado larga. Sus ojos fueron directamente a los de Heriberto, buscando en ellos alguna pista sobre lo que había pasado, sobre el estado en que regresaba.

—¡Heriberto! —exclamó, y había en su voz toda la angustia contenida de la espera, pero también toda la alegría del reencuentro.

Él bajó la cabeza, incapaz de sostener su mirada. Se sintió como un niño que vuelve a casa después de haberse portado mal, pero lo terrible era que no sabía exactamente en qué había consistido su mal comportamiento. Solo sabía que había salido siendo una persona y había regresado siendo otra ligeramente diferente, como si en el camino hubiera perdido algunas piezas pequeñas pero importantes de sí mismo.

—Se perdió un poco —dijo Raúl, con esa delicadeza que solo da la verdadera comprensión de las situaciones difíciles. No dijo "se perdió completamente" ni "no sabía dónde estaba" ni "lo encontré confundido en una esquina". Dijo "un poco", y esa minimización fue un regalo de amabilidad.

Clara abrazó a Raúl con esa gratitud que no necesita palabras, luego se acercó a Heriberto y lo rodeó con sus brazos como quien protege algo muy frágil que se puede romper si no se tiene cuidado. En ese abrazo, él sintió el olor familiar de su perfume suave, el tacto conocido de su piel, la seguridad de estar de vuelta en el territorio donde alguien lo conocía completamente.

Entraron a la casa y Heriberto se sentó en el sillón de cuero que había sido su refugio durante tantos años. Clara se arrodilló frente a él —un gesto que habría resultado teatral en otras circunstancias, pero que en ese momento fue perfectamente natural— y le tomó las manos entre las suyas.

Esas manos que conocía de memoria, que habían envejecido junto a las suyas, que habían sostenido las mismas cosas, acariciado a los mismos hijos, aplaudido en las mismas funciones escolares. Manos que ahora se veían más pequeñas y frágiles, pero que seguían teniendo esa capacidad misteriosa para transmitir tranquilidad solo con el contacto.

—No importa si te perdés —le dijo, mirándolo directamente a los ojos con esa intensidad que solo se permite entre personas que han decidido quererse a pesar de todo—. Siempre vas a tener cómo volver. Yo te voy a ayudar.

Y en esas palabras había una promesa que iba más allá de ayudarlo a encontrar el camino de regreso a casa. Era la promesa de acompañarlo en cualquier laberinto en el que se perdiera, de ser su brújula cuando la suya dejara de funcionar, de recordar por él las cosas que él fuera olvidando.

Fue entonces cuando Heriberto se quebró. No con sollozos dramáticos ni con lamentos, sino con ese llanto silencioso y profundo que surge cuando uno se encuentra cara a cara con su propia vulnerabilidad. Lloró por haberse perdido en calles que conocía de memoria. Lloró por la mirada preocupada de Clara. Lloró por la amabilidad inexplicable de Raúl. Lloró por la certeza de que esto era solo el comienzo de algo más grande y difícil.

Pero sobre todo, lloró de alivio. Porque había descubierto que, aunque se perdiera, siempre habría alguien dispuesto a ayudarlo a volver. Y que Clara, su Clara de cincuenta años de matrimonio, estaba dispuesta a ser su memoria externa, su GPS emocional, su manera de recordar quién había sido cuando ya no pudiera recordarlo por sí mismo.

Esa noche, después de una cena silenciosa pero tierna, se acostaron temprano. Clara se pegó a él más de lo habitual, como si quisiera asegurarse de que seguía ahí, de que no se iba a evaporar durante la noche. Y él se durmió por primera vez en mucho tiempo sin mirar el reloj, sin tratar de ubicarse en el calendario, sin preocuparse por saber exactamente qué día era.

Porque había entendido algo importante: que tal vez no importaba tanto saber en qué día vivía, sino saber que, pasara lo que pasara, no iba a tener que vivir ningún día completamente solo.

Capítulo 4

El veredicto y la sentencia

El otoño porteño llegó ese año con una puntualidad casi cruel, como si el tiempo hubiera decidido marcar con precisión el momento en que las cosas empezaron a cambiar de manera definitiva. Las hojas de los plátanos se desprendían con esa parsimonia melancólica que tienen los finales que se saben inevitables, y caían sobre las veredas formando una alfombra crujiente que recordaba, con cada paso, que todo lo que crece también declina, que todo lo que florece también se marchita.

Heriberto caminaba junto a Clara hacia el consultorio del neurólogo con esa lentitud que ya no era solo la prudencia de los setenta años, sino algo más profundo: el paso de quien presiente que cada caminata puede ser la última que haga con certezas, la última que haga siendo completamente él mismo. Sus zapatos de cuero marrón —los mismos que había usado para ir a trabajar durante treinta años— pisaban las hojas secas produciendo un sonido que le resultaba extrañamente consolador, como si la ciudad le estuviera ofreciendo una banda sonora apropiada para lo que se avecinaba.

Clara iba tomada de su brazo, no con la naturalidad coqueta de los primeros años de matrimonio, sino con esa necesidad práctica y emocional que surge cuando uno de los dos empieza a necesitar sostén y el otro se convierte, sin haberlo pedido, en columna vertebral de la pareja. Sus dedos, que habían envejecido de manera elegante conservando todavía la suavidad que él había amado desde siempre, se curvaban alrededor de su antebrazo con una presión que variaba según el humor de la caminata: más firme cuando él se detenía sin razón aparente, más suave cuando lo sentía seguro y orientado.

El barrio los despedía con esa familiaridad que duele. Cada esquina era un álbum de fotografías: ahí la panadería donde habían comprado el pan de bodas de su hija menor, ahí el banco donde se sentaban a descansar cuando volvían del supermercado, ahí la farmacia donde Heriberto había ido a buscar las pastillas para la presión cuando todavía creía que sus únicos enemigos eran el colesterol y la diabetes. Todo seguía igual, pero él sabía que después de esa mañana nada volvería a ser lo mismo, porque no sería él quien lo mirara de la misma manera.

El consultorio estaba en uno de esos edificios porteños que han envejecido con dignidad pero sin gracia: fachada art déco un poco descascarada, portero que saluda sin levantar la vista del diario, ascensor que funciona pero protesta. En el tercer piso, una placa dorada anunciaba: "Dr. Martín Suárez - Neurología". Las letras estaban perfectamente pulidas, como si

alguien las limpiara todos los días para mantener la ilusión de que las noticias que se daban detrás de esa puerta pudieran brillar también.

La sala de espera era un limbo decorado con esa asepsia que caracteriza a los lugares donde la medicina moderna intenta hacer olvidar que trata con la carne y el alma de las personas. Paredes blancas, revistas atrasadas, plantas que parecían de plástico aunque fueran reales, un aire acondicionado que zumbaba con la constancia de un mantra destinado a tranquilizar pero que solo conseguía subrayar el silencio tenso de quienes esperan noticias que no quieren escuchar.

Heriberto se sentó en una de las sillas de cuero sintético y automáticamente empezó a hacer lo que había hecho durante toda su vida cuando tenía que esperar: observar. A su izquierda, una mujer de unos sesenta años sostenía un pañuelo arrugado entre las manos y miraba el piso con esa concentración de quien trata de descifrar un mensaje escrito en baldosas idénticas. Su manera de respirar —cortada, irregular— le resultó familiar, y se dio cuenta de que era la respiración del miedo, la misma que él había tenido en la madrugada cuando se despertaba sin saber exactamente dónde estaba.

A su derecha, un hombre mayor que él hojeaba una revista sin leerla realmente, pasando las páginas con una regularidad mecánica que sugería que no estaba viendo las imágenes sino tratando de mantener las manos ocupadas para que no temblaran. Llevaba una camisa celeste impecablemente planchada y un peine que había dividido su pelo gris en rayas perfectas, como si la pulcritud externa pudiera protegerlo del caos interno que lo había llevado hasta ahí.

Clara se había sentado a su lado y había tomado su mano con esa naturalidad que solo da el amor de cinco décadas, pero él podía sentir la tensión en sus dedos, la manera en que sus músculos se contraían ligeramente cada vez que se abría la puerta del consultorio y aparecía el médico llamando a otro paciente. Era como si estuviera conteniendo la respiración durante toda la espera, preparándose para un golpe que sabía que iba a llegar pero que esperaba que, por algún milagro, fuera menos devastador de lo que temía.

—Heriberto Carmini —llamó finalmente una voz desde la puerta.

El Dr. Suárez era un hombre de unos cuarenta años, con esa apariencia que los médicos jóvenes cultivan para inspirar confianza en los pacientes mayores: anteojos elegantes, bata impecable, sonrisa profesional que había aprendido a modular para transmitir seriedad sin dramatismo. Su consultorio era exactamente lo que Heriberto había esperado: diploma enmarcado, libros de neurología ordenados por tamaño, una lámpara halógena que iluminaba un escritorio donde se acumulaban carpetas con historias clínicas que contenían, cada una, el resumen de una vida que se estaba deshaciendo.

—Siéntense, por favor —dijo, señalando dos sillas frente a su escritorio—. ¿Cómo han estado desde la última consulta?

Era una pregunta de cortesía, pero Clara la interpretó como una invitación a vaciar todo lo que había estado guardando durante las semanas de estudios, análisis y espera. Habló con esa precisión dolorosa de quien ha estado tomando notas mentales de cada síntoma, de cada episodio, de cada momento en que la persona que ama se vuelve un poco menos reconocible.

Contó sobre las llaves que aparecían en el refrigerador, sobre los nombres de los nietos que se confundían entre sí, sobre la vez que Heriberto había preparado el desayuno a las ocho de la noche creyendo que era la mañana. Habló de las repeticiones —las mismas preguntas hechas tres veces en una hora—, de los olvidos —conversaciones que él juraba no haber tenido—, de los extravíos —objetos que perdía y encontraba en lugares imposibles, como si su memoria hubiera desarrollado un sentido del humor perverso.

Heriberto la escuchaba sin interrumpirla, reconociendo su propia historia contada desde afuera, desde la perspectiva de quien ha tenido que convertirse en testigo de una transformación que no eligió presenciar. Era extraño verse a sí mismo descrito como un problema médico, como un caso de estudio, como una sucesión de síntomas que tenían nombre científico y pronóstico conocido.

Cuando Clara terminó, el médico se dirigió a él directamente.

—Heriberto, ¿cómo se siente usted? ¿Qué es lo que más le preocupa de todo esto?

La pregunta lo tomó desprevenido. Durante semanas, todos habían hablado sobre él, pero nadie le había preguntado qué pensaba él al respecto. Por un momento, no supo qué responder. Luego, las palabras salieron despacio, como si tuviera que desenterrarlas de algún lugar profundo donde las había estado guardando.

—Tengo miedo de dejar de ser yo —dijo, y su voz sonó más frágil de lo que había esperado—. No de morirme. De eso no tengo miedo. Tengo miedo de quedarme vivo pero de no ser más Heriberto. De mirar a Clara y no reconocerla. De que mis hijos vengan a visitarme y yo no sepa quiénes son.

El médico asintió con esa comprensión profesional que había desarrollado después de años de escuchar miedos similares. Luego abrió la carpeta donde estaban los resultados de los estudios y habló con esa cadencia pausada que usan los profesionales cuando tienen que dar noticias que van a cambiar la vida de las personas.

—Los estudios confirman lo que sospechábamos. Es un cuadro de enfermedad de Alzheimer en estadio temprano. La tomografía muestra atrofia en las áreas del hipocampo y la corteza temporal, zonas fundamentales para la memoria y el reconocimiento. Los análisis de sangre descartan otras causas posibles. Y las pruebas cognitivas muestran

deterioro en la memoria reciente, orientación temporal y funciones ejecutivas.

Las palabras técnicas llenaron el consultorio como humo, envolviéndolos en una neblina de terminología médica que sonaba importante y científica pero que, en el fondo, solo confirmaba lo que ya sabían: que Heriberto se estaba perdiendo a sí mismo, pedazo por pedazo, recuerdo por recuerdo, día por día.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Clara, y su voz sonó como si viniera desde muy lejos.

—Es difícil precisar. Cada caso evoluciona de manera diferente. Pueden ser meses, pueden ser años. Hay tratamientos que pueden ralentizar el proceso, mejorar la calidad de vida, mantener por más tiempo las funciones cognitivas que aún están preservadas. Pero no podemos detenerlo, y no podemos revertirlo.

Heriberto sintió algo extraño: una mezcla de alivio y terror. Alivio porque finalmente tenía un nombre para lo que le estaba pasando, porque ya no tenía que fingir que los olvidos eran normales o que la confusión era solo cansancio. Terror porque ese nombre —Alzheimer— venía acompañado de imágenes que había visto en películas y documentales: personas que no reconocían a sus propios hijos, que se perdían en su propia casa, que vivían atrapadas en una confusión permanente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Clara, y en esa pregunta había una súplica que iba más allá de la información médica. Era la pregunta de alguien que necesita un plan, una estrategia, cualquier cosa que le dé la ilusión de que aún hay algo que se puede hacer.

El médico habló de medicamentos, de terapias cognitivas, de rutinas que había que mantener, de estímulos que había que proporcionar. Habló de la importancia del ejercicio físico, de mantener las actividades sociales, de no sobreproteger pero tampoco exigir demasiado. Habló de grupos de apoyo para familiares, de la necesidad de prepararse para las etapas que vendrían, de la importancia de hablar con los hijos y organizar el futuro mientras aún era posible.

Pero Heriberto ya no lo escuchaba completamente. Su mente había empezado a divagar, como si ya estuviera practicando para la confusión que se avecinaba. Pensaba en su biblioteca, en todos esos libros que había leído y que tal vez pronto no recordaría haber leído nunca. Pensaba en los domingos de asado con la familia, en las charlas sobre política con sus hijos, en las tardes de mate con Clara escuchando tangos en la radio.

Pensaba en su propia infancia, en su madre enseñándole a atarse los cordones, en su padre llevándolo al fútbol los sábados, en el primer día de escuela cuando lloró porque no quería separarse de casa. ¿Esos recuerdos también se borrarían? ¿O serían los últimos en irse, refugiándose en algún rincón profundo de su cerebro como los sobrevivientes de un naufragio que se aferran a los pedazos más sólidos del barco?

Cuando salieron del consultorio, el mundo exterior los recibió con una normalidad que resultaba casi ofensiva. El mismo ascensor que protestaba, el mismo portero que saludaba sin levantar la vista, la misma calle con los mismos ruidos de siempre. Como si el universo no se hubiera enterado de que acababa de cambiar para siempre, como si las noticias devastadoras no tuvieran el poder de alterar el funcionamiento básico de la realidad.

Caminaron hasta la parada del colectivo sin hablar. Clara había tomado su brazo de nuevo, pero ahora el gesto tenía una calidad diferente: ya no era solo la costumbre del amor viejo, sino el primer ensayo de lo que sería su nueva vida, en la que ella tendría que ser los ojos, la memoria y a veces incluso la voz de los dos.

En el colectivo, se sentaron en uno de esos asientos dobles que permiten a las parejas viajar lado a lado sin tener que hablar si no quieren hacerlo. Heriberto miró por la ventanilla y vio Buenos Aires desfilar con esa familiaridad que duele: las calles que había recorrido durante setenta años, los edificios que había visto construir, las plazas donde había jugado de niño y llevado a jugar a sus hijos.

Todo seguía igual, pero él sabía que ya no lo vería de la misma manera. Era como si hubiera adquirido una nueva forma de daltonismo emocional: los colores seguían siendo los mismos, pero él ya no podía procesarlos completamente. La ciudad que había sido su hogar durante toda la vida empezaba a convertirse en un lugar que tendría que reaprender constantemente, como un turista permanente en su propia biografía.

Cuando llegaron a casa, Clara puso agua para el té y él se dirigió automáticamente a su escritorio. Necesitaba escribir, necesitaba dejar constancia de ese día, de esa mañana que había dividido su vida en un antes y un después tan claro como una línea dibujada con regla.

Abrió su cuaderno —el mismo donde había estado anotando sus confusiones y olvidos durante las últimas semanas— y escribió con letra que ya no era tan firme como antes:

"Hoy el médico le puso nombre a lo que me está pasando. Se llama Alzheimer. Una palabra que suena a apellido alemán, pero que es la explicación científica de por qué a veces no encuentro las palabras que busco, de por qué ayer olvidé el nombre de mi nieto menor, de por qué la semana pasada me perdí volviendo de la farmacia.

Clara lloró cuando salimos del consultorio. No delante del médico, porque ella es así, fuerte cuando hace falta serlo. Pero lloró en el colectivo, despacio, mirando por la ventanilla para que yo no la viera. Pero la vi. Después de cincuenta años de matrimonio, uno aprende a ver el llanto de la mujer que ama incluso cuando ella trata de esconderlo.

No sé cuánto tiempo me queda siendo yo mismo. El médico dice que es imposible saberlo. Pueden ser meses, pueden ser años. Lo que sí sé es que a partir de ahora cada día va a ser una pequeña despedida. Una despedida

de algún recuerdo que se va, de algún nombre que se borra, de alguna cara que deja de ser familiar.

Tengo miedo, pero también tengo una extraña paz. Al menos ahora sé contra qué estoy luchando. Y sé que no voy a luchar solo."

Cerró el cuaderno y se quedó sentado en su silla, mirando por la ventana de su estudio. Afuera, la tarde porteña empezaba a declinar con esa melancolía característica del otoño. Los árboles de la vereda se mecían suavemente, perdiendo algunas hojas más que caían con la parsimonia de quien sabe que su tiempo ha llegado.

Clara apareció en la puerta con dos tazas de té y esa sonrisa que había aprendido a fabricar para los momentos difíciles. Se sentó en la silla que había al lado del escritorio —la misma donde se sentaba cuando él trabajaba en casa y ella quería acompañarlo sin molestarlo— y le tendió una taza.

—¿Querés que les digamos a los chicos? —preguntó, refiriéndose a sus hijos con esa manera de llamarlos que habían conservado desde que eran pequeños y que seguirían usando aunque ahora fueran adultos con hijos propios.

Heriberto tomó un sorbo de té y asintió despacio.

—Sí. Mejor que se enteren por nosotros que por los síntomas. Y mejor ahora, que todavía puedo explicarles lo que me está pasando.

Ella asintió y se acercó para besarlo en la frente, un beso largo y suave que tuvo el sabor de todas las promesas que no necesitaban palabras para ser entendidas.

Esa noche cenaron temprano y se acostaron abrazados, como hacían en los primeros años cuando creían que el amor podía protegerlos de todo. Y tal vez tenían razón: tal vez el amor no podía detener el Alzheimer, pero podía hacer que el viaje hacia el olvido fuera menos solitario, menos aterrador, menos definitivo.

Heriberto se durmió pensando que, aunque perdiera la memoria, aunque olvidara los nombres y las caras, aunque dejara de reconocer su propia vida, siempre le quedaría la sensación de haber sido amado. Y eso, de alguna manera misteriosa, le parecía suficiente para enfrentar lo que venía.

Capítulo 5

Las manos de Clara

Los días después del diagnóstico adquirieron una textura diferente, como si el tiempo hubiera decidido volverse más denso, más viscoso, más consciente de su propio paso. Clara despertaba cada mañana con la determinación silenciosa de quien ha decidido librar una guerra contra la desesperación, armada únicamente con la obstinación del amor y la convicción de que la felicidad, incluso amenazada, sigue siendo posible si

uno se empeña en construirla pedazo por pedazo, momento por momento, gesto por gesto.

Había desarrollado una estrategia tan sutil que ni siquiera Heriberto se daba cuenta de que estaba siendo protegido: mantenía las rutinas, pero las suavizaba; conservaba las conversaciones, pero las dirigía hacia terrenos seguros; preservaba la independencia de él, pero tejía una red invisible de cuidados que lo sostuviera sin ahogarlo. Era como caminar en la cuerda floja del amor conyugal, manteniendo el equilibrio entre la protección y la dignidad, entre el cuidado y la libertad.

Las mañanas se habían convertido en su momento más sagrado. Despertaba siempre antes que él —una costumbre que había desarrollado sin darse cuenta, como si su cuerpo hubiera aprendido a anticiparse a las necesidades que vendrían— y se quedaba unos minutos observándolo dormir. Su rostro en reposo conservaba todavía los rastros del hombre que había conocido cincuenta años atrás: las mismas arrugas que se habían ido dibujando lentamente con los años, la misma manera de fruncir ligeramente el ceño incluso mientras soñaba, la misma forma de curvar los labios que sugería que, aún dormido, guardaba algún secreto agradable.

Era en esos momentos de contemplación matutina cuando Clara hacía el balance silencioso de lo que habían perdido y lo que aún conservaban. Sí, él ya no recordaba siempre dónde había puesto las llaves, pero todavía se despertaba buscando su mano bajo las sábanas. Sí, a veces confundía los nombres de los nietos, pero aún recordaba la canción que le cantaba cuando estaban novios y ella tenía dieciocho años. Sí, se perdía ocasionalmente volviendo del kiosco, pero seguía reconociendo su perfume cuando ella se acercaba, seguía sonriendo con esa sonrisa particular que había sido solo para ella durante cinco décadas.

Cuando él abría los ojos, ella ya estaba vestida y peinada, con el desayuno preparado y la casa ordenada, como si la normalidad fuera algo que pudiera manufacturarse cada día con suficiente dedicación y voluntad. Pero no era una normalidad fingida o forzada: era una normalidad intensificada, concentrada, como si hubiera decidido exprimir cada gota de cotidianidad para que rindiera más, para que durara más, para que pudiera sostener el peso de lo que se avecinaba.

—Buenos días, mi amor —le decía cada mañana, y en esas cuatro palabras cabía todo un programa de resistencia contra el olvido.

Él respondía siempre con la misma frase: "Buenos días, Clara", pero ella había aprendido a leer las pequeñas variaciones. Algunos días su voz sonaba clara y presente, completamente suya. Otros días había una ligera vacilación, como si tuviera que buscar su nombre en algún archivo interno que ya no estaba perfectamente ordenado. Pero siempre lo encontraba, y ella celebraba cada "Clara" como una pequeña victoria.

Habían establecido, sin ponerse de acuerdo explícitamente, que cocinar juntos era una forma de terapia. Todas las tardes, después del almuerzo y

la siesta, se encontraban en la cocina para preparar la cena. Era un ritual que tenía algo de danza: él lavaba las verduras mientras ella picaba la cebolla, él batía los huevos mientras ella calentaba la sartén, él ponía la mesa mientras ella servía los platos.

Sus manos se encontraban constantemente durante esas preparaciones culinarias: cuando él le pasaba un cuchillo, cuando ella le alcanzaba la sal, cuando los dos trataban de abrir el mismo frasco y sus dedos se rozaban con esa familiaridad que solo da la repetición amorosa de miles de gestos compartidos. Eran contactos breves pero cargados de significado, como pequeños recordatorios de que aún estaban ahí, de que aún se reconocían, de que aún formaban un equipo capaz de crear algo juntos.

Clara había notado que las manos de Heriberto conservaban una memoria propia, independiente de la que habitaba en su cabeza. Podía olvidar dónde había puesto un papel, pero sus dedos aún recordaban exactamente cómo pelar una papa sin desperdiciar pulpa. Podía confundirse con los nombres de las especias, pero sus manos sabían automáticamente cuánta sal echarle al guiso sin necesidad de probar. Era como si sus extremidades hubieran archivado décadas de experiencia en un lugar más profundo y seguro que la memoria consciente.

—Tus manos saben más que tu cabeza —le decía a veces, en broma, pero con una ternura que convertía la observación en algo parecido a una caricia verbal.

Y él sonreía, porque esa frase lo tranquilizaba. Era reconfortante pensar que había partes de sí mismo que permanecerían intactas aun cuando otras empezaran a desdibujarse. Sus manos serían sus últimos testigos, los archivos más antiguos y resistentes de quien había sido.

Los fines de semana habían instituido la ceremonia de repasar álbumes de fotos. Clara los bajaba del estante más alto del armario —donde los guardaba envueltos en papel de seda como si fueran reliquias— y los extendía sobre la mesa del comedor. Eran la crónica visual de una vida compartida: la boda en blanco y negro, los primeros viajes, el nacimiento de los hijos, los cumpleaños, las navidades, las vacaciones en Mar del Plata, los asados familiares.

Heriberto miraba las fotografías con una mezcla de reconocimiento y extrañeza, como quien se encuentra con versiones anteriores de sí mismo y no está completamente seguro de haber sido esa persona. Algunas imágenes le despertaban recuerdos nítidos y completos: podía contar la historia detrás de la foto, recordar qué había pasado antes y después, reproducir incluso las conversaciones que habían tenido ese día. Otras le resultaban familiares pero lejanas, como si hubiera estado presente pero no completamente involucrado. Y algunas, las más recientes, le parecían completamente ajenas, como si alguien hubiera intercalado fotografías de desconocidos en su álbum familiar.

Clara había aprendido a guiar esos recorridos fotográficos con la destreza de una curadora de museo que conoce cada pieza de la colección y sabe exactamente cómo presentarla para que cause el máximo impacto emocional. No insistía cuando él no recordaba algo, no lo presionaba para que hiciera esfuerzos inútiles. En cambio, le contaba la historia de la fotografía como si fuera un cuento, con esa capacidad narrativa que había desarrollado después de años de ser la memoria externa de la familia.

—Esta es del día que fuimos a Tigre con los chicos —le decía, señalando una foto donde aparecían los cuatro en una lancha, con las caras quemadas por el sol y sonrisas que parecían demasiado grandes para sus rostros jóvenes—. Vos querías alquilar una lancha a motor, pero yo tenía miedo de que fuera peligroso para los nenes. Al final alquilamos una a remo, y terminaste remando vos solo durante dos horas porque yo no tenía fuerza en los brazos.

Mientras hablaba, él la miraba con esa atención particular que se les da a los buenos narradores, como si estuviera escuchando la historia de otra persona pero una historia que, de alguna manera misteriosa, también le pertenecía. A veces asentía, reconociendo fragmentos del relato. A veces sonreía, aunque no recordara exactamente por qué. Y a veces se quedaba callado, absorto en esa versión de sí mismo que Clara le devolvía a través de las palabras.

Los atardeceres se habían convertido en el momento de la música. Clara había desempolvado el viejo tocadiscos que habían guardado en el altillo cuando los compact discs se pusieron de moda, y había bajado la colección de vinilos que habían ido acumulando durante las primeras décadas de matrimonio. Tango, por supuesto, pero también boleros, algo de folklore, incluso algunos éxitos internacionales de los años sesenta y setenta que habían marcado su juventud.

Ponía los discos sin consultarle, siguiendo un instinto que había desarrollado para leer su estado de ánimo y elegir la música apropiada. Si lo veía especialmente melancólico, optaba por Gardel o Discépolo, porque sabía que esas voces tenían el poder de conectarlo con algo profundo y familiar que resistía al olvido. Si lo notaba más animado, elegía algún bolero de Los Panchos o alguna canción de Leo Dan que los hacía recordar las fiestas de cumpleaños cuando los hijos eran pequeños.

Pero lo más extraordinario sucedía cuando ponía las canciones que habían sido "suyas" durante el noviazgo y los primeros años de matrimonio. Su cuerpo reaccionaba antes que su mente: empezaba a moverse ligeramente, marcando el ritmo con el pie o tamborileando con los dedos sobre el brazo del sillón. Y cuando Clara le tendía la mano, él se levantaba automáticamente y la tomaba en sus brazos como si fuera 1968 y estuvieran en el salón de su primera casa, bailando después de haber acostado a los chicos.

Bailaban sin hablar, abrazados en el living que había sido testigo de tantas celebraciones y también de tantas tristezas. Sus cuerpos aún recordaban los pasos, aún sabían cómo acomodarse el uno al otro, aún conservaban esa coordinación misteriosa que solo desarrollan las parejas que han bailado juntas durante décadas. Era una conversación física, un diálogo de movimientos que no necesitaba palabras para transmitir amor, nostalgia, esperanza y una determinación obstinada de seguir siendo felices a pesar de todo.

Durante esos bailes, Clara sentía las manos de Heriberto en su espalda, en su cintura, entrelazadas con las suyas, y trataba de memorizar cada detalle de esa sensación. Sus manos que habían envejecido junto a las de ella, que habían tocado las mismas cosas, acariciado la misma piel, sostenido a los mismos bebés cuando eran pequeños. Manos que conocía mejor que las propias, que podía reconocer a ciegas por la textura de su piel, por la forma de sus nudillos, por esa pequeña cicatriz en el dedo índice que se había hecho trabajando en el jardín veinte años atrás.

Eran manos que habían aprendido el lenguaje del amor conyugal: sabían cómo tocar para consolar, cómo apretar para transmitir seguridad, cómo acariciar para despertar ternura. Habían desarrollado su propio sistema de comunicación, independiente de las palabras: una presión particular que significaba "te amo", un roce específico que quería decir "estoy aquí", una manera de entrelazar los dedos que era, simplemente, la confirmación de que seguían siendo una unidad, un nosotros que resistía al paso del tiempo y a las amenazas de la enfermedad.

Clara sabía que esas manos también estaban cambiando. A veces vacilaban antes de tomar algo, como si hubieran perdido confianza en su propia capacidad. A veces temblaban ligeramente, no por enfermedad sino por una especie de ansiedad motriz que parecía reflejar la confusión que se estaba instalando en otras áreas de su funcionamiento. A veces se quedaban suspendidas en el aire, como si hubieran olvidado qué era lo que tenían que hacer.

Pero cuando la tocaban a ella, cuando se posaban en su rostro, en sus hombros, en sus manos, recuperaban toda su seguridad. Era como si su piel fuera el territorio más familiar que conocían, el mapa que nunca iban a olvidar completamente. Y ella se entregaba a esas caricias con una gratitud que iba más allá del placer físico: era la gratitud de saber que, mientras esas manos la siguieran reconociendo, una parte esencial de Heriberto seguiría siendo suya, seguiría siendo él.

Una tarde, mientras preparaban juntos unos ravioles que habían decidido hacer desde cero —una empresa ambiciosa que los había tenido ocupados durante toda la tarde—, Heriberto se detuvo en medio del amasado y la miró con una intensidad que no había tenido en semanas.

—Tengo miedo de olvidar cómo se sienten tus manos —le dijo, y en su voz había una vulnerabilidad que la hizo contener la respiración.

Clara dejó el bollito de masa que estaba estirando y se acercó a él. Tomó sus manos entre las suyas y las guio hasta su rostro, haciendo que sus palmas se posaran en sus mejillas como había hecho miles de veces durante cinco décadas de amor compartido.

—No las vas a olvidar —le dijo, con una convicción que sacó de algún lugar profundo donde guardaba sus certezas más íntimas—. Las manos no se olvidan. Las manos tienen su propia memoria, ¿te acordás que me dijiste eso el otro día? Tus manos van a recordar las mías aunque tu cabeza se confunda. Van a saber que soy yo aunque no recuerdes mi nombre.

Él cerró los ojos y dejó que sus dedos recorrieran el territorio familiar de su rostro: las arrugas que se habían ido formando alrededor de sus ojos, la textura suave de su piel que había acariciado tantas veces, la forma exacta de sus pómulos que había trazado en noches de insomnio cuando no podía dormir y se entretenía dibujando su cara en la oscuridad.

—Cincuenta años tocándote —murmuró, como si estuviera contando un tesoro—. Cincuenta años aprendiendo de memoria cada rincón de tu cuerpo. No puede ser que se borre todo eso.

Y Clara supo, con esa certeza que a veces llega sin explicación lógica, que tenía razón. Que el amor, cuando es tan profundo y duradero, deja marcas que trascienden la memoria consciente. Que hay formas de conocimiento que se instalan en lugares más profundos que el cerebro, que se refugian en la médula, en los huesos, en la piel misma.

Terminaron de hacer los ravioles con las manos entrelazadas cada vez que era posible, rozándose constantemente, como si estuvieran tratando de imprimir en la piel el recuerdo de ese momento. Y cuando se sentaron a comer, Clara se dio cuenta de que había logrado algo que había parecido imposible unas semanas atrás: habían vivido un día completamente feliz, un día donde el Alzheimer había sido apenas una presencia lejana, como una nube en el horizonte que amenaza tormenta pero que aún no ha llegado.

Esa noche, acostados en la cama que había sido su refugio durante tantos años, Heriberto le tomó la mano con esa naturalidad que precede al sueño.

—Gracias —le dijo, sin explicar por qué, porque no hacía falta.

Y Clara le apretó los dedos con ese código secreto que significaba "siempre", se acurrucó contra él como había hecho miles de noches, y se durmió pensando que, tal vez, la felicidad no era algo que se conservaba intacto a pesar de las adversidades, sino algo que se reconstruía cada día, con manos pacientes y corazón obstinado, como quien arma un rompecabezas sabiendo que algunas piezas se van a perder pero que la imagen, aun incompleta, seguirá siendo hermosa.

Capítulo 6

La memoria que traiciona

La memoria, esa vieja compañera de ruta que había sido tan fiel durante setenta años, comenzó a revelarse como lo que tal vez siempre había sido: una narradora caprichosa, una archivista borracha que guardaba con celo datos absolutamente inútiles mientras perdía las llaves de los cajones importantes. Heriberto podía recitar de corrido el número de patente de su primer Fiat 600 —JKL 847, color celeste, con una abolladura en el guardabarros izquierdo que nunca había arreglado por tacaño—, pero se quedaba mudo cuando el vecino de la esquina, ese hombre canoso que lo saludaba desde hacía quince años con genuino afecto, le decía "¡Hola, Heriberto!" y él tenía que responder con un "¡Hola!" genérico, porque el nombre se le había borrado como escritura en la arena.

Los recuerdos habían desarrollado una lógica perversa, una jerarquía inexplicable que parecía diseñada por algún dios con sentido del humor negro. Conservaba intacta la letra completa de "Balada para un loco" pero olvidaba por qué había entrado a la cocina. Recordaba con precisión cinematográfica el rostro de su maestra de segundo grado —señorita Elena, con ese lunar en la mejilla izquierda y esa manera de fruncir los labios cuando algún alumno no había hecho la tarea—, pero confundía los nombres de sus nueras, esas mujeres que llevaban décadas formando parte de la familia, que habían parido a sus nietos, que lo llamaban "papá" con cariño verdadero.

Era como si su cerebro hubiera decidido convertirse en un anticuario loco que conservaba con obsesión los objetos más insignificantes mientras vendía las joyas de la corona familiar. Guardaba el recuerdo exacto del sabor del primer beso con Clara —dulce a caramelo de miel, porque ella había estado chupando pastillas para la tos—, pero no lograba retener qué había desayunado esa misma mañana. Podía describir con detalle minucioso la textura del primer traje que se había comprado con su primer sueldo —lana gris, un poco áspera, que lo hacía transpirar en verano pero que lo llenaba de orgullo porque era suyo, pagado con su trabajo—, pero se perdía en los pasillos del supermercado donde había comprado durante veinte años.

Clara había empezado a notar estos desniveles de la memoria con esa perspicacia que desarrollan las mujeres que aman: observaba desde la cocina cómo él se quedaba parado frente al ropero, con la camisa en la mano, como si fuera la primera vez que se enfrentaba al dilema de elegir qué ponerse. Lo veía buscar palabras que conocía perfectamente, pero que se habían refugiado en algún rincón inaccesible de su vocabulario, como libros mal archivados en una biblioteca que cambia de orden cada noche.

—¿Te acordás del nombre del perro de los Martínez? —le preguntó una tarde, mientras tomaban mate en el patio, refiriéndose a los vecinos de al lado.

Heriberto frunció el ceño con esa concentración dolorosa de quien trata de forzar una cerradura oxidada. Los Martínez habían tenido ese perro durante diez años, un cocker spaniel dorado que ladraba todas las madrugadas y

que había sido motivo de discusiones vecinales civilizadas. Él había jugado con ese animal, le había dado restos de comida, había conversado sobre él cientos de veces. Pero el nombre, simplemente, no estaba.

—Era... —comenzó, y se detuvo. La palabra estaba ahí, flotando en algún lugar de su cabeza, pero no conseguía atraparla—. Era un nombre de persona. Como de hombre mayor.

—Ernesto —dijo Clara, sin dramatismo, como quien completa naturalmente una frase que ha quedado colgando en el aire.

—¡Ernesto! —repitió él, y sonrió con esa mezcla de alivio y frustración que se había vuelto tan familiar—. Claro, Ernesto. ¿Cómo se me pudo olvidar?

Pero Clara sabía que esa pregunta no tenía respuesta, o tenía una respuesta que era demasiado simple y terrible al mismo tiempo: se le había olvidado porque se estaba olvidando, porque su cerebro había empezado a funcionar como una biblioteca en proceso de mudanza, donde los encargados van empacando libros sin un criterio claro, guardando algunos tesoros y descartando otros que parecían importantes pero que por alguna razón ya no cabían en las cajas disponibles.

Los olvidos tenían texturas diferentes. Algunos eran suaves, casi imperceptibles, como cuando no lograba recordar si había cerrado la puerta con llave y tenía que volver a verificar. Otros eran más ásperos, más evidentes, como cuando se quedaba en blanco en medio de una conversación, con la boca abierta y una expresión de perplejidad que Clara había aprendido a reconocer como la señal de que algo se había desconectado temporalmente en los circuitos de su mente.

Y estaban los olvidos dramáticos, esos que llegaban como cachetadas: la vez que no recordó haber tenido una hermana menor que había muerto a los tres años de neumonía, un evento que había marcado su infancia y que había contado decenas de veces; la mañana que despertó preguntando por su madre, que había muerto hacía quince años, y cuando Clara se lo recordó, él la miró con una sorpresa genuina, como si le estuviera dando una noticia completamente nueva.

Pero lo más desconcertante no eran los olvidos, sino las apariciones. Recuerdos que creía perdidos para siempre emergían de pronto con una nitidez alucinante, como fotografías que hubieran estado sumergidas en agua y de repente flotaran hasta la superficie. Una tarde, mientras Clara preparaba la cena, él se acercó desde atrás y le susurró al oído: "¿Te acordás de aquella vez en Bariloche, cuando llovió toda la semana y nos quedamos encerrados en la cabaña jugando a las cartas?"

Clara se dio vuelta, sorprendida. Hacía años que él no mencionaba ese viaje, que había sido uno de los más hermosos de su vida de casados pero que aparentemente había quedado sepultado bajo capas de recuerdos más recientes. Y ahí estaba, completo, con todos los detalles: el ruido de la lluvia en el techo de chapa, el olor a leña húmeda, la partida de truco que se había extendido hasta las tres de la mañana, la manera en que habían

hecho el amor en esa cama estrecha mientras afuera el mundo se lavaba con agua fría.

—Me acuerdo —le dijo, y lo abrazó con una emoción que iba más allá de la nostalgia. Era la emoción de comprobar que aún había pedazos enteros de su historia que permanecían intactos, como islas de memoria en un océano que se encrespaba cada vez más.

Los domingos habían desarrollado un ritual particular. Después del almuerzo, cuando la casa se llenaba de esa modorra característica de las tardes familiares, Heriberto se dirigía a su escritorio y abría el cuaderno donde había empezado a anotar no solo sus confusiones, sino también sus certezas. Había descubierto que escribir era una manera de anclar los recuerdos, de darles peso suficiente para que no se los llevara el viento del olvido.

Escribía con letra que se había vuelto menos firme pero no menos determinada, como si sus manos hubieran decidido compensar con voluntad lo que perdían en precisión. Anotaba todo: lo que había recordado ese día, lo que había olvidado, las conversaciones que había tenido, los nombres que había recuperado, las caras que se le habían borrado. Era una contabilidad emocional, un balance semanal de ganancias y pérdidas en la batalla contra la desmemoria.

"Hoy recordé el nombre de mi primer jefe, el ingeniero Gálvez", escribía. "Tenía bigotes grises y usaba corbatas de rayas. Me enseñó a hacer planos a mano, antes de que existieran las computadoras. Pero no pude recordar cómo se llamaba el café donde Clara y yo tuvimos nuestra primera cita. Ella me dijo que era 'La Biela', y cuando lo dijo me acordé del mozo que tenía una cojera y de las medialunas que pedíamos siempre. ¿Por qué recuerdo al mozo y no el nombre del lugar?"

Estos ejercicios de escritura se habían convertido en algo más que un registro: eran una forma de conversación con su propia memoria, un intento de entender la lógica secreta que regía sus apariciones y desapariciones. A veces sentía que si lograba descifrar el patrón, si conseguía entender por qué su mente guardaba ciertas cosas y desechaba otras, podría negociar con el olvido, establecer algún tipo de tregua que le permitiera conservar lo esencial.

Pero la memoria, descubrió, no negocia. Es una soberana caprichosa que toma decisiones unilaterales y no da explicaciones. Funciona con una democracia perversa donde los recuerdos votan para decidir cuáles van a sobrevivir, y los resultados a menudo son incomprensibles para quien los vive desde adentro.

Una mañana se despertó recordando con perfecta claridad la receta del locro que hacía su abuela materna los días de lluvia: maíz pisado, porotos, zapallo, carne de cerdo, chorizo colorado, una pizca de comino, sal gruesa y paciencia para dejarlo cocinar a fuego lento durante horas. Podía ver las manos arrugadas de la vieja removiendo la olla de hierro, podía oler la

mezcla de especias que impregnaba toda la casa, podía escuchar su voz diciéndole: "La paciencia es el secreto de todo, mijito. Las cosas buenas no se pueden apurar."

Pero cuando Clara le preguntó si quería que comprara pan en la panadería nueva o en la de siempre, él se quedó en blanco. No recordaba que hubieran cambiado de panadería, no recordaba haber tenido esa conversación la semana anterior, no recordaba haber acordado que era mejor ir a la nueva porque el pan estaba más fresco y la señora que atendía era más amable.

—En la nueva —le dijo Clara, tomando la decisión por los dos con esa naturalidad que había desarrollado para suplir sus lagunas sin que él se sintiera disminuido.

Y él asintió, confiando en esa memoria externa que Clara había llegado a ser: su segundo cerebro, su archivo de respaldo, su copiloto en un viaje que se estaba volviendo cada vez más impredecible. Era extraño, pero no desagradable, compartir la responsabilidad de recordar. Durante setenta años había cargado solo con el peso de su propia historia, y ahora descubría que había cierto alivio en saber que alguien más guardaba copias de seguridad de los momentos importantes.

Los nombres propios se habían convertido en su talón de Aquiles particular. Los nombres de lugares resistían mejor que los de personas, y los de personas famosas mejor que los de conocidos. Podía recitar la alineación completa de la selección argentina del '78, pero se quedaba mudo cuando tenía que presentar a Clara en una reunión social. Sabía que era su esposa, sabía que la amaba, sabía que llevaban cincuenta años juntos, pero a veces su nombre se escondía como un niño tímido detrás de otros recuerdos más llamativos.

"Clara", escribía en su cuaderno, como un ejercicio de memorización. "Clara, Clara, Clara. Mi mujer se llama Clara. Clara Vázquez de Carmini. Nos casamos el 15 de marzo de 1970. Clara tiene ojos marrones y sonríe con el lado izquierdo de la boca un poco más alto que el derecho. Clara hace el mejor arroz con leche del mundo. Clara ronca suavemente cuando duerme boca arriba. Clara es la única persona que me ha amado sin condiciones durante toda mi vida adulta."

Repetir su nombre se había vuelto una especie de oración laica, una letanía contra el olvido. Y funcionaba: mientras más lo escribía, mientras más lo decía en voz alta cuando estaba solo, más firme se volvía su presencia en esa región de la memoria que aún funcionaba con normalidad.

Una tarde, mientras veían televisión juntos en el sillón que habían comprado para celebrar sus bodas de plata, Heriberto se dio cuenta de que no recordaba el argumento del programa que habían estado siguiendo durante semanas. Los personajes le resultaban vagamente familiares, pero no conseguía ubicar quiénes eran ni por qué se suponía que tenía que importarle lo que les pasaba.

—¿De qué se trata esta novela? —le preguntó a Clara, con esa mezcla de curiosidad y vergüenza que había aprendido a modular para que sus preguntas no sonaran dramáticas.

Clara le explicó la trama como si fuera la primera vez que se la contaba, con esa paciencia infinita que había desarrollado para navegar estos momentos sin hacer sentir a Heriberto que estaba perdiendo la capacidad de seguir narrativas complejas.

Y mientras hablaba, él la miraba con una atención que iba más allá del interés por el programa: la miraba como si estuviera memorizando su cara, como si estuviera grabando en algún archivo profundo e inaccesible la imagen de esa mujer que había decidido quedarse a su lado mientras su mente se deshacía lentamente.

Porque eso era lo que más lo tranquilizaba y lo aterrorizaba al mismo tiempo: saber que Clara estaba ahí, que había tomado la decisión de ser su memoria externa, su ancla en un mundo que se volvía cada vez más difuso, pero también saber que algún día podría mirarla y no reconocerla, podría escuchar su voz y no entender por qué esa desconocida lo trataba con tanta familiaridad.

Por ahora, todavía la reconocía. Por ahora, su nombre aún emergía cuando lo necesitaba. Por ahora, sus manos aún sabían cómo encontrar las de ella en la oscuridad de la madrugada.

Pero "por ahora" se había convertido en la frase más importante y frágil de su vocabulario, la única certeza en un mundo donde la memoria jugaba a los dados con los recuerdos y nadie sabía cuáles iban a sobrevivir a la próxima jugada.

Capítulo 7

Los hijos y sus ojos

Los hijos llegan ahora con una puntualidad que antes no tenían, como si hubieran sincronizado sus relojes con algún cronómetro invisible que marca el tiempo de la preocupación filial. Vienen cargados de bolsas del supermercado, de pasteles de la confitería más cara del barrio, de flores que Clara recibe con una sonrisa que no alcanza completamente a disimular su perplejidad. Porque en cincuenta años de matrimonio, sus hijos nunca habían sido tan... atentos. Tan presentes. Tan obsesivamente cariñosos.

Martín, el mayor, llega todos los miércoles después del trabajo. Se queda parado en el umbral de la puerta como si necesitara unos segundos para prepararse psicológicamente para lo que va a encontrar adentro. Heriberto lo observa desde el sillón del living y nota esa manera particular que tiene su hijo de mirarlo: como si estuviera evaluando daños, como si cada visita fuera una inspección técnica donde hay que verificar qué partes del padre siguen funcionando y cuáles han empezado a fallar.

—Hola, pa —dice Martín, y en esas dos palabras hay una intensidad que no había antes, como si el saludo fuera también una pregunta: ¿me reconocés? ¿sabés quién soy? ¿seguís siendo vos?

Y Heriberto responde: "Hola, hijo", con una naturalidad que tranquiliza a Martín pero que a él mismo lo sorprende, porque a veces tiene que hacer un esfuerzo microscópico pero real para ubicar a ese hombre de cuarenta y cinco años en el archivo mental donde guarda a sus descendientes. Es Martín, se dice para adentro, como un ejercicio de confirmación. Mi hijo mayor. El que estudió ingeniería como yo. El que se casó con Patricia y tiene dos hijas. El que cuando era chico coleccionaba estampitas de futbolistas y lloraba cuando perdía San Lorenzo.

Clara aparece desde la cocina secándose las manos con el repasador, y Heriberto nota cómo ella también observa el encuentro entre padre e hijo con esa atención microscópica que ha desarrollado últimamente, como si fuera una científica estudiando la evolución de una especie en peligro de extinción. Ve cómo Martín abraza a su padre con una fuerza que no tenía antes, como si el abrazo fuera también una forma de verificar que Heriberto sigue ahí, sigue siendo sólido, sigue respondiendo a los estímulos físicos del afecto.

—¿Cómo andás, pa? —pregunta Martín, y Heriberto sabe que la pregunta va más allá de la cortesía. Es una consulta médica disfrazada de charla informal.

—Bien, bien —responde, porque es lo que se espera que responda, y porque en cierto modo es verdad. Se siente bien, dentro de los parámetros de bienestar que ha tenido que redefinir en los últimos meses. Se siente bien si "sentirse bien" significa despertarse sabiendo quién es, recordar el nombre de su esposa, reconocer su propia casa. Son triunfos pequeños que antes ni siquiera registraba como logros, pero que ahora celebra internamente cada mañana.

Martín trae siempre algún pretexto para la visita: tiene que arreglar una canilla que gotea, revisar la instalación eléctrica, cambiar una lamparita que se quemó. Pero Heriberto sabe que esas son excusas piadosas, razones inventadas para justificar una presencia que en realidad responde a una necesidad más profunda y menos nombrable. Su hijo viene a verificar que el padre sigue siendo padre, que la figura que lo crió y lo protegió durante la infancia no se ha desvanecido completamente en la niebla de la enfermedad.

Y hay algo conmovedor y doloroso en esa inversión de roles que se va produciendo imperceptiblemente: Martín trata a Heriberto con la misma paciencia protectora con la que Heriberto lo había tratado a él cuando tenía cinco años y se perdía en el supermercado. Le explica las cosas dos veces si es necesario, lo guía suavemente cuando se queda confundido ante alguna situación nueva, anticipa sus necesidades con esa capacidad de predicción que desarrollan quienes aman a alguien vulnerable.

Los miércoles se han convertido en el día de la nostalgia compartida. Después de cumplir con el ritual de la revisión técnica de la casa, Martín se sienta en el sillón de al lado y empieza a contar anécdotas de cuando él era chico, como si estuviera alimentando el archivo de recuerdos de su padre con historias que tal vez Heriberto está empezando a olvidar. Le cuenta del día que fueron juntos a la cancha y San Lorenzo le ganó a Boca con un gol en el último minuto, y cómo los dos gritaron como locos abrazados entre la multitud. Le recuerda las vacaciones en Villa Gesell, cuando él tenía diez años y su hermana ocho, y cómo Heriberto se pasaba horas ayudándolos a construir castillos de arena que las olas destruían antes del atardecer.

Heriberto escucha estas historias con una mezcla de reconocimiento y extrañeza, como si fueran recuerdos que le pertenecen pero que alguien más ha guardado mejor que él. A veces los episodios que cuenta Martín le despiertan imágenes nítidas y completas: puede ver la cara de su hijo de diez años, puede sentir la arena pegajosa entre los dedos, puede recordar el olor a protector solar y el sabor de los choripanes que compraban en el balneario. Otras veces, las anécdotas le resultan familiares pero lejanas, como si hubiera estado presente pero no completamente involucrado, como si hubiera sido un actor secundario en la película de su propia vida.

Pero lo que más lo emociona es la manera en que Martín cuenta estas historias: con una ternura que no había tenido cuando era joven, con una gratitud retroactiva que convierte los recuerdos ordinarios en tesoros familiares. Su hijo ha descubierto, tal vez por primera vez, que su padre no va a estar para siempre, y eso ha transformado la memoria de la infancia en algo precioso y frágil que hay que proteger del olvido.

Andrea, la hija menor, viene los domingos con su familia. Llega como una pequeña invasión amorosa: ella, su marido Roberto, y los dos nietos que llenan la casa de gritos y risas y esa energía caótica que tienen los chicos cuando se sienten completamente cómodos en un lugar. Heriberto los recibe con una alegría que es genuina pero también esforzada, porque tiene que hacer un trabajo mental para ubicar a cada uno en su lugar correcto del árbol genealógico familiar.

Andrea lo abraza con esa efusividad que siempre tuvo, pero ahora hay algo diferente en la manera en que lo abraza: lo hace como si estuviera memorizando la sensación, como si cada abrazo fuera también una despedida anticipada. Y cuando se separa, lo mira a los ojos con una intensidad que lo incomoda un poco, como si estuviera buscando señales de deterioro, como si quisiera fotografiar su cara para compararla con la de la semana anterior.

—¿Cómo estás, papá? —le pregunta, y Heriberto nota que la pregunta tiene más peso que antes, que Andrea espera una respuesta más elaborada que el "bien" automático que se intercambia en las familias sanas.

—Acá andamos —responde, porque ha aprendido que esa frase ambigua satisface la necesidad de respuesta sin comprometerlo a dar explicaciones

que no sabría cómo dar. ¿Cómo explicarle a su hija que se siente como un extranjero en su propia vida? ¿Cómo contarle que a veces se despierta en su cama de siempre pero tarda unos segundos en recordar en qué año vive, en qué casa está, por qué esa mujer que duerme a su lado le resulta familiar?

Los nietos son su salvación y su tormento. Facundo tiene ocho años y Catalina seis, y los dos poseen esa capacidad infantil de vivir completamente en el presente que a Heriberto le resulta reconfortante y angustiante al mismo tiempo. Ellos no notan sus confusiones, no registran sus olvidos, no evalúan su desempeño cognitivo cada vez que habla. Para ellos, el abuelo sigue siendo el abuelo: el señor que les da caramelos a escondidas de los padres, que les cuenta historias disparatadas, que se deja ganar en las cartas y que siempre tiene tiempo para sus preguntas absurdas.

Pero a veces Heriberto se da cuenta de que confunde sus nombres, de que llama Catalina a Facundo o viceversa, y ve cómo Andrea y Roberto intercambian una mirada rápida pero cargada de significado. Una mirada que dice: "¿lo notaste?" Una mirada que dice: "está empeorando". Una mirada que dice: "¿cuánto tiempo más podrá seguir siendo el abuelo que ellos creen que es?"

Y sin embargo, con los nietos Heriberto recupera una espontaneidad que había perdido con los adultos. Con Facundo y Catalina puede permitirse ser un poco raro, un poco despistado, un poco impredecible, porque esas son características que los chicos asocian naturalmente con los abuelos. Puede inventar historias que no tienen mucho sentido, puede confundir nombres sin que nadie se alarme, puede repetir la misma pregunta tres veces porque para los chicos la repetición es parte de la lógica del amor de los mayores.

Una tarde, mientras jugaba con Catalina a armar un rompecabezas de mil piezas, Heriberto se dio cuenta de que había perdido completamente el hilo de lo que estaban haciendo. Miraba las piezas coloridas desperdigadas sobre la mesa y no lograba entender cuál era el objetivo del juego, por qué estaban sentados ahí, qué se suponía que tenían que construir. Se quedó inmóvil, con una pieza en la mano, esperando que su mente se reconectara con la realidad inmediata.

Catalina lo miró con esa paciencia infinita que tienen los chicos cuando los adultos se comportan de manera extraña.

—Abuelo —le dijo, con la misma naturalidad con la que le habría preguntado la hora—, ¿te olvidaste de lo que estábamos haciendo?

Y Heriberto, en lugar de mentir o disimular, decidió decirle la verdad:

—Sí, mi amor. Me olvidé.

—No importa —dijo Catalina, y siguió buscando piezas del cielo azul como si la confesión de su abuelo fuera la cosa más normal del mundo—. Estamos

armando un paisaje. Hay una casa, unos árboles y un lago. Vos estás buscando pedacitos del agua.

Y Heriberto siguió buscando pedacitos del agua, conmovido por esa generosidad infantil que acepta las limitaciones de los adultos sin dramatismo, que adapta el juego a las posibilidades reales de los jugadores sin hacer que nadie se sienta disminuido.

Pero los ojos de sus hijos adultos no tienen esa misericordia. Martín y Andrea lo miran con una mezcla de amor y evaluación constante que lo agota emocionalmente. Son ojos que buscan síntomas, que registran cambios, que comparan el padre de hoy con el padre de la semana pasada para medir la velocidad del deterioro. Son ojos que ya han empezado a despedirse, que ya están procesando el duelo por el hombre que él está dejando de ser.

Y lo más difícil de soportar no es la enfermedad en sí, sino sentirse observado todo el tiempo, convertido en objeto de estudio de su propia familia. Cada palabra que dice es pesada en una balanza invisible, cada gesto es analizado como posible síntoma, cada olvido menor se convierte en evidencia de un proceso imparable que todos conocen pero que nadie nombra directamente.

Una noche, después de que Andrea se había ido con su familia, Clara y Heriberto se quedaron solos en la cocina recogiendo los restos de la cena dominical. Había sido una tarde aparentemente normal: conversaciones sobre el trabajo de Roberto, anécdotas del colegio de los chicos, planes para las próximas vacaciones. Pero Heriberto había sentido todo el tiempo esa tensión subterránea, esa vigilancia amorosa pero constante que ejercían sus hijos sobre cada una de sus palabras y acciones.

—Se dan cuenta —le dijo a Clara mientras secaba un plato con movimientos automáticos—. Los chicos se dan cuenta de que me estoy... deteriorando.

Clara dejó de lavar y lo miró. En sus ojos había una tristeza que trataba de disimular con practicidad.

—Por supuesto que se dan cuenta —le dijo—. Te aman. Cuando uno ama, se da cuenta de todo.

—No me gusta que me miren así —confesó Heriberto—. Como si fuera un rompecabezas al que le faltan pedazos.

—Están asustados —dijo Clara—. No saben cómo ayudarte, no saben qué hacer con su propio miedo. Entonces hacen lo único que pueden: vienen más seguido, traen regalos, te vigilan con cariño. Es su manera de amarte cuando ya no saben cómo amarte.

Y Heriberto entendió que sus hijos estaban viviendo su propio proceso de adaptación, su propia forma de duelo anticipado. Ellos también tenían que aprender a querer a una versión disminuida de su padre, tenían que redefinir la relación filial para que pudiera sobrevivir a los cambios que se avecinaban. Sus ojos de preocupación y pena no eran solo una evaluación

de su estado: eran también un espejo donde él podía ver el reflejo de su propia vulnerabilidad.

Pero había momentos, pequeños momentos perfectos, en los que lograban encontrarse más allá de la enfermedad, más allá del miedo, más allá de la vigilancia amorosa. Como cuando Martín le contaba algún problema del trabajo y Heriberto conseguía darle un consejo que sonaba exactamente como los consejos que le había dado durante toda la vida. O como cuando Andrea le pedía que le enseñara a hacer el guiso de lentejas que él cocinaba los domingos de invierno, y sus manos recuperaban automáticamente la sabiduría culinaria de décadas.

En esos momentos, los ojos de sus hijos cambiaban. Dejaban de ser ojos que evaluaban y se convertían en ojos que simplemente lo veían: no al enfermo, no al padre que se deterioraba, sino al hombre que había sido su referencia durante toda la vida, que seguía siendo capaz de sabiduría, de amor, de presencia genuina.

Y Heriberto se aferraba a esos momentos como a salvavidas, porque le confirmaban que aún quedaba algo intacto en él, algo que resistía al naufragio de la memoria y que merecía ser preservado no solo por compasión, sino por amor verdadero. Sus hijos venían a visitarlo no solo para despedirse del padre que estaba perdiendo, sino también para celebrar al padre que, a pesar de todo, todavía estaba ahí.

Capítulo 8

La propuesta

La idea llegó una mañana de martes, mientras Heriberto se quedaba parado frente al espejo del baño sin recordar por qué había entrado ahí. Se miró durante largos minutos, como si estuviera viendo a un desconocido que había usurpado su reflejo: ese hombre de pelo canoso y ojos que ya no brillaban con la certeza de antes, ese hombre que tenía su cara pero que parecía habitar un territorio ajeno, una geografía de confusiones donde él era apenas un turista perdido.

Clara apareció detrás de él, reflejada también en el espejo, y Heriberto vio cómo ella lo miraba con esa mezcla de ternura y vigilancia que se había vuelto tan familiar. Era una mirada que lo protegía y lo evaluaba al mismo tiempo, que lo acompañaba en sus desorientaciones pero que también registraba cada nueva pérdida, cada pequeño territorio de su mente que se rendía ante el avance implacable del olvido.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Clara, aunque los dos sabían que la pregunta era innecesaria. Algo le pasaba siempre ahora, algo le había estado pasando durante meses, algo que tenía nombre pero que ellos se negaban a pronunciar completamente, como si nombrarlo fuera darle más poder del que ya tenía.

—Estaba pensando —dijo Heriberto, y se dio vuelta para mirarla directamente, sin la mediación del espejo—. Estaba pensando en lo que va a pasar.

Clara se acercó y le acomodó el cuello de la camisa con esa delicadeza que había perfeccionado durante cincuenta años de matrimonio, ese gesto automático que era también una caricia, una forma de decir "estoy acá" sin necesidad de palabras.

—¿Qué va a pasar con qué? —preguntó, aunque había algo en su voz que sugería que sabía exactamente hacia dónde se dirigía esa conversación.

—Conmigo —dijo Heriberto—. Con nosotros. Con esto que me está pasando y que va a seguir pasándome hasta que ya no sepa quién sos, hasta que ya no sepa quién soy yo.

Habían evitado esa conversación durante meses, habían bailado alrededor del tema como dos personas que se mueven cuidadosamente por una habitación llena de cristales frágiles. Pero esa mañana, frente al espejo que le había devuelto la imagen de su propia extrañeza, Heriberto sintió que ya no podía seguir postergando las palabras que tenían que decirse.

Se fueron a la cocina, porque las conversaciones importantes de su matrimonio siempre habían tenido lugar ahí, alrededor de la mesa donde habían desayunado juntos durante décadas, donde habían discutido las decisiones familiares, donde habían peleado y se habían reconciliado, donde habían planificado el futuro cuando el futuro parecía una extensión ilimitada de presentes felices.

Clara le preparó el café como todas las mañanas: dos cucharadas de azúcar, una gota de leche, revuelto en sentido contrario a las agujas del reloj porque él decía que así sabía mejor. Era un ritual que había repetido miles de veces, pero esa mañana Heriberto la observó como si estuviera memorizando cada movimiento, como si quisiera guardar para siempre la imagen de esas manos que conocían sus gustos mejor que él mismo.

—Clara —dijo, cuando ella se sentó frente a él con su propia taza—, tengo que decirte algo.

Ella lo miró con esa atención completa que le daba cuando él hablaba en serio, esa manera de escuchar que había desarrollado durante toda una vida de amor: con todo el cuerpo, con toda la mente, como si las palabras de él fueran lo único importante en el mundo.

—He estado pensando —continuó Heriberto— en que tal vez sería mejor... tal vez deberíamos considerar la posibilidad de que yo me vaya a vivir a un lugar donde sepan cómo cuidarme mejor.

Las palabras salieron más fácil de lo que había esperado, como si las hubiera estado ensayando durante semanas sin darse cuenta. Pero cuando las dijo, cuando las vio reflejadas en la expresión de Clara, se dio cuenta de lo que realmente significaban: era la primera vez que hablaba de su

enfermedad no como algo que les estaba pasando a los dos, sino como algo que le estaba pasando a él y que tenía consecuencias para ella.

Clara dejó la taza en la mesa con un movimiento que trataba de ser controlado pero que terminó siendo un poco brusco. El café se derramó levemente sobre el mantel de cuadritos que habían comprado juntos en un viaje a Córdoba hacía quince años.

—¿Un lugar? —repitió, como si las palabras no terminaran de tener sentido —. ¿Qué clase de lugar?

—Una residencia —dijo Heriberto, y la palabra cayó entre ellos como una piedra en un estanque tranquilo—. Un lugar donde haya médicos, enfermeras, gente que sepa qué hacer cuando yo ya no sepa qué hacer conmigo mismo.

Clara lo miró como si él acabara de sugerir que se mudaran a la luna. Había una incredulidad genuina en sus ojos, como si la propuesta fuera tan ajena a su realidad compartida que no conseguía procesarla completamente.

—Vos estás loco —le dijo, pero no con enojo sino con una ternura exasperada—. ¿Cómo se te ocurre? Esta es tu casa. Yo soy tu mujer. Los chicos vienen a verte acá. Tu vida está acá.

—Mi vida está desapareciéndose —respondió Heriberto con una calma que lo sorprendió a él mismo—. Y no quiero que se lleve la tuya también.

Se quedaron en silencio durante largos minutos, mirándose por encima de las tazas de café que se enfriaban lentamente. Era el silencio de dos personas que se conocen tan bien que pueden discutir sin palabras, que pueden pelearse con las miradas, que pueden amarse y lastimarse simultáneamente sin necesidad de pronunciar una sola frase.

Clara se levantó y empezó a limpiar el café derramado con movimientos nerviosos, como si la actividad física pudiera disolver la conversación que acababan de empezar.

—No vamos a hablar más de esto —dijo, frotando el mantel con más fuerza de la necesaria—. Es una locura. Es... es como si me dijeras que te vas a morir mañana. No tiene sentido.

Pero Heriberto sabía que sí tenía sentido, un sentido terrible y lógico que había estado evitando durante meses. Había visto cómo Clara se levantaba algunas noches para verificar que él siguiera respirando. Había notado cómo ella había empezado a acompañarlo al baño cuando antes él manejaba solo esas intimidades básicas. Había registrado la manera en que ella anticipaba sus confusiones, suplía sus olvidos, se convertía gradualmente en su memoria externa, en su traductor personal, en su guardián amoroso pero agotado.

—Clara —dijo, y se levantó para tomarle las manos, esas manos que ahora temblaban ligeramente—, mírame.

Ella se resistió un momento, pero finalmente lo miró. En sus ojos había lágrimas que no habían empezado a caer pero que ya estaban ahí, esperando.

—Yo no me quiero ir —le dijo—. No quiero dejarte, no quiero estar lejos de vos, no quiero morirme en un lugar donde no esté tu olor en las sábanas y tu voz diciéndome buenos días todas las mañanas.

Clara empezó a llorar entonces, con esas lágrimas silenciosas que había aprendido a derramar durante los últimos meses, lágrimas que no hacían ruido pero que mojaban todo: la cara, la camisa de él, el espacio que había entre los dos.

—Pero —continuó Heriberto— tampoco quiero que vos te conviertas en mi enfermera. No quiero que me tengas que cambiar los pañales, no quiero que tengas que darme de comer en la boca, no quiero que un día me mires y ya no veas al hombre del que te enamoraste sino a un viejo que no sabe ni cómo se llama.

—Todavía estás acá —le dijo Clara, y le puso la mano en el pecho, sobre el corazón—. Todavía sos vos. Todavía me conocés, todavía sabés que me amás, todavía sos Heriberto.

—Por ahora —dijo él—. Pero los dos sabemos que eso va a cambiar. Y cuando cambie, quiero que vos tengas una vida que no sea solo cuidarme. Quiero que puedas salir con tus amigas, que puedas viajar a ver a tu hermana, que puedas venir a visitarme cuando tengas ganas y no porque yo necesite que me recuerdes cómo usar el tenedor.

La conversación se extendió durante toda la mañana, con pausas de llanto y abrazos y momentos en los que los dos se quedaban callados mirando por la ventana de la cocina hacia el patio donde habían plantado juntos el jazmín que ahora trepaba por toda la pared del fondo. Era una conversación circular, que volvía siempre al mismo punto: el amor que se tenían y la manera en que ese amor podía sobrevivir o no a la enfermedad que se acercaba como una tormenta inevitable.

—¿Vos te acordás —dijo Clara en un momento— de cuando tu papá se enfermó de cáncer y tu mamá lo cuidó hasta el final?

Heriberto asintió. Recordaba perfectamente esos últimos meses de su padre: la casa convertida en hospital, su madre transformada en enfermera de tiempo completo, la manera en que el amor se había vuelto una rutina de pastillas y curaciones y noches sin dormir.

—Ella se murió dos años después que él —continuó Clara—. Se murió de cansancio, de tristeza, de haber puesto toda su vida en función de la muerte de otro. No quiero que eso nos pase.

—Por eso mismo —dijo Heriberto— estoy pensando en esto. Porque no quiero que vos te mueras de cuidarme. Quiero que vivas, que tengas una vida que no sea solo mi enfermedad.

Clara se levantó y caminó hasta la ventana. Se quedó ahí parada, dándole la espalda, mirando el jardín donde habían pasado tantas tardes de domingo leyendo el diario y tomando mate.

—¿Y si todavía no es el momento? —preguntó sin darse vuelta—. ¿Y si todavía podemos tener algunos años buenos?

—Tal vez —dijo Heriberto—. Pero cuando llegue el momento, va a ser demasiado tarde para tomar la decisión. Va a ser demasiado tarde para elegir. Y yo quiero elegir ahora, mientras todavía puedo hacerlo, mientras todavía sé por qué lo estoy eligiendo.

Se acercó a ella por detrás y la abrazó, sintiendo cómo el cuerpo de Clara se relajaba contra el suyo con esa confianza física que habían construido durante décadas de dormir juntos, de abrazarse en los momentos difíciles, de encontrarse en la oscuridad sin necesidad de palabras.

—No es que no te ame —le susurró al oído—. Es porque te amo que estoy pensando en esto. Porque quiero que cuando yo ya no sea yo, vos puedas seguir siendo vos.

Clara se dio vuelta entre sus brazos y lo miró con una intensidad que lo asustó un poco.

—¿Y si yo no quiero seguir siendo yo sin vos? —le preguntó—. ¿Y si lo único que quiero es quedarme a tu lado hasta el final, aunque eso signifique que los dos nos perdamos un poco?

Era la pregunta más difícil, la que no tenía respuesta correcta. Porque el amor, descubrieron esa mañana, no siempre es suficiente para resolver los problemas que crea la vida. A veces el amor es justamente el problema: ama tanto que se vuelve una prisión, protege tanto que se vuelve una jaula, cuida tanto que termina matando aquello que quiere preservar.

Se quedaron abrazados en la cocina hasta que llegó la hora del almuerzo, y después comieron en silencio, como si las palabras de la mañana hubieran agotado su capacidad de comunicación. Pero era un silencio diferente a los que habían compartido antes: no era el silencio cómodo de quienes se conocen tanto que no necesitan hablar, sino el silencio tenso de quienes han abierto una puerta que preferirían haber mantenido cerrada.

Esa tarde, mientras Clara hacía la siesta, Heriberto se sentó en su escritorio y escribió en el cuaderno donde registraba sus recuerdos y sus olvidos:

"Hoy le propuse a Clara que me interne en una residencia. Ella se negó, pero yo sé que va a seguir pensando en lo que le dije. Los dos sabemos que esto va a empeorar. Los dos sabemos que llegará un momento en que ya no voy a poder decidir por mí mismo. Quiero tomar esta decisión ahora, mientras todavía soy yo quien la toma, mientras todavía puedo elegir amor en lugar de obligación."

Cerró el cuaderno y se quedó mirando por la ventana del estudio hacia la calle donde había vivido durante treinta años, donde conocía a todos los vecinos, donde cada árbol le era familiar. Era su barrio, su mundo, su

geografía del corazón. Y sin embargo, había empezado a pensar en la posibilidad de dejarlo, no porque ya no lo amara, sino justamente porque lo amaba demasiado como para convertirlo en el escenario de su propia desaparición.

La propuesta había sido hecha. Las palabras ya no se podían retomar. Y ahora los dos tendrían que aprender a vivir con esa posibilidad flotando entre ellos como una promesa terrible que tal vez, algún día, tendrían que cumplir.

Capítulo 9

Carta al olvido

La decisión llegó un jueves por la tarde, cuando Heriberto se quedó parado en medio del living sin recordar qué había ido a buscar ahí. Se quedó inmóvil durante largos minutos, como un actor que hubiera olvidado su parlamento en medio de la función, mirando los muebles que habían sido suyos durante décadas pero que ahora le parecían vagamente ajenos, como si pertenecieran a la casa de un conocido que hubiera visitado pocas veces.

Clara lo encontró ahí, parado entre el sillón y la mesa ratona, con esa expresión de desconcierto que había empezado a volverse familiar pero que todavía la sobresaltaba cada vez que la veía. Era la cara de alguien que se ha perdido en su propio territorio, de alguien que busca referencias en un mapa que ya no sabe leer.

—¿Qué buscabas? —le preguntó con esa suavidad que había perfeccionado durante los últimos meses, esa manera de hablar que no presionaba, que no subrayaba la confusión sino que simplemente la acompañaba.

—No me acuerdo —respondió Heriberto, y había en su voz una resignación nueva, como si hubiera empezado a acostumbrarse a esa frase que antes lo avergonzaba y ahora se había vuelto parte de su vocabulario cotidiano.

Esa noche, después de la cena, mientras Clara lavaba los platos y él los secaba con la lentitud ceremonial que había adoptado para las tareas domésticas, Heriberto sintió que algo se cristalizaba en su mente. Era una sensación física, como si una puerta se hubiera cerrado definitivamente en algún lugar de su cerebro, como si una parte de él hubiera decidido rendirse sin consultarlo.

—Clara —dijo, y dejó el repasador sobre la mesada—, quiero escribir una carta.

Ella lo miró con curiosidad. Heriberto no había escrito nada que no fueran listas del supermercado o recordatorios pegados en la heladera desde que se había jubilado.

—¿Una carta para quién?

—Para mí —respondió, y se dio cuenta de que era la primera vez que formulaba esa idea en voz alta—. Una carta para el Heriberto que voy a ser cuando ya no sepa quién fui.

Clara se quedó con las manos sumergidas en el agua jabonosa, como si el movimiento se hubiera detenido en toda la cocina. Había algo en la propuesta de su marido que la asustaba y la conmovía al mismo tiempo: era un acto de amor hacia sí mismo y hacia ella, pero también una forma de aceptación que ella todavía no estaba preparada para procesar.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó.

—Los nombres —dijo Heriberto—. Todos los nombres que no quiero olvidar. Las cosas que no quiero perder. La información que va a necesitar para reconocerse.

Se fueron al estudio después de terminar con la vajilla. Era la habitación más pequeña de la casa, la que habían destinado a escritorio cuando los chicos eran adolescentes y necesitaban un lugar silencioso para estudiar. Ahora tenía esa atmósfera de santuario doméstico que adquieren los espacios poco usados: el aire ligeramente enrarecido, el olor a papel viejo, la luz amarillenta de la lámpara que proyectaba sombras familiares sobre las paredes.

Heriberto se sentó frente al escritorio de madera que había comprado de segunda mano cuando Martín empezó el secundario. Sacó una hoja en blanco del cajón y buscó la lapicera que guardaba ahí para los momentos importantes: una Bic azul que no tenía nada de especial excepto que había sido la que usó para firmar la escritura de la casa, para completar los papeles de adopción del perro, para escribir las pocas cartas de amor que le había mandado a Clara durante un viaje de trabajo que los separó durante quince días.

Clara arrimó una silla y se sentó a su lado, no para supervisar lo que escribía sino para acompañarlo, para ser la testigo silenciosa de ese acto de preservación que su marido había decidido realizar.

Heriberto puso la fecha en el margen superior derecho, con esa prolijidad de oficinista que había conservado a pesar de todo. Después se quedó con la lapicera suspendida sobre el papel, como si estuviera esperando que las palabras llegaran solas, que alguien le dictara lo que tenía que decir.

"Querido Heriberto", escribió finalmente, y la frase lo hizo sonreír porque se sintió como un personaje de película escribiéndole a su yo del futuro.

"Te escribo esta carta un jueves 15 de abril de 2024, a las once y media de la noche, en el estudio de la casa de la calle Lavalle 847, donde hemos vivido durante treinta años. Clara está sentada a mi lado, leyendo una novela de Benedetti que le regalé para nuestro aniversario número cuarenta y ocho. Tiene puesto el camisón celeste con florecitas que le gusta usar en las noches de otoño, y cada tanto me mira como si quisiera memorizar este momento."

Se detuvo y miró efectivamente a Clara, que había levantado la vista del libro y lo observaba con esa intensidad que él había descrito. Ella le sonrió, y en esa sonrisa había una mezcla de tristeza y orgullo que lo motivó a seguir escribiendo.

"Si estás leyendo esta carta, es porque ya no recordás estas cosas que ahora me parecen tan obvias, tan permanentes, tan imposibles de olvidar. Por eso te las escribo, para que puedas volver a conocerte cuando ya no sepas quién sos."

La escritura se fue volviendo más fluida a medida que Heriberto encontraba el ritmo de la carta, el tono que quería usar para hablarle a esa versión futura de sí mismo que necesitaría información básica sobre su propia vida.

"Tu mujer se llama Clara Esperanza Morales. Tienen cincuenta años de casados este diciembre. La conociste en una fiesta de Año Nuevo de 1973, en la casa de tu amigo Ricardo Salinas, que vivía en el barrio de San Telmo. Ella llevaba un vestido verde con lunares blancos y se reía de una manera que te hizo pensar que querías escuchar esa risa todos los días de tu vida. Le dijiste que bailaba como si la música hubiera sido compuesta especialmente para ella, y esa fue la primera vez que la viste sonrojarse."

Clara dejó el libro en la mesa y se acercó para leer por encima del hombro de Heriberto. Cuando llegó a la descripción del vestido verde, le puso la mano en el brazo.

—Ese vestido era de mi hermana —le dijo—. Me lo había prestado porque el mío se había manchado con salsa de tomate esa misma tarde.

—¿En serio? —preguntó Heriberto—. Nunca me contaste eso.

—Nunca me preguntaste —respondió Clara, y los dos se rieron con esa intimidad cómplice que se mantiene intacta aun cuando otras cosas empiezan a desmoronarse.

Heriberto agregó esa información a la carta, como si fuera una nota al pie de su propia historia. Después continuó:

"Tuvieron dos hijos: Martín Alberto, que nació el 23 de septiembre de 1976 y ahora es ingeniero como vos. Se casó con Patricia Hernández en 2003 y tienen dos hijas: Lucía (18 años) y Valentina (15 años). Vive en el barrio de Caballito, en un departamento de tres ambientes que ayudaste a refaccionar cuando Patricia estaba embarazada de la primera.

Andrea Soledad nació el 12 de marzo de 1979. Es maestra jardinera y se casó con Roberto González en 2007. Tienen dos hijos: Facundo (8 años) y Catalina (6 años). Viven en Floresta, en una casa con un patio grande donde organizan los asados familiares de los domingos."

La información fluía con una precisión que sorprendía al propio Heriberto, como si el acto de escribir activara archivos de su memoria que había creído perdidos. Podía ver las caras de sus nietos con una nitidez extraordinaria, podía recordar el olor del hospital el día que nació Martín,

podía evocar la sensación de orgullo que sintió cuando Andrea se recibió de maestra.

"Cuando eras joven querías ser arquitecto, pero tu papá —Evaristo Gómez — te convenció de que estudiaras ingeniería porque era más seguro. Trabajaste durante treinta y cinco años en la empresa Construir S.A., donde empezaste como dibujante y terminaste como jefe de proyectos. Te jubilaste a los sesenta y cinco años con una fiesta en la que todos tus compañeros de trabajo te regalaron una pluma Mont Blanc que todavía guardás en el primer cajón de este escritorio."

Se detuvo para abrir el cajón y efectivamente ahí estaba la pluma, envuelta en su estuche de terciopelo azul, como una reliquia de una vida laboral que ahora le parecía lejana pero que había ocupado la mayor parte de sus días durante décadas.

"Tu color favorito es el azul, específicamente el azul de los uniformes de San Lorenzo, el equipo del que sos hincha desde los ocho años, cuando tu papá te llevó por primera vez a la cancha. El plato que mejor cocinás es el guiso de lentejas que aprendiste de tu mamá —Carmen Rodríguez de Gómez— y que hacés todos los domingos de invierno desde que te casaste. La canción que más te gusta es 'La Maza' de Silvio Rodríguez, aunque nunca pudiste cantarla completa porque se te quebraba la voz en la parte que dice 'si no creyera en la locura de la garganta del sinsonte'."

Clara había empezado a llorar silenciosamente, con esas lágrimas que había aprendido a derramar sin hacer ruido durante los últimos meses. No eran lágrimas de tristeza pura, sino de una emoción más compleja que mezclaba el dolor con la ternura, el miedo con el amor, la pérdida con la gratitud por todo lo que habían tenido.

"Tu perro de la infancia se llamaba Capitán y era un mestizo de pastor alemán que vivió catorce años. Murió una tarde de diciembre cuando vos tenías dieciocho años, y fue la primera vez que lloraste delante de tu papá. Tu mamá te consoló diciéndote que los perros van al cielo de los animales buenos, y aunque nunca creíste realmente en eso, la idea te tranquilizó durante años."

La carta se extendía por páginas, convirtiéndose en un inventario exhaustivo de la vida de Heriberto: los nombres de sus maestros de la primaria, la dirección de la primera casa donde vivió de casado, el sabor del primer beso que se dio con Clara, la sensación de tener a sus hijos recién nacidos en brazos, el olor de la colonia que usaba su padre, la textura de la cartera de cuero de su madre.

"Hay una cicatriz en tu rodilla izquierda que te hiciste a los doce años cuando te caíste de la bicicleta en la plaza San Martín. Te tenés miedo a las arañas pero no a las cucarachas. No sabés manejar computadoras pero aprendiste a usar el celular porque Clara insistió en que era necesario. Tu número de documento es 8.542.167 y tu grupo sanguíneo es O positivo."

"El 23 de diciembre de 1998 tuviste un infarto leve que te mantuvo internado durante cuatro días. Clara durmió en el hospital todas las noches, en una silla incómoda que le dejó dolor de espalda durante semanas. Cuando te dieron el alta, los dos decidieron que ya no podían postergar más las cosas importantes: dejaron de pelear por pavadas, empezaron a viajar más, se dijeron 'te amo' con más frecuencia."

Heriberto levantó la vista y vio que Clara se había dormido en la silla, con el libro abierto sobre el regazo y una expresión de paz que no había tenido durante el día. La contempló durante largos minutos, memorizando también esa imagen: su mujer dormida en el estudio mientras él escribía la carta que tal vez algún día lo ayudaría a recordar por qué la amaba.

"Clara ronca suavemente cuando está muy cansada, como ahora. Se pone nerviosa cuando llueve muy fuerte porque tuvo miedo a las tormentas desde chica. Le gusta leer novelas románticas que la hacen llorar, y después te cuenta los argumentos como si fueran cosas que les hubieran pasado a personas reales. Toma el té muy caliente y siempre se quema la lengua. Tiene una manera particular de abrazar que te hace sentir que llegaste a casa, aunque estés en casa desde hace horas."

La carta se había convertido en algo más que un aide-memoire: era una declaración de amor, un testamento afectivo, una manera de preservar no solo los datos de su vida sino también los sentimientos que habían dado sentido a esos datos.

"Si estás leyendo esto y ya no recordás nada de lo que te escribí, quiero que sepas una cosa: fuiste feliz. No siempre, no todos los días, pero fuiste genuinamente feliz la mayor parte del tiempo. Tuviste una mujer que te amó durante cincuenta años, hijos que se convirtieron en buenas personas, nietos que te hicieron sentir importante. Trabajaste en algo que te gustaba, viviste en casas cómodas, tuviste amigos que te respetaban."

"Y ahora, aunque ya no te acuerdes de nada de esto, seguís teniendo todo eso. Clara sigue siendo tu mujer, aunque vos ya no sepas por qué. Tus hijos siguen siendo tus hijos, aunque ya no reconozcas sus caras. Tu vida sigue siendo tu vida, aunque la hayas olvidado."

Terminó la carta cuando ya eran las tres de la madrugada. Clara se había despertado y había ido a acostarse, después de darle un beso en la frente y decirle que no se quedara despierto hasta muy tarde. Heriberto firmó con su nombre completo, como si fuera un documento oficial, y después agregó una posdata:

"P.D.: Si algún día leés esta carta y no entendés por qué la escribiste, preguntale a Clara. Ella te va a explicar. Ella siempre te explica todo con paciencia, como si fueras un chico que está aprendiendo a entender el mundo."

Dobló las cuatro hojas cuidadosamente y las guardó en un sobre manila que rotuló: "Para Heriberto Gómez. Personal e intransferible." Lo cerró con

cinta adhesiva y lo guardó en el primer cajón del escritorio, al lado de la pluma Mont Blanc y de las fotos de los nietos.

Antes de apagar la luz e irse a dormir, se quedó un momento mirando el cajón cerrado. Había algo reconfortante en saber que esa información estaba ahí, preservada, esperando. Como si hubiera construido un refugio para su identidad, un lugar donde su yo futuro podría encontrar a su yo presente cuando ya no hubiera puentes naturales entre uno y otro.

Al día siguiente le contó a Clara lo que había hecho. Ella leyó la carta completa y lloró otra vez, pero esta vez fueron lágrimas de gratitud.

—Es hermosa —le dijo—. Es como si me hubieras regalado un mapa de nuestra vida juntos.

—Quería que quedara por escrito —respondió Heriberto—. Por si algún día necesito recordar por qué vale la pena seguir siendo yo.

Clara lo abrazó con esa fuerza que había desarrollado para los momentos importantes, esa manera de abrazar que era también una promesa de permanencia.

—Siempre vas a valer la pena —le susurró al oído—. Aunque te olvides de todo, aunque ya no sepas ni cómo te llamás. Para mí siempre vas a valer la pena.

Y Heriberto supo que esa frase también tendría que haberla incluido en la carta: el amor incondicional de Clara era tal vez el dato más importante de todos, la información que más necesitaría recordar cuando ya no pudiera recordar nada más.

Capítulo 10

Herencia invisible

La primera nota apareció un lunes por la mañana, entre las páginas del *Cien años de soledad* que Clara había dejado sobre la mesa del living. Era una frase escrita con la letra temblorosa pero todavía reconocible de Heriberto: "La soledad no es estar solo, es no poder compartir lo que uno siente." Cuando Clara la encontró, se quedó mirándola durante largos minutos, como si fuera un mensaje cifrado que necesitara descodificar, como si esas palabras contuvieran un secreto que su marido había decidido revelarle de la manera más íntima posible.

Esa tarde, mientras Heriberto hacía la siesta con esa profundidad nueva que había adoptado el sueño después del mediodía, Clara recorrió la casa buscando más notas. Las encontró en lugares inesperados: dentro del diccionario, en las páginas de los libros de cocina, entre las hojas del almanaque que colgaba en la cocina. Cada una contenía una reflexión, un verso recordado a medias, un fragmento de pensamiento que Heriberto había decidido preservar como quien planta semillas en territorio desconocido.

"El amor no se gasta, se multiplica", había escrito en el margen de un libro de poemas de Neruda. "Los recuerdos son la única herencia que no se puede robar", encontró Clara escrito en una servilleta de papel guardada entre las páginas de la guía telefónica. "Clara tiene las manos más suaves del mundo", leyó en una nota pegada dentro de la tapa del frasco de mermelada de durazno.

Cuando Heriberto despertó de la siesta, Clara estaba sentada en la cocina con todas las notas extendidas sobre la mesa, como si fueran cartas de un juego que no sabía cómo ordenar.

—¿Las encontraste? —preguntó él, sin sorpresa, como si hubiera estado esperando ese momento.

—¿Desde cuándo hacés esto? —le preguntó Clara, y había en su voz una mezcla de ternura y preocupación que había aprendido a modular durante los últimos meses.

—Desde que me di cuenta de que las ideas se me escapan si no las agarro enseguida —respondió Heriberto, sentándose a su lado—. Son como mariposas: si no las atrapás en el momento exacto, después ya no las podés encontrar.

Clara levantó una de las notas y la leyó en voz alta: "La felicidad no es un lugar al que se llega, es una manera de caminar." La reconoció inmediatamente como una frase que Heriberto había usado años atrás para consolar a Andrea cuando pasaba por una época difícil en el colegio secundario, pero ahora, escrita con esa letra que ya mostraba los temblores de la edad y la enfermedad, adquiría una resonancia diferente, más urgente, más testamentaria.

—Es como si estuvieras repartiendo pequeños pedazos de tu alma por toda la casa —le dijo.

—Tal vez es eso lo que estoy haciendo —respondió Heriberto—. Tal vez es mi manera de asegurarme de que, cuando ya no esté, vos vas a poder encontrarme en cualquier lugar que busques.

Esa noche, después de la cena, Heriberto le pidió a Clara que lo acompañara al estudio. Habían convertido esa habitación en una especie de santuario doméstico donde se desarrollaban las conversaciones importantes, donde se tomaban las decisiones que cambiarían el rumbo de sus días, donde se guardaban los objetos que tenían valor sentimental pero no decorativo.

—Quiero que me ayudes con algo —le dijo, mientras abría el estante donde guardaba los libros que había ido acumulando durante décadas: las novelas que había leído en la juventud, los manuales técnicos de su época de ingeniero, los libros de cuentos que les había leído a los chicos cuando eran pequeños, las biografías de deportistas que había coleccionado durante años.

—¿Qué necesitás? —preguntó Clara.

—Necesito que me ayudes a recordar qué me gustaba de cada uno de estos libros —dijo Heriberto—. Quiero escribir en cada uno por qué lo elegí, qué me enseñó, qué sentí cuando lo leí por primera vez.

Clara se quedó mirando la biblioteca como si la viera por primera vez. Eran más de doscientos libros acumulados durante cincuenta años de lecturas, cada uno con su historia particular, cada uno conectado con un momento específico de la vida de Heriberto que ahora corrían el riesgo de perderse junto con la memoria que los había atesorado.

Empezaron por *El túnel* de Sábato, que estaba en el estante superior izquierdo, como si hubiera un orden secreto que solo Heriberto conocía. Él lo abrió cuidadosamente y escribió en la primera página: "Lo leí a los veintidós años, cuando creía que entender el amor era imposible. Ahora sé que lo imposible es explicarlo, pero eso no importa cuando se lo siente de verdad."

Siguieron con *Rayuela*, y Heriberto escribió: "Este libro me enseñó que hay muchas maneras de leer la vida y que ninguna es la correcta, pero todas pueden ser hermosas si uno se atreve a saltar sin red."

Cien años de soledad recibió esta dedicatoria: "Los Buendía me hicieron entender que las familias son círculos que se repiten, pero cada repetición es única e irrepetible, como los hijos que se parecen a los padres pero nunca son exactamente iguales."

La tarea se extendía por horas. Cada libro despertaba en Heriberto una cascada de recuerdos asociados: no solo lo que había sentido al leerlo, sino dónde lo había leído, en qué momento de su vida, qué circunstancias lo habían llevado a elegir precisamente esa historia. Clara se había convertido en su secretaria emocional, ayudándolo a recuperar detalles que él había empezado a perder, completando frases que él comenzaba pero no podía terminar.

—*Martín Fierro* —dijo Heriberto, sosteniendo el ejemplar que había pertenecido a su padre—. Este me lo regaló papá cuando cumplí quince años. Me dijo que todo argentino tenía que conocer la historia del gaucho, pero yo creo que me lo dio porque quería que entendiera que ser libre a veces cuesta muy caro.

Escribió eso mismo en la primera página, con una letra que se volvía más cuidadosa cuando se trataba de recuerdos importantes, como si la prolijidad de la escritura pudiera preservar mejor la intensidad del sentimiento.

En *Benedetti* escribió: "Sus poemas me ayudaron a entender que el amor cotidiano es tan importante como el amor épico, que las pequeñas ternuras diarias construyen historias tan hermosas como las grandes pasiones."

En *Cortázar*: "Me enseñó que la realidad tiene grietas por donde se puede filtrar lo fantástico, y que esas grietas están en todas partes si uno sabe mirar."

En *García Márquez*: "Me demostró que contar una historia es como plantar un jardín: hay que tener paciencia para que crezca, pero cuando florece, alimenta a todos los que se acercan."

Clara observaba cómo su marido se relacionaba con cada libro como si fuera un viejo amigo al que no había visto durante años. Había una intimidad en la manera en que tocaba las tapas gastadas, en cómo olía las páginas amarillentas, en la delicadeza con que pasaba las hojas buscando párrafos que había subrayado décadas atrás.

—¿Te acordás —le dijo Clara en un momento— cuando leíste *Pedro Páramo* y te quedaste despierto toda la noche porque decías que los muertos del pueblo no te dejaban dormir?

Heriberto se rio con esa risa que había conservado intacta a pesar de todo, esa manera de reírse que había enamorado a Clara hacía cincuenta años y que seguía siendo exactamente la misma.

—Era cierto —dijo—. Rulfo escribe de una manera que hace que los fantasmas se vuelvan más reales que los vivos.

Escribió eso en *Pedro Páramo*, y agregó: "Los muertos de este libro me acompañaron durante semanas. Ahora entiendo que tal vez esa sea la función de la literatura: convertir a los personajes imaginarios en compañía real."

La noche se extendía y ellos seguían con su inventario sentimental. Heriberto había empezado a cansarse, pero había una urgencia en su trabajo que Clara reconocía: era la urgencia de quien sabe que el tiempo se acaba y quiere dejar todo en orden, todo explicado, todo preservado para quienes van a quedarse.

En *Don Quijote* escribió: "Cervantes me enseñó que estar loco puede ser una forma de cordura, y que los sueños imposibles son los únicos que vale la pena soñar."

En *Borges*: "Sus laberintos me hicieron entender que la literatura es un espejo donde uno puede perderse y encontrarse al mismo tiempo."

En *El principito*: "Lo leí por primera vez para leerles a los chicos, pero después me di cuenta de que era yo quien necesitaba escuchar esa historia sobre la importancia de las cosas pequeñas."

Cuando llegaron a los libros técnicos de ingeniería, Heriberto se detuvo. Eran manuales que había usado durante décadas, llenos de fórmulas y diagramas que habían sido su herramienta de trabajo, pero que ahora le parecían escritos en un idioma que había empezado a olvidar.

—Estos no sé qué escribirles —le dijo a Clara—. No me acuerdo qué me enseñaron, aparte de cómo ganarme la vida.

—Escribiles que te dieron una profesión —le sugirió Clara—. Que te permitieron construir casas donde vive gente, que te dieron el orgullo de saber hacer algo útil con las manos.

Heriberto asintió y escribió exactamente eso en el primer manual que encontró. Después agregó: "Gracias por darme una manera digna de mantener a mi familia."

Eran las cuatro de la madrugada cuando terminaron con el último libro. Heriberto estaba agotado, con esa fatiga que había aprendido a reconocer como señal de que había llegado al límite de su energía diaria. Pero había una satisfacción en su cansancio, como la que siente alguien que acaba de completar una tarea importante.

—¿Sabés lo que hicimos? —le dijo a Clara mientras apagaba la luz del estudio.

—¿Qué hicimos?

—Convertimos la biblioteca en un mapa de mi alma —respondió—. Ahora, cada vez que agarres uno de estos libros, vas a poder saber qué pensaba yo cuando lo leí, qué me hizo sentir, por qué lo elegí.

Clara lo abrazó con esa intensidad que había desarrollado para los momentos importantes, esa manera de abrazar que era también una forma de memorizar el cuerpo del otro, de preservar la sensación del contacto para cuando ya no fuera posible.

—Es la herencia más hermosa que me podías dejar —le susurró.

—No es una herencia —la corrigió Heriberto—. Es una conversación que va a continuar después de que yo ya no pueda hablar. Cada vez que leas una de mis notas, yo te voy a estar diciendo algo nuevo.

En los días siguientes, Heriberto siguió dejando notas en lugares inesperados. Clara las encontraba en el bolsillo de las camisas cuando las llevaba a lavar, pegadas en el espejo del baño, escondidas entre las tazas de la cocina. Cada una era una pequeña revelación, un fragmento de la personalidad de su marido que ella creía conocer completamente pero que seguía sorprendiéndola.

"El café de la mañana sabe mejor cuando se toma en silencio, escuchando los ruidos de la casa que despierta", encontró en la lata del café. "Los domingos son días para hacer todo despacio, como si el tiempo fuera más denso y hubiera que masticarlo bien", leyó en una nota pegada en el calendario.

"Clara se ve más hermosa cuando no sabe que la estoy mirando", descubrió escrito en el margen de una revista que había dejado sobre la mesa de luz.

Los libros se habían convertido en confesionarios privados donde Heriberto depositaba no solo sus opiniones sobre lo que había leído, sino también reflexiones sobre la vida, declaraciones de amor, pequeñas filosofías domésticas que había ido desarrollando durante décadas de observar el mundo desde la tranquila perspectiva de un hombre que había encontrado su lugar en la vida.

Una tarde, mientras Clara regaba las plantas del patio, encontró a Heriberto sentado en el sillón del living con un libro abierto sobre las rodillas,

escribiendo con esa concentración que había adoptado para las tareas importantes.

—¿Qué estás escribiendo ahora? —le preguntó, acercándose para ver.

—Una nota para vos —respondió Heriberto—. Para el día en que encuentres este libro y yo ya no esté acá para decírtelo personalmente.

Clara se sentó a su lado y leyó por encima del hombro: "Clara: si estás leyendo esto, es porque yo ya no puedo decirte cuánto te amo. Pero quiero que sepas que el amor que te tuve no se murió conmigo. Está guardado en cada página de cada libro de esta casa, esperando a que vos lo encuentres. Cada vez que leas una de mis notas, yo te voy a estar amando otra vez."

Se quedaron abrazados en el sillón hasta que se hizo de noche, sin hablar, sintiendo cómo las palabras que Heriberto había escrito flotaban entre ellos como una promesa de permanencia, como la certeza de que el amor verdadero encuentra siempre la manera de sobrevivir a las pérdidas, de transcender el olvido, de convertirse en herencia invisible que pasa de corazón a corazón sin necesidad de papeles legales ni escribanos.

La biblioteca había dejado de ser una simple colección de libros para convertirse en un archivo emocional, en un museo privado de los sentimientos de Heriberto, en una conversación infinita entre el hombre que había sido y la mujer que iba a quedarse, custodiando todas esas palabras como quien guarda las llaves de un tesoro que nunca se agota, que siempre tiene algo nuevo que revelar, que crece cada vez que alguien lo descubre.

Capítulo 11

El cuarto de los espejos

La tarde llegó con esa luz oblicua de abril que se filtra por las ventanas como una promesa incumplida, tiñendo de nostalgia hasta los objetos más cotidianos. Heriberto había pasado la mañana ordenando papeles que ya no entendía del todo, clasificando documentos que le parecían escritos en un idioma familiar pero lejano, como cartas de un corresponsal que hubiera conocido en otra vida.

Después del almuerzo, mientras Clara lavaba los platos con esa paciencia ceremonial que había adoptado para las tareas domésticas —como si cada gesto fuera una oración silenciosa por la permanencia de las cosas pequeñas—, él sintió la necesidad de ir al baño. Era una necesidad física simple, elemental, de esas que no requieren explicación ni planificación, pero cuando se dirigió hacia el pasillo, se detuvo en el umbral de la puerta como si hubiera olvidado el camino hacia un lugar donde había estado miles de veces.

El baño estaba exactamente donde había estado durante los últimos treinta años, pero algo en la calidad de la luz, en la disposición de los objetos familiares, en el ángulo desde el cual se aproximaba, lo hizo sentir como si

fuera la primera vez que entraba ahí. Las baldosas blancas y celestes que había elegido Clara cuando remodelaron la casa en el 85 le parecieron un diseño extraño, casi exótico, como si pertenecieran a la casa de un conocido que había visitado pocas veces.

Cerró la puerta detrás de él con ese cuidado que había desarrollado para todos los gestos cotidianos, esa manera de hacer las cosas despacio, como si la lentitud pudiera protegerlo del vértigo de no reconocer su propia existencia. El espejo estaba ahí, colgado sobre el lavabo con el mismo marco dorado que Clara había comprado en una feria de San Telmo, pero cuando Heriberto levantó la vista para encontrar su reflejo, lo que vio lo dejó paralizado en el centro del pequeño cuarto de baño.

La cara que lo miraba desde el espejo no era la suya. O tal vez sí era la suya, pero había envejecido de una manera que su memoria no había registrado, como si el tiempo hubiera avanzado a escondidas, sin consultarlo, sin darle la oportunidad de acostumbrarse gradualmente a los cambios. Los ojos eran los mismos —ese color entre verde y gris que había heredado de su madre—, pero estaban rodeados de arrugas que no recordaba haber visto antes, hundidos en unas cuencas que le parecían más profundas, más cansadas, como si hubieran visto más de lo que él recordaba haber vivido.

El pelo, que en su memoria seguía siendo castaño con algunas canas distinguidas en las sienes, era ahora completamente blanco, tan blanco que parecía artificial, como si alguien lo hubiera pintado durante la noche sin pedirle permiso. La piel del cuello había adquirido esa textura arrugada que asociaba con sus abuelos, no con él mismo, no con el hombre que se había mirado en ese mismo espejo la noche anterior y que había visto una cara familiar, reconocible, propia.

Pero lo que más lo desconcertó no fueron los signos evidentes del envejecimiento, sino algo más sutil e inquietante: la expresión de extrañeza que veía en sus propios ojos, como si el hombre del espejo también lo estuviera mirando con desconfianza, como si los dos fueran extraños que se habían encontrado por casualidad en el mismo cuarto de baño y ninguno supiera muy bien qué hacer con esa situación.

Se acercó al espejo lentamente, con esa cautela que había empezado a usar para aproximarse a todo lo que no entendía completamente. Puso las manos sobre el lavabo y se inclinó hacia adelante, hasta que su cara estuvo a pocos centímetros del vidrio. El hombre del espejo hizo exactamente lo mismo, pero había algo en la sincronización de los movimientos que no lo tranquilizó: era como si estuviera viendo una película de sí mismo filmada desde un ángulo que no reconocía.

—¿Quién sos? —le preguntó al espejo, y su propia voz le sonó extraña, más ronca, más frágil de lo que esperaba.

El hombre del espejo movió los labios al mismo tiempo, pero Heriberto no logró escuchar la respuesta. Solo vio cómo esa boca que debería haber sido

la suya articulaba palabras que no llegaban hasta donde él estaba, como si hubiera una distancia inmensa entre los dos lados del espejo, como si el vidrio fuera en realidad una ventana que daba a un mundo paralelo donde vivía una versión envejecida de sí mismo.

Levantó la mano derecha y la puso contra el espejo. El hombre del otro lado hizo lo mismo, y por un momento sus palmas se tocaron a través del vidrio, separadas solo por esos pocos milímetros que de repente le parecieron un abismo insalvable. La mano del espejo tenía manchas que él no recordaba, venas más pronunciadas, nudillos más hinchados. No era la mano que había usado esa mañana para revolver el café, para firmar los papeles que ya no entendía, para acariciar distraídamente el lomo del gato que se subía a su regazo mientras miraba televisión.

El pánico llegó como una ola que se estrella contra la costa sin avisar. Retiró la mano del espejo y empezó a golpear el vidrio con los puños cerrados, no para romperlo sino para comprobar que era real, que no era una alucinación, que efectivamente había un hombre anciano del otro lado que respondía a todos sus movimientos con una precisión que resultaba al mismo tiempo perfecta y completamente errónea.

—¡No sos yo! —le gritó al espejo—. ¡Yo no soy así! ¡Yo soy más joven! ¡Yo tengo el pelo castaño y no me duelen las articulaciones y me acuerdo de todo!

Pero el hombre del espejo seguía ahí, inmutable, devolviéndole una imagen que no coincidía con la que guardaba en algún archivo perdido de su memoria. Era como si alguien hubiera cambiado las fotografías de su documento de identidad sin avisarle, como si hubiera despertado en el cuerpo de un desconocido que tenía sus mismos gestos pero una historia diferente escrita en cada arruga, en cada mancha de la piel, en cada pelo blanco.

Los golpes contra el espejo se volvieron más desesperados, más fuertes. Heriberto ya no trataba de comunicarse con el hombre del otro lado, sino de romper esa barrera que los separaba, de atravesar el vidrio para recuperar su cara verdadera, la que debería haber estado ahí, la que correspondía con sus recuerdos fragmentarios pero todavía vívidos de haberse visto más joven apenas unas horas antes.

El ruido de los golpes se mezcló con el sonido de su respiración agitada, con los sollozos que habían empezado a salir de su garganta sin que se diera cuenta, con esa manera de llorar que había desarrollado durante los últimos meses: lágrimas que brotaban sin previo aviso, como si el llanto fuera una función corporal que ya no obedecía a su voluntad, como los temblores de las manos o la dificultad para recordar nombres.

Fue entonces cuando escuchó los pasos de Clara corriendo por el pasillo, el sonido de sus zapatos contra las baldosas de la cocina, la manera urgente en que giró el picaporte de la puerta del baño. La encontró ahí, parado frente al espejo con los puños ensangrentados apoyados contra el vidrio

agrietado, llorando con esa intensidad que había empezado a usar para todo: para la alegría, para la tristeza, para la confusión, para esa emoción sin nombre que era la mezcla de todas las anteriores.

—Heriberto, ¿qué pasó? —le preguntó Clara, y había en su voz esa calma forzada que había perfeccionado para las crisis, esa manera de hablar que no agregaba pánico al pánico sino que simplemente estaba ahí, sólida, confiable, como un ancla en medio de la tormenta.

—No soy yo —le dijo, señalando al espejo—. Ese no soy yo. Yo no soy tan viejo. Yo no tengo esa cara. Alguien cambió mi cara por la de un viejo que no conozco.

Clara se acercó despacio, sin gestos bruscos, como si se aproximara a un animal herido que podría asustarse si percibía peligro. Le puso una mano en el hombro y con la otra le limpió delicadamente la sangre de los nudillos.

—Sí sos vos —le dijo con esa paciencia que había aprendido a usar como medicina—. Sos vos, pero han pasado muchos años desde la última vez que te viste realmente. A veces uno se olvida de que está envejeciendo porque lo hace de a poquito, día a día, y después se encuentra con su cara verdadera y se asusta.

—Pero yo me acuerdo de ser joven —protestó Heriberto—. Me acuerdo de tener el pelo castaño, de no tener arrugas, de reconocerme cuando me miraba al espejo.

—Y esos recuerdos son verdaderos —le dijo Clara—. Fuiste joven, tuviste el pelo castaño, te reconocías cuando te mirabas al espejo. Pero eso fue hace mucho tiempo, amor. Ahora tenés setenta y cuatro años y yo tengo setenta y dos, y los dos somos viejos, pero seguimos siendo nosotros.

Clara lo abrazó por detrás, rodeándolo con los brazos, apoyando su cara contra su espalda de una manera que había perfeccionado durante cincuenta años de abrazos, una manera de abrazarlo que era específicamente suya, que no se parecía a ningún otro abrazo que él hubiera recibido en su vida. Era un abrazo que lo tranquilizaba incluso cuando no recordaba por qué debería tranquilizarlo, que funcionaba como un código secreto entre su cuerpo y el cuerpo de ella, un idioma físico que se mantenía intacto aun cuando las palabras empezaban a fallar.

—Mirá —le dijo Clara, y lo guio suavemente para que se diera vuelta y quedara de frente al espejo, pero ahora con ella parada a su lado, los dos reflejados juntos en el vidrio agrietado—. Miranos a los dos. ¿Ves cómo somos iguales de viejos? ¿Ves cómo envejecimos juntos, al mismo ritmo?

Heriberto miró el reflejo de los dos y por primera vez en la tarde algo le pareció familiar. No su cara individual, que seguía pareciéndole la de un extraño, sino la imagen de los dos juntos, la manera en que Clara apoyaba la cabeza en su hombro, la forma en que sus manos se entrelazaban instintivamente, la expresión de ternura cansada que tenían los dos, como si fueran dos actores veteranos que hubieran interpretado la misma obra

durante décadas y ya no necesitaran pensar en sus parlamentos para saber cuándo hablar, cuándo callar, cuándo sostenerse mutuamente.

—Ahí sí me reconozco —dijo—. En nosotros dos juntos. Solo, no sé quién soy. Pero con vos, todavía me parezco a mí mismo.

Clara lo apretó más fuerte, y Heriberto sintió cómo el pánico empezaba a retroceder, no porque hubiera entendido algo que antes no entendía, sino porque había recordado algo que no tenía que ver con la memoria sino con el cuerpo, con esa manera que tienen los cuerpos de reconocerse aun cuando las mentes se pierden.

—No importa quién seas mañana —le susurró Clara al oído, y era una frase que había empezado a usar como mantra en los últimos meses, como una oración que repetía cada vez que él se perdía en su propia confusión—. No importa si te reconocés en el espejo o no, si te acordás de tu nombre o no, si sabés dónde estás o no. Yo te voy a seguir queriendo exactamente igual.

—¿Aunque no sepa quién soy?

—Aunque no sepas quién sos. Aunque te olvides de todo. Aunque me mires como si fuera una extraña. Yo voy a seguir sabiendo quién sos vos, y te voy a querer por los dos.

Se quedaron abrazados frente al espejo hasta que la luz de la tarde cambió de ángulo y el cuarto de baño se llenó de esa penumbra dorada que precede al anochecer. El vidrio seguía agrietado, con pequeñas líneas que irradiaban desde el punto donde

Heriberto había golpeado más fuerte, pero ya no parecía un espejo roto sino un vitral improvisado que dividía su reflejo en fragmentos que, juntos, componían una imagen nueva: no la del hombre joven que él recordaba haber sido, sino la del hombre viejo que había llegado a ser sin darse cuenta, acompañado por la mujer que había envejecido con él y que había prometido seguir reconociéndolo aun cuando él ya no pudiera reconocerse a sí mismo.

Esa noche, antes de acostarse, Clara cubrió el espejo del baño con una toalla. No porque quisiera esconder la realidad, sino porque había entendido que algunos encuentros consigo mismo necesitan preparación, necesitan tiempo, necesitan la compañía de alguien que pueda traducir el presente cuando el pasado se vuelve incomprensible.

Y Heriberto, mientras se lavaba los dientes frente al espejo cubierto, sintió una extraña tranquilidad: tal vez no necesitaba verse para saber quién era. Tal vez bastaba con sentir la mano de Clara en su espalda, con escuchar su respiración en la habitación de al lado, con saber que había alguien en el mundo para quien él seguía siendo exactamente quien había sido siempre, aun cuando él mismo hubiera empezado a olvidarlo.

Capítulo 12

El jardín de los recuerdos perdidos

La noche llegó con esa suavidad de terciopelo que tienen los atardeceres de mayo, cuando el aire se vuelve una caricia tibia que abraza sin pedir permiso y el mundo adquiere esa cualidad de sueño despierto que precede a los momentos importantes. Heriberto había pasado la tarde en un estado de quietud extraña, como si su cuerpo hubiera encontrado una tregua temporal con la confusión que lo habitaba desde hacía meses, como si por unas horas hubiera recuperado esa serenidad que Clara recordaba de los primeros años de matrimonio, cuando él se sentaba en el patio después de la cena a escuchar los ruidos de la noche que llegaba.

Después de cenar —una cena silenciosa pero no incómoda, llena de esas pequeñas cortesías domésticas que habían perfeccionado durante décadas: el ofrecimiento del pan, el servir agua sin que el otro la pidiera, la manera de masticar despacio para hacer durar el momento de estar juntos—, Heriberto se levantó de la mesa con esa determinación que había empezado a usar para los gestos importantes, como si cada decisión requiriera ahora un esfuerzo consciente que antes era automático.

—Voy a salir al jardín un rato —le dijo a Clara, y había en su voz una claridad que ella no escuchaba desde hacía semanas, una firmeza que la tranquilizó y la inquietó al mismo tiempo, porque había aprendido a desconfiar de los momentos de lucidez súbita, que a menudo precedían a las caídas más profundas en la niebla del olvido.

—¿Querés que te acompañe? —le preguntó, aunque ya sabía la respuesta por la manera en que él había dicho la frase, con esa entonación que usaba cuando necesitaba estar solo, no por rechazo sino por una necesidad íntima de encontrarse consigo mismo sin mediaciones.

—Después —respondió Heriberto—. Dejame estar un rato solo, después vení y te cuento qué estuve pensando.

Clara asintió y se quedó en la cocina ordenando los platos con esa lentitud ceremonial que había adoptado para las tareas domésticas, como si cada gesto fuera una pequeña oración por la permanencia de las cosas cotidianas, por la continuidad de los rituales que mantenían unido el mundo cuando todo lo demás parecía desintegrarse.

Heriberto salió al patio trasero, ese pequeño territorio que habían conquistado centímetro a centímetro durante treinta años de cuidado paciente: los rosales que Clara había plantado cuando se mudaron y que ahora trepaban por la pared medianera como una cascada de perfume y espinas; el limonero que él había comprado en un vivero de San Isidro y que cada primavera los sorprendía con su generosidad ácida y amarilla; las macetas de geranios que ordenaban el espacio con su rojo intenso y su resistencia admirable a las sequías del verano porteño.

Se sentó en la silla de hierro que había elegido como su lugar en el mundo, esa silla que había adoptado su forma a fuerza de sostenerlo durante miles de atardeceres, que conocía el peso exacto de su cuerpo y la curvatura precisa de su espalda. Desde ahí tenía la perspectiva perfecta del jardín y,

más allá, del pedazo de cielo que se abría entre las copas de los eucaliptos del vecino, ese fragmento de infinito que había contemplado en todas las estaciones, en todos los estados de ánimo, en todas las etapas de su vida adulta.

El cielo de esa noche tenía una cualidad particular, como si hubiera sido lavado por una lluvia que no había caído, como si alguien hubiera limpiado cada estrella individualmente hasta hacerla brillar con una intensidad que Heriberto no recordaba haber visto antes. No era un cielo especialmente despejado —había algunas nubes dispersas que se movían lentamente hacia el este—, pero había algo en la manera en que la luz se distribuía entre las constelaciones que lo hacía parecer más cercano, más íntimo, como si fuera un cielo privado, diseñado específicamente para ser contemplado desde esa silla, en esa noche, por él.

Al principio, Heriberto simplemente miró. Había desarrollado esa capacidad durante los últimos meses: la capacidad de estar presente sin pensar, de existir sin la mediación constante de las palabras, de dejarse habitar por las sensaciones sin necesidad de explicárselas o de guardarlas en el archivo cada vez más desordenado de su memoria. Era una manera de estar en el mundo que había descubierto por casualidad, cuando la confusión se volvía tan intensa que la única salida era rendirse a ella, dejar de luchar contra la niebla y permitir que las cosas simplemente fueran lo que eran, sin más explicación que su propia existencia.

Pero esa noche era diferente. Esa noche su mente tenía una claridad extraña, como si hubiera encontrado un canal despejado entre las interferencias de la enfermedad, como si por unas horas hubiera recuperado el acceso a una frecuencia que creía perdida para siempre. Podía pensar con esa fluidez que había tenido durante décadas, podía establecer conexiones entre ideas, podía recordar no solo fragmentos aislados sino secuencias completas de su historia personal.

Fue entonces cuando la vio.

Estaba sentada en el borde de la fuente que ya no funcionaba desde hacía años, esa fuente pequeña que Clara había comprado en una feria de antigüedades y que habían instalado cerca del limonero con la esperanza de que el sonido del agua los ayudara a dormir mejor durante las noches de verano. Su madre tenía exactamente la edad que había tenido cuando él era chico, tal vez ocho o nueve años, esa edad en la que los adultos parecen eternos y uno cree que van a estar ahí para siempre, inmutables, disponibles, como parte del paisaje natural del mundo.

Llevaba el vestido celeste que él recordaba perfectamente, ese vestido con florecitas blancas que se ponía los domingos para ir a misa y que después usaba para sentarse en el patio de la casa de Lanús a tomar mate mientras él jugaba con los autitos de lata en la tierra. Tenía las manos apoyadas en el regazo, una sobre la otra, con esa delicadeza que él asociaba con las

mujeres de su generación, esas mujeres que habían aprendido a hacer de la quietud una forma de elegancia.

No se sobresaltó al verla. No se preguntó si era real o si era una alucinación, si era el producto de la enfermedad o un regalo inexplicable de la memoria que funcionaba de maneras misteriosas. Simplemente la reconoció con esa naturalidad con la que uno reconoce a las personas que ama, sin necesidad de pruebas o explicaciones racionales.

—Hola, má —le dijo, y su voz sonó exactamente como había sonado sesenta años atrás, cuando llegaba de la escuela y la encontraba en la cocina preparando el almuerzo, cuando todavía creía que el mundo era un lugar seguro porque ella estaba ahí, vigilando, cuidando, manteniendo el orden de las cosas pequeñas que hacen posible la felicidad.

Ella le sonrió con esa sonrisa que él había llevado en algún lugar del pecho durante toda su vida adulta, esa sonrisa que había funcionado como un talismán en los momentos difíciles, como una reserva de amor incondicional a la que podía recurrir cuando el mundo se volvía demasiado complicado u hostil.

—Hola, mi amor —le respondió, y había en su voz esa mezcla de ternura y preocupación maternal que él recordaba perfectamente, esa manera de hablar que convertía cualquier conversación en una forma de cuidado, cualquier palabra en una caricia.

—¿Hace mucho que estás acá? —le preguntó Heriberto, como si fuera la cosa más natural del mundo encontrársela sentada en su jardín una noche de mayo, como si los muertos tuvieran la costumbre de visitar a sus hijos cuando éstos más los necesitaban.

—Estoy acá desde siempre —respondió ella—. Es que vos no me veías. Pero yo siempre estuve acá, cuidándote, acompañándote, esperando a que pudieras verme otra vez.

Heriberto asintió como si esa explicación fuera perfectamente lógica, como si hubiera estado esperando esa respuesta durante años sin saberlo. Se levantó de su silla con esa lentitud que había adoptado para todos los movimientos y se acercó a la fuente. Se sentó en el borde, al lado de su madre, y por primera vez en meses sintió esa sensación de estar exactamente donde tenía que estar, de haber llegado al lugar correcto en el momento justo.

—¿Te acordás —le dijo— de cuando me enseñaste a andar en bicicleta en la plaza de Lanús? Me tenías de la mano y corrías al lado mío para que no me cayera, pero después me soltaste sin que me diera cuenta y cuando me di vuelta ya estabas lejos, gritándome que siguiera pedaleando, que ya sabía, que ya podía hacerlo solo.

—Me acuerdo —dijo ella—. Te soltaba pero no me iba. Siempre estaba ahí, por si me necesitabas. Como ahora.

—Ahora me estoy olvidando de todo —le dijo Heriberto, y había en su voz una tristeza tan profunda que parecía venir de algún lugar anterior al lenguaje, de esa región del alma donde habitan las pérdidas que no tienen nombre—. Me estoy olvidando de cómo era Clara cuando era joven, de los nombres de mis hijos, de la dirección de la casa donde vivimos. A veces me olvido hasta de mi propio nombre.

—¿Y eso te asusta?

—Me asusta no poder recordarte. Me asusta que llegue un día en que no sepa quién sos, que te mire y no sienta nada, que perdás la cara que tengo guardada acá adentro desde que era chico.

Su madre le puso una mano en la mejilla, y Heriberto sintió el contacto con una intensidad que lo sorprendió: era exactamente como recordaba esa mano, con la misma temperatura, con la misma suavidad, con esa manera particular de tocarlo que había sido solo suya, que no se parecía a ningún otro contacto que hubiera recibido en su vida.

—Los recuerdos importantes no se guardan acá —le dijo, tocándole la frente—. Se guardan acá —le puso la otra mano sobre el corazón—. Y el corazón no se enferma como se enferma la cabeza. El corazón guarda lo que ama para siempre, aunque la cabeza se olvide de todo.

—¿Vos creés?

—Yo sé. Vos me vas a seguir queriendo aun cuando no te acuerdes de que me querés. Vas a seguir siendo bueno aun cuando no te acuerdes de que tenés que ser bueno. Vas a seguir cuidando a Clara aun cuando no te acuerdes de su nombre, porque el amor verdadero no necesita memoria para existir.

Se quedaron en silencio durante un tiempo que pudo haber sido minutos u horas. El jardín los rodeaba con su presencia tranquila: el perfume de los jazmines que trepaban por la cerca, el susurro de las hojas del limonero mecidas por la brisa, el canto lejano de los grillos que habitaban en algún rincón húmedo cerca de las macetas. Era un silencio lleno, cómodo, como el que se comparte con las personas que uno conoce desde siempre y con las que no hace falta llenar cada pausa con palabras.

—Má —dijo finalmente Heriberto—, ¿te duele estar muerta?

Ella se rio con esa risa que él había extrañado durante cuarenta años, esa manera de reírse que era también una forma de abrazar, una manera de decir que todo iba a estar bien sin necesidad de prometerlo explícitamente.

—No se trata de estar muerta o viva —le dijo—. Se trata de estar donde uno tiene que estar. Yo estoy donde tengo que estar: en tu corazón, en tus recuerdos, en esa parte de vos que siempre va a ser mi hijo, pase lo que pase.

—¿Y cuando yo me muera, nos vamos a encontrar otra vez?

—Nos vamos a encontrar cuando tengás que encontrarme. Puede ser cuando te morís, puede ser mañana, puede ser en cualquier momento en

que me necesites de verdad. El amor no entiende de muerte ni de vida, entiende de necesidad.

Fue entonces cuando escucharon la voz de Clara desde la cocina, llamándolo para la cena con esa mezcla de cariño y autoridad doméstica que había perfeccionado durante cincuenta años de matrimonio, esa manera de llamarlo que era también una forma de cuidarlo, de asegurarse de que estuviera bien, de mantenerlo conectado con el mundo de los vivos y de las responsabilidades cotidianas.

—Heriberto, amor, ¿no querés venir a tomar el té? Se está enfriando la noche.

Heriberto se dio vuelta hacia la casa, hacia la ventana iluminada de la cocina donde podía ver la silueta de Clara moviéndose entre los muebles con esa familiaridad que había desarrollado para el espacio doméstico, esa manera de habitar la casa que la convertía en una extensión de su propio cuerpo. Cuando volvió a mirar hacia la fuente, su madre ya no estaba ahí.

Pero no sintió tristeza por su ausencia. Sintió, por el contrario, una extraña sensación de completitud, como si la conversación hubiera cumplido exactamente el propósito para el que había sido destinada, como si hubiera recibido una información que necesitaba pero que no sabía que estaba buscando.

Se levantó lentamente y caminó hacia la casa. Clara estaba de pie en la puerta de la cocina, recortada contra la luz amarilla que salía desde adentro, esperándolo con esa paciencia que había desarrollado para todos sus movimientos, esa manera de esperarlo que no era presión sino simple disponibilidad.

Cuando llegó hasta ella, Heriberto se detuvo y la miró con atención, como si fuera la primera vez que la veía, como si necesitara memorizar cada detalle de su cara para guardarlo en algún lugar seguro. Clara tenía el pelo recogido con una pinza que había pertenecido a su madre, los ojos cansados pero todavía llenos de esa luz que él había aprendido a asociar con el amor incondicional, las manos manchadas de tierra de haber estado regando las plantas antes de que él saliera al jardín.

No la reconoció. Es decir, la reconoció como se reconoce a alguien familiar pero lejano, alguien cuya cara nos resulta conocida pero cuyo nombre se nos escapa. Pero había algo en la manera en que ella lo miraba, algo en la ternura con que había pronunciado su nombre, algo en la paciencia con que había esperado a que él volviera del jardín, que le generó una sensación de seguridad inmediata, una confianza que no necesitaba explicación racional.

—Hola —le dijo, y le sonrió con esa sonrisa que había conservado intacta a pesar de todo, esa manera de sonreír que había enamorado a Clara hacía cincuenta años y que seguía siendo exactamente la misma, aun cuando él ya no recordara por qué sonreía ni a quién le sonreía.

Clara sintió cómo el corazón se le achicaba y se le expandía al mismo tiempo. Reconoció inmediatamente la mirada de extrañeza, esa expresión que había empezado a aparecer con más frecuencia durante las últimas semanas, cuando Heriberto la miraba como si fuera una conocida cuyo nombre había olvidado pero hacia quien sentía una simpatía inexplicable.

Pero había algo diferente en esa mirada de esa noche. No era la extrañeza ansiosa que la había preocupado otras veces, sino una extrañeza serena, casi curiosa, como la de alguien que se encuentra con una persona interesante en un viaje y sabe que no es necesario conocer toda su historia para disfrutar de su compañía.

—Hola, amor —le respondió, y puso en esas dos palabras toda la información que él necesitaba: que era bienvenido, que estaba seguro, que había alguien ahí que lo cuidaba aunque él no recordara por qué merecía ese cuidado.

—¿Entramos? —le preguntó Heriberto, señalando hacia adentro de la casa.

—Claro, entramos —dijo Clara, y le ofreció el brazo como había empezado a hacer durante las últimas semanas, no porque él no pudiera caminar solo sino porque había descubierto que el contacto físico funcionaba como un cable a tierra que lo tranquilizaba cuando el mundo se volvía demasiado extraño o incierto.

Entraron juntos a la cocina, donde Clara había preparado el té con esa atención a los detalles que había desarrollado para los momentos importantes: las tazas buenas, las que habían sido de su abuela; las galletitas que había hecho esa tarde siguiendo la receta que Heriberto había elogiado durante décadas; la mesa puesta con el mantel de flores que usaban para las ocasiones especiales, aunque esa noche no hubiera ninguna ocasión especial más que la de estar juntos, más que la de haber sobrevivido un día más al naufragio lento de la memoria.

Se sentaron uno frente al otro, como habían hecho miles de veces durante medio siglo de matrimonio, pero esa noche había algo diferente en la calidad del silencio que compartían. No era el silencio cómodo de las parejas que se conocen de memoria, sino el silencio expectante de dos personas que se están conociendo y que intuyen que puede surgir algo interesante de ese encuentro.

—¿Usted vive acá? —le preguntó Heriberto después de tomar el primer sorbo de té, con esa cortesía que había empezado a usar con todas las personas cuya relación exacta con él se había vuelto confusa.

—Sí —respondió Clara—. Vivo acá. Con usted.

—¿Hace mucho?

—Mucho, sí. Cincuenta años.

Heriberto asintió como si esa información fuera interesante pero no sorprendente, como si fuera perfectamente razonable compartir la casa con una mujer tan amable durante tanto tiempo.

—¿Y somos...? —empezó a preguntar, pero no terminó la frase, como si no estuviera seguro de cuál era la palabra correcta para describir la relación que intuía que tenían.

—Somos esposos —le dijo Clara—. Estamos casados desde hace cincuenta años. Nos conocimos cuando éramos jóvenes y nos enamoramos, y después decidimos vivir juntos para siempre.

—¿Y fuimos felices?

La pregunta salió de la boca de Heriberto con una naturalidad que sorprendió a Clara. No había ansiedad en su voz, no había miedo a la respuesta, sino una curiosidad genuina, como la de alguien que pregunta por la trama de una película que se perdió y que quiere saber cómo termina.

—Fuimos muy felices —le respondió Clara, y al decirlo se dio cuenta de que era verdad, de que a pesar de todas las dificultades, de todas las crisis, de todos los malentendidos que había habido durante medio siglo de convivencia, la respuesta honesta a esa pregunta era sí, habían sido felices, habían construido juntos una forma de felicidad que había resistido el paso del tiempo y que ahora, en esa cocina iluminada por la luz amarilla de la lámpara que habían elegido juntos en una ferretería de Belgrano hacía veinte años, seguía siendo real y tangible.

—Me alegro —dijo Heriberto, y volvió a sonreír con esa sonrisa que ella conocía de memoria pero que esa noche tenía algo nuevo, algo liviano, como si hubiera encontrado una manera de estar en el presente sin el peso del pasado, como si hubiera descubierto que se podía ser feliz sin recordar por qué se tenía derecho a serlo.

Terminaron el té en silencio, pero no era un silencio triste sino contemplativo, lleno de esa paz que a veces surge cuando dos personas que se quieren logran estar juntas en el mismo momento, sin necesidad de explicaciones ni de planes para el futuro.

Cuando Clara empezó a levantar las tazas, Heriberto le puso una mano sobre la suya para detenerla.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—No sé bien por qué. Pero siento que tengo que darte las gracias por algo muy importante.

Clara sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, pero eran lágrimas diferentes a las que había derramado durante los últimos meses. No eran lágrimas de pérdida sino de reconocimiento, de gratitud por ese momento de gracia que la vida les estaba regalando en medio de tanto dolor.

—Gracias a vos también —le dijo.

—¿Por qué?

—Por seguir siendo vos, aunque no te acuerdes de quién sos. Por seguir siendo bueno, aunque no sepas por qué tenés que ser bueno. Por seguir queriendo, aunque no sepas a quién querés.

Esa noche, cuando se fueron a dormir, Clara no cubrió el espejo del baño con la toalla como había estado haciendo durante las últimas semanas. Había algo en la serenidad con que Heriberto había transitado la velada que le hacía pensar que tal vez él había encontrado una forma de estar en paz consigo mismo, con el hombre que veía reflejado en el vidrio, con la realidad de ser viejo y de estar enfermo y de haber perdido tantas cosas que antes creía esenciales.

Se acostaron en la cama que habían compartido durante décadas, cada uno en su lado, con esa disposición espacial que habían perfeccionado a lo largo de los años y que funcionaba como una coreografía íntima, un ballet doméstico donde cada movimiento tenía su lugar preciso y su momento exacto.

Pero esa noche, cuando Clara ya estaba por quedarse dormida, sintió cómo Heriberto se daba vuelta hacia ella y le ponía un brazo sobre la cintura, como había hecho durante miles de noches cuando eran jóvenes y necesitaban dormir tocándose para asegurarse de que el otro estaba ahí, de que no era un sueño, de que el amor que sentían era real y duradero.

—Buenas noches —le susurró al oído.

—Buenas noches, amor —le respondió Clara, y se acomodó contra su cuerpo con esa precisión que había desarrollado durante medio siglo de dormir juntos, esa manera de encajar perfectamente en el hueco que él le hacía con su brazo, como si hubieran sido diseñados específicamente para completarse mutuamente.

Se durmieron así, abrazados en la oscuridad de la habitación que había sido testigo de tantas noches de sus vidas, rodeados por los objetos familiares que habían ido acumulando durante décadas de construir un hogar juntos: la cómoda que habían comprado cuando se casaron, el ropero que habían heredado de los padres de Clara, las fotografías de los hijos y los nietos que sonreían desde los marcos dorados sobre la mesa de luz.

Afuera, el jardín siguió existiendo en la oscuridad: los rosales que habían plantado cuando se mudaron, el limonero que cada primavera los sorprendía con su generosidad, las macetas de geranios que ordenaban el espacio con su resistencia admirable. Y en algún lugar entre las plantas, invisible pero presente, el amor de una madre muerta que había venido a despedirse de su hijo y a darle permiso para olvidar todo lo que necesitara olvidar, siempre que no se olvidara de lo único que realmente importaba: que había sido querido, que había sabido querer, y que esa capacidad de amar era lo único que necesitaba para encontrar su camino de vuelta a casa, aun cuando ya no recordara dónde quedaba casa ni por qué tenía que volver ahí.

En esa casa donde dos personas que se habían amado durante cincuenta años seguían amándose aunque una de ellas hubiera empezado a olvidar los detalles de esa historia de amor, la noche transcurrió con la quietud de las cosas importantes que han encontrado su lugar en el mundo y ya no necesitan moverse, solo estar, solo permanecer, solo resistir el paso del tiempo con la dignidad silenciosa de lo que ha sido construido para durar más allá de la memoria, más allá del olvido, más allá de la muerte misma.

Capítulo 13

El nombre de las cosas

La tarde de octubre llegó con esa luz dorada que tienen los días de primavera cuando el mundo parece estrenar colores, cuando cada hoja, cada flor, cada sombra adquiere una nitidez que duele de tan hermosa. Era una de esas tardes que invitan a caminar despacio, a dejarse llevar por los pies sin rumbo fijo, a redescubrir la ciudad como si fuera la primera vez que uno la recorre.

Heriberto había salido de casa después del almuerzo con esa determinación nueva que había desarrollado durante las últimas semanas, esa manera de tomar decisiones pequeñas pero firmes que lo tranquilizaba cuando el mundo se volvía demasiado incierto. Clara le había preguntado si quería que lo acompañara, con esa delicadeza que había perfeccionado para no sonar invasiva, para ofrecerse sin presionar, para estar disponible sin resultar agobiante.

—Voy a caminar un poco —le había dicho—. Necesito que me dé el aire.

Ella asintió desde la cocina, donde ordenaba los platos del almuerzo con esa lentitud ceremonial que había adoptado para las tareas domésticas, como si cada gesto fuera una pequeña oración por la continuidad de las cosas cotidianas. Lo vio ponerse la campera gris que había usado durante años para salir, buscar las llaves en el cajón donde siempre las guardaba, palparse el bolsillo para asegurarse de que llevaba la billetera. Eran movimientos automáticos, pero había algo en la manera de ejecutarlos que revelaba un esfuerzo consciente, como si cada acción requiriera ahora una planificación que antes era instintiva.

—No te vayas muy lejos —le dijo Clara, y había en su voz esa mezcla de cuidado y libertad que había aprendido a dosificar durante los últimos meses, esa manera de protegerlo sin encerrarlo, de cuidarlo sin convertirlo en prisionero de su propia enfermedad.

—No me voy a perder —respondió Heriberto con una sonrisa que tenía algo de travesura infantil, como si hubiera entendido la preocupación de Clara pero quisiera tranquilizarla con esa ligereza que a veces recuperaba en los momentos más inesperados.

Salió a la calle y durante los primeros minutos caminó con la orientación clara de quien conoce perfectamente su barrio, de quien ha recorrido esas

mismas cuadras durante décadas y puede moverse por ellas con los ojos cerrados. Pasó frente a la panadería donde compraban el pan cada mañana, saludó con un gesto al verdulero que lo conocía desde hacía años, se detuvo un momento frente al kiosco donde compraba cigarrillos cuando todavía fumaba y donde ahora a veces iba a buscar caramelos para los nietos cuyas visitas se habían vuelto menos frecuentes pero más preciosas.

Pero a medida que se alejaba de las cuadras más familiares, Heriberto sintió cómo empezaba a perder esa certeza territorial que lo había acompañado durante toda su vida adulta. No se perdió —sus pies parecían conocer el camino aun cuando su mente empezaba a desconfiar de las referencias visuales—, pero comenzó a experimentar esa sensación de extrañeza que había aprendido a reconocer como el preámbulo de los momentos difíciles, cuando la realidad se volvía más blanda, más maleable, menos confiable.

Fue entonces cuando vio el árbol.

Estaba en una pequeña plaza que él recordaba vagamente haber visitado antes, pero que esa tarde le pareció un lugar completamente nuevo, como si hubiera surgido de la nada para recibirlo. Era un jacarandá en plena floración, con las ramas cubiertas de flores violetas que caían al suelo formando una alfombra de pétalos que crujían suavemente bajo los pies de los pocos transeúntes que atravesaban la plaza.

Heriberto se detuvo frente al árbol con esa fascinación que había empezado a sentir por las cosas hermosas, esa capacidad de asombro que había recuperado durante los últimos meses, como si la enfermedad, al llevarse tantas certezas, hubiera liberado también una forma de percepción más directa, más inmediata, menos mediada por el conocimiento previo.

El árbol era magnífico. No recordaba haber visto nunca un jacarandá tan generoso, tan exuberante en su floración. Las flores violetas se extendían desde el tronco hasta las puntas de las ramas más altas, creando una cúpula de color que se recortaba contra el cielo celeste de la tarde con una intensidad que lo dejó sin aliento. Había algo en esa combinación de colores —el violeta intenso de las flores, el verde oscuro de las hojas, el celeste diáfano del cielo— que le generó una emoción inexplicable, una mezcla de alegría y melancolía que no sabía nombrar pero que reconoció inmediatamente como algo importante, como una de esas experiencias que merecían ser guardadas aunque después no pudiera recordar exactamente dónde ni cuándo habían ocurrido.

Se acercó al tronco del árbol y puso una mano contra la corteza rugosa. La textura era áspera pero tibia, calentada por el sol de la tarde, y había algo consolador en ese contacto, como si el árbol fuera un ser vivo que le ofrecía su compañía sin pedir nada a cambio. Cerró los ojos y se quedó así durante unos minutos, sintiendo bajo la palma de la mano la vida lenta y profunda del jacarandá, esa pulsación vegetal que había estado ahí durante décadas, que estaría ahí durante décadas más, indiferente a las pequeñas tragedias

humanas, a las pérdidas de memoria, a la fragilidad de los cerebros que envejecen.

Cuando abrió los ojos, vio que una señora había entrado a la plaza llevando un perro pequeño y blanco que caminaba con esa dignidad un poco absurda que tienen los perros muy chicos cuando salen a pasear. La señora tendría la edad de Clara, tal vez un poco más, y había algo en su manera de moverse que le resultó familiar, aunque no podía precisar si la conocía de antes o si simplemente le recordaba a alguien.

Heriberto quiso saludarla. Sentía esa necesidad de contacto humano que había empezado a experimentar con más frecuencia durante los últimos meses, esa urgencia de conectarse con otros aunque fuera a través de los gestos más pequeños, como si cada encuentro casual fuera una oportunidad de confirmar que todavía pertenecía al mundo de los vivos, que todavía era capaz de participar en los rituales mínimos de la sociabilidad.

Pero cuando abrió la boca para decir algo, se dio cuenta de que había olvidado las palabras exactas. Sabía que quería ser cortés, que quería expresar alguna forma de reconocimiento hacia esa persona que compartía con él la tarde y la plaza y la contemplación silenciosa del jacarandá, pero las fórmulas de saludo que había usado durante setenta años se habían desvanecido de su memoria como si nunca las hubiera conocido.

¿Era "buenas tardes"? ¿Era "buenas"? ¿Era "hola"? ¿Había alguna diferencia entre saludar a una señora mayor y saludar a cualquier otra persona? ¿Tenía que decir algo sobre el perro, que lo miraba con esa curiosidad amistosa que tienen los animales hacia los desconocidos que se acercan sin intenciones amenazantes?

La confusión lo paralizó. Se quedó ahí, de pie frente al árbol, con la mano todavía apoyada contra el tronco, mirando a la señora que se acercaba lentamente mientras su perro olfateaba los pétalos caídos, y sintiendo cómo las palabras se le escurrían de la memoria como agua entre los dedos. Era una experiencia desesperante pero también extrañamente familiar: durante los últimos meses había vivido docenas de momentos así, situaciones cotidianas que de repente se volvían incomprensibles, territorios conocidos que se transformaban en paisajes extranjeros.

La señora llegó hasta donde él estaba y se detuvo también frente al jacarandá, como si hubiera venido específicamente a admirarlo. Levantó la vista hacia las ramas cargadas de flores y suspiró con esa satisfacción que produce la contemplación de las cosas hermosas.

—Qué lindo que está este año —dijo, sin dirigirse específicamente a Heriberto pero de una manera que incluía su presencia, que lo invitaba a participar de esa pequeña celebración compartida de la belleza del árbol.

Heriberto asintió con entusiasmo, aliviado de no tener que iniciar él la conversación, de poder participar sin necesidad de recordar las fórmulas exactas de cortesía.

—Sí —logró decir—. Muy lindo.

—Todos los años florece, pero este año está especialmente generoso —continuó la señora, y había en su voz esa familiaridad que desarrollan las personas mayores para hablar de las cosas que han observado durante muchas estaciones, esa manera de convertir el paso del tiempo en una forma de sabiduría—. Creo que le gustó la lluvia que tuvimos en septiembre.

Heriberto volvió a asentir, aunque no recordaba la lluvia de septiembre. No recordaba casi nada de septiembre, ni de agosto, ni de la mayor parte del año que estaba terminando. Pero había algo consolador en la manera en que esa mujer hablaba del árbol como si fuera un conocido, como si hubiera desarrollado una relación personal con él a través de los años, como si la belleza de las flores violetas fuera un regalo que el jacarandá les hacía específicamente a ellos, a los habitantes del barrio que tenían la paciencia de detenerse a admirarlo.

—¿Usted viene seguido por acá? —le preguntó la señora, y Heriberto se dio cuenta de que era una pregunta imposible de responder con precisión, porque ya no tenía una idea clara de qué significaba "seguido" ni de cuántas veces había estado en esa plaza ni de si sus visitas respondían a algún patrón que pudiera llamarse rutina.

—A veces —respondió, que era una respuesta lo suficientemente vaga como para ser honesta sin ser alarmante.

—Yo vengo todos los días con Bruno —dijo la señora, señalando al perro que había encontrado algo fascinante entre las raíces del árbol y lo investigaba con la concentración de un detective—. Es nuestro paseo de la tarde. A él le gusta este árbol, creo que le gusta el olor de las flores.

Heriberto miró al perro, que efectivamente parecía estar disfrutando de algún aroma que solo él podía percibir, y sintió una simpatía inmediata hacia ese animal pequeño que había convertido el jacarandá en parte de su rutina diaria, que había desarrollado una relación sensorial con algo hermoso sin necesidad de entenderlo o nombrarlo.

—Es un buen perro —dijo, y al decirlo se dio cuenta de que era una de esas frases que funcionaban en casi cualquier contexto, una de esas expresiones comodín que había aprendido a usar cuando no estaba seguro de qué era exactamente lo que se esperaba que dijera.

—Sí, es muy bueno —respondió la señora con orgullo—. Ya tiene doce años, pero todavía le gusta caminar. Yo creo que estos paseos lo mantienen joven.

Se quedaron ahí durante unos minutos más, compartiendo el silencio y la presencia del árbol. El perro terminó su investigación olfativa y se acercó a Heriberto con esa confianza que tienen algunos animales hacia las personas que perciben como inofensivas. Heriberto se agachó lentamente y

le acarició la cabeza, sintiendo bajo los dedos la suavidad del pelo blanco y la calidez del cráneo pequeño.

—Le caíste bien —dijo la señora—. Bruno es muy selectivo con la gente.

Heriberto se sintió halagado por la aprobación de Bruno, como si hubiera pasado un examen importante sin saber que estaba siendo evaluado. Siguió acariciando al perro, que había decidido quedarse cerca de él, y por un momento experimentó una sensación de pertenencia, de estar exactamente donde tenía que estar, haciendo exactamente lo que tenía que hacer.

—Bueno, nosotros seguimos —dijo finalmente la señora—. Todavía nos quedan dos cuadras más de paseo.

—Que tengan una buena tarde —logró decir Heriberto, y se sintió triunfante porque había recordado la fórmula de despedida, porque había logrado completar el ritual social sin meter la pata, sin revelar la confusión que habitaba permanentemente en su cabeza.

—Igualmente —respondió la señora, y se alejó con Bruno, que se dio vuelta una vez para mirarlo como si quisiera asegurarse de que Heriberto seguía ahí, bajo el árbol, formando parte del paisaje familiar de la plaza.

Cuando se quedó solo otra vez, Heriberto volvió a mirar hacia arriba, hacia las ramas del jacarandá que se extendían sobre su cabeza como un techo natural. Las flores violetas se mecían suavemente con la brisa de la tarde, y algunos pétalos se desprendían y caían a su alrededor como una lluvia delicada y perfumada.

Se quedó ahí durante mucho tiempo, tal vez media hora, tal vez más. No tenía manera de medir el tiempo con precisión —había dejado de usar reloj porque las horas se habían vuelto algo abstracto y poco confiable—, pero se quedó hasta que la luz empezó a cambiar, hasta que el dorado de la tarde se volvió más profundo y las sombras se alargaron y el aire adquirió esa frescura que anuncia la llegada de la noche.

Cuando finalmente se decidió a volver a casa, descubrió que recordaba perfectamente el camino. Sus pies lo llevaron por las mismas calles que había recorrido durante décadas, pasando por los mismos negocios familiares, saludando con gestos a las mismas personas que lo conocían desde hacía años. Era como si la experiencia del árbol hubiera funcionado como una especie de calibración, como si esos minutos de contemplación hubieran restablecido alguna conexión perdida entre su memoria y su orientación espacial.

Llegó a casa cuando Clara estaba preparando la cena. Ella levantó la vista desde la cocina cuando lo escuchó entrar, y había en su expresión esa mezcla de alivio y curiosidad que había aprendido a disimular durante los últimos meses, esa manera de recibirlo que no revelaba la ansiedad que había sentido durante su ausencia.

—¿Cómo te fue? —le preguntó, como había hecho miles de veces durante cincuenta años de matrimonio, pero esa tarde había en la pregunta una carga adicional, la necesidad de evaluar su estado de ánimo, de confirmar que había vuelto entero, que el mundo exterior no había sido demasiado hostil o confuso.

—Bien —respondió Heriberto—. Vi un árbol muy lindo.

Clara sonrió. Había algo en la simplicidad de esa respuesta que la tranquilizó más que cualquier explicación elaborada. Durante los últimos meses había aprendido a leer en las expresiones de Heriberto los signos de sus expediciones al mundo exterior: cuando volvía confundido, cuando volvía angustiado, cuando volvía con esa serenidad que indicaba que había encontrado algo hermoso en el camino.

Esa tarde había vuelto con esa serenidad.

—¿Qué clase de árbol? —le preguntó, no porque necesitara la información sino porque había descubierto que hablar de las cosas concretas que él había visto durante sus caminatas lo ayudaba a procesar las experiencias, a fijarlas en algún lugar de la memoria que todavía funcionaba con cierta confiabilidad.

Heriberto se quedó pensando. Sabía que el árbol tenía un nombre específico, sabía que había una palabra precisa para describir esa especie, pero la palabra se le escapaba como todas las palabras específicas que había empezado a perderse durante los últimos meses.

—Un árbol con flores violetas —dijo finalmente—. Muy altas, muy abundantes. Como si el árbol estuviera vestido de fiesta.

Clara asintió. Conocía ese jacarandá, había pasado frente a él cientos de veces durante sus propias caminatas por el barrio. Sabía que era uno de los más hermosos de la zona, especialmente durante la primavera, cuando se convertía en una explosión de color que alegraba toda la cuadra.

—Los jacarandás —dijo suavemente, ofreciéndole la palabra que él no había podido encontrar—. Son preciosos cuando florecen.

—Jacarandá —repitió Heriberto, saboreando la palabra como si fuera la primera vez que la escuchaba—. Es un nombre lindo.

Se sentaron a cenar con esa tranquilidad doméstica que habían recuperado durante las últimas semanas, esa manera de estar juntos que no requería conversación constante sino que se nutría de la presencia mutua, del ritual compartido de la comida, de esa intimidad que se construye a través de décadas de gestos repetidos hasta volverse automáticos.

Pero esa noche, antes de acostarse, Clara vio que Heriberto había sacado una libreta pequeña que había empezado a usar durante los últimos meses para anotar cosas que no quería olvidar. La libreta estaba llena de frases cortas, de observaciones simples sobre cosas que había visto o sentido y que le habían parecido importantes: el color de una puesta de sol, el sabor

de un dulce que le había gustado, el nombre de una persona que había sido amable con él.

Esa noche escribió: "El árbol del parque: pétalos morados, ramas abiertas como alas. Lo llamo 'el árbol que me recuerda que aún siento'".

Clara leyó la frase por encima del hombro de Heriberto, y sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. No eran lágrimas de tristeza sino de algo más complejo, una mezcla de pérdida y reconocimiento, de dolor y gratitud. Había algo hermoso en esa manera que él había encontrado de relacionarse con el mundo, esa capacidad de dejarse conmover por las cosas simples, de encontrar en la belleza natural una forma de resistencia contra la confusión que avanzaba en su cerebro.

Se acostaron esa noche con la ventana entreabierta, para que entrara el aire fresco de octubre que traía consigo el perfume de los jacarandás en flor. Heriberto se durmió rápido, con esa facilidad para el sueño que había desarrollado durante los últimos meses, como si el cansancio mental que lo acompañaba constantemente lo predispusiera a un descanso profundo y reparador.

Clara se quedó despierta un rato más, escuchando la respiración regular de su marido, pensando en el árbol que él había visto esa tarde, en la señora con el perro que había compartido con él unos minutos de contemplación silenciosa, en esa pequeña comunidad accidental que se forma alrededor de las cosas hermosas cuando las personas tienen la sabiduría de detenerse a admirarlas.

Antes de dormirse, pensó que tal vez esa era una de las pocas ventajas de la enfermedad que estaba consumiendo lentamente la memoria de Heriberto: la capacidad de asombrarse, de vivir cada encuentro con la belleza como si fuera el primero, de no dar nada por sentado porque todo era constantemente nuevo, constantemente digno de atención y cuidado.

Afuera, en algún lugar del barrio, el jacarandá siguió floreciendo en la oscuridad, regalando su perfume a la noche, dejando caer sus pétalos violetas sobre la vereda vacía, manteniendo esa generosidad ciega que tienen los árboles, esa manera de dar belleza sin esperar nada a cambio, sin saber quién va a detenerse a admirarlos, sin preguntar si vale la pena florecer para un mundo que a menudo pasa demasiado rápido para darse cuenta de los milagros pequeños que ocurren en cada esquina, en cada plaza, en cada tarde de primavera cuando la luz es perfecta y las flores violetas caen como bendiciones sobre las cabezas de los que todavía saben mirar hacia arriba.

Capítulo 14

Conversación con un fantasma

La tarde se había instalado en el jardín con esa quietud pesada que tienen los días cuando el aire parece detenerse para escuchar algo importante que

está por suceder. Heriberto había salido después de la siesta con esa determinación silenciosa que había desarrollado durante los últimos meses, esa manera de moverse que no era exactamente intencional pero tampoco casual, como si sus pies conocieran destinos que su mente consciente había olvidado pero que su cuerpo recordaba con una precisión que lo sorprendía.

Clara lo había visto levantarse del sillón donde había estado mirando la televisión sin verla realmente, con esa expresión ausente que ella había aprendido a reconocer como el preludio de sus expediciones interiores, esos viajes hacia territorios de la memoria que cada vez se volvían más difíciles de cartografiar pero que él seguía emprendiendo con una terquedad que la conmovía y la preocupaba en igual medida.

—Voy a ver cómo está el limonero —le había dicho, aunque el limonero estaba perfectamente visible desde la ventana de la cocina y no había mostrado señales de necesitar atención especial durante las últimas semanas.

Clara asintió sin hacer preguntas. Había aprendido durante los últimos meses que las excusas de Heriberto para salir al jardín rara vez tenían que ver con las plantas y siempre con esa necesidad profunda de encontrarse con algo que no podía nombrar pero que buscaba con la persistencia de quien sabe que, en algún lugar entre las macetas y las sombras de la tarde, lo espera una respuesta a preguntas que ni siquiera sabía que estaba formulando.

El jardín los recibió con esa familiaridad tibia de los espacios que han sido habitados durante décadas, que han sido testigos de tantas conversaciones, de tantos silencios compartidos, de tantas pequeñas ceremonias domésticas que ya formaban parte de la geografía emocional de la casa.

Los rosales que Clara había plantado cuando se mudaron seguían trepando por la pared medianera, aunque ahora sus flores tenían ese color ligeramente desvaído que adquieren al final del verano, cuando han dado todo lo que tenían para dar y se preparan para el descanso del otoño.

El limonero estaba exactamente como había estado esa mañana: generoso en hojas pero tacaño en frutos, con esa manera caprichosa que tienen los árboles cítricos de decidir por sí mismos cuándo van a ser abundantes y cuándo van a guardar su energía para mejores ocasiones.

Heriberto se acercó al árbol y puso una mano contra el tronco, no porque necesitara verificar su estado sino porque había desarrollado esa costumbre de tocar las cosas importantes, como si el contacto físico le confirmara que seguían siendo reales, que no habían sido víctimas del proceso de erosión que se llevaba cada día un poco más de su mundo conocido.

Fue entonces cuando sintió la presencia.

No era algo que pudiera describir con precisión. No había escuchado pasos ni había visto ninguna figura aparecer entre las plantas. Era más bien una modificación sutil en la densidad del aire, una alteración en la calidad del silencio que rodeaba el jardín, como si alguien hubiera llegado sin hacer ruido y se hubiera sentado a esperarlo en algún lugar que él no podía ver pero que podía intuir con esa certeza que no necesita pruebas para ser verdadera.

Se dio vuelta lentamente, sin sobresalto, como si hubiera estado esperando esa visita durante mucho tiempo. Y lo vio.

Su padre estaba sentado en el banco de madera que él mismo había construido hacía veinte años, cuando todavía tenía la energía y la paciencia para los proyectos de carpintería doméstica.

Tenía exactamente la misma edad que había tenido cuando Heriberto era joven, esa edad indefinida de los padres en el recuerdo de los hijos: ni viejo ni joven, simplemente eterno, inmutable, con esa solidez que uno asocia con las cosas que van a estar ahí para siempre.

Llevaba la camisa celeste que se ponía los domingos, la que Clara le planchaba con especial cuidado porque sabía que era su favorita, y tenía las manos apoyadas sobre las rodillas con esa postura que Heriberto recordaba perfectamente: la espalda recta, los hombros ligeramente echados hacia atrás, esa manera de ocupar el espacio que transmitía serenidad sin necesidad de palabras.

No se sorprendió al verlo. Durante los últimos meses había aprendido que la frontera entre lo real y lo imaginario se había vuelto más porosa, más negociable, y había desarrollado una actitud pragmática hacia las apariciones: si estaban ahí y no le hacían daño, si le traían compañía en lugar de miedo, entonces no importaba mucho si pertenecían al mundo de los vivos o al territorio más difuso de los recuerdos que se habían vuelto tan intensos que habían adquirido corporeidad propia.

—Papá —dijo, y la palabra salió de su boca con una naturalidad que lo sorprendió, como si hubieran estado conversando esa misma mañana y él simplemente estuviera retomando una charla interrumpida por alguna distracción menor.

Su padre le sonrió con esa sonrisa que él había llevado en algún lugar del pecho durante los cuarenta años que habían pasado desde su muerte, esa expresión que combinaba orgullo paternal con una ternura que no necesitaba justificación ni explicación.

Era exactamente la misma sonrisa que le había dedicado el día que se recibió de contador, la misma que había aparecido en su cara cuando le presentó a Clara como su novia, la misma que lo había acompañado durante todas las ocasiones importantes de su vida adulta a través del mecanismo misterioso de la memoria afectiva.

—Hola, hijo —le respondió, y su voz tenía esa cualidad tranquilizadora que Heriberto recordaba de la infancia, esa manera de hablar que convertía cualquier problema en algo solucionable, cualquier miedo en algo que se podía enfrentar con paciencia y sentido común.

Heriberto se acercó al banco y se sentó al lado de su padre, como había hecho tantas veces cuando era chico y necesitaba hablar de cosas importantes: las notas del colegio, los primeros amores, los planes para el futuro que entonces parecía infinito y lleno de posibilidades que se podían elegir con la libertad de quien todavía no conoce las limitaciones que impone la vida real.

—Me estoy olvidando de todo —le dijo, y había en su voz una tristeza tan profunda que parecía venir de algún lugar anterior al lenguaje, de esa región del alma donde habitan las pérdidas que no tienen nombre pero que duelen con una intensidad que atraviesa el cuerpo entero.

Su padre asintió como si esa confesión fuera exactamente lo que había venido a escuchar, como si hubiera estado esperando durante años que su hijo encontrara las palabras para expresar esa angustia que lo habitaba desde hacía meses pero que nunca había podido formular completamente.

—Ya sé —le dijo—. Te veo luchar todos los días con las palabras que se te escapan, con los nombres que se te pierden, con los recuerdos que se van difuminando como fotos viejas que uno deja al sol sin querer.

—¿Te acordás cuando me llevabas al cine los sábados a la tarde? —le preguntó Heriberto, y de repente había recuperado esa voz que había tenido cuando era chico, esa entonación que usaba para las preguntas importantes, para las cosas que necesitaba entender aunque fueran demasiado complicadas para su edad.

—Me acuerdo perfectamente —respondió su padre—. Te gustaban las películas de vaqueros, pero te daba miedo cuando empezaban los tiroteos. Te apoyabas contra mi brazo y me decías que no te gustaba la violencia, pero después, cuando salíamos, jugabas a ser el sheriff que salvaba al pueblo de los bandidos.

Heriberto se rio con una risa que hacía años que no escuchaba salir de su propia garganta, una risa limpia y espontánea que lo devolvió por un momento a esa época en la que reírse era algo que sucedía naturalmente, sin esfuerzo, sin la mediación de la tristeza que había empezado a teñir todas sus emociones durante los últimos meses.

—Me daba vergüenza tener miedo —confesó—. Creía que los hombres no podían asustarse de nada, que había algo malo en mí si me ponía nervioso con las películas.

—Y yo fingía que no me daba cuenta de que te asustabas —dijo su padre—, porque sabía que necesitabas sentir que eras valiente, que podías enfrentar las cosas que te daban miedo. Pero la verdad es que me gustaba que te

apoyaras contra mi brazo. Me hacía sentir que todavía me necesitabas, que todavía podía protegerte de algo.

Se quedaron en silencio durante un rato, compartiendo esa quietud cómoda que solo es posible entre las personas que se han querido durante mucho tiempo y que no necesitan llenar cada pausa con palabras.

El jardín los rodeaba con su presencia tranquila: el perfume de los jazmines que habían empezado a florecer con los primeros calores de la primavera, el susurro de las hojas del limonero mecidas por una brisa que traía consigo el aroma húmedo de la tierra recién regada, el canto lejano de los grillos que habitaban en algún rincón protegido cerca de las macetas.

—Papá —dijo finalmente Heriberto—, ¿qué va a pasar conmigo cuando ya no me acuerde de nada? ¿Qué va a pasar cuando mire a Clara y no sepa quién es, cuando vea a mis hijos y no sienta nada, cuando me olvide hasta de mi propio nombre?

Su padre se tomó su tiempo para responder, como había hecho siempre con las preguntas importantes, esa manera de pensar las cosas antes de hablar que Heriberto había heredado sin darse cuenta y que ahora reconocía como uno de los regalos más valiosos que había recibido de él.

—¿Vos te acordás de cuándo aprendiste a caminar? —le preguntó finalmente.

—No —respondió Heriberto, desconcertado por la pregunta.

—¿Y podés caminar?

—Sí, claro.

—¿Te acordás de cuándo aprendiste a hablar?

—Tampoco.

—¿Y podés hablar?

—Sí.

—Bueno —dijo su padre, y había en su voz esa paciencia pedagógica que Heriberto recordaba de las tardes de tarea, cuando le explicaba los problemas de matemáticas que le parecían imposibles de resolver—. Hay cosas que aprendemos tan profundamente que se vuelven parte de nosotros sin que tengamos que recordar cómo las aprendimos.

El amor es una de esas cosas. Vos aprendiste a querer a Clara, aprendiste a ser padre, aprendiste a ser bueno, y esas cosas no se guardan en la parte de la cabeza que se está enfermando. Se guardan en un lugar más profundo, más seguro.

—¿Vos creés?

—No creo. Sé. Te he estado observando durante estos meses, hijo. Te he visto olvidar nombres, fechas, caras, pero no te he visto olvidar nunca cómo ser cariñoso con Clara, cómo sonreírles a tus nietos, cómo ser gentil con los extraños. Esas cosas vienen de un lugar que la enfermedad no puede tocar.

Desde la ventana de la cocina, Clara los observaba. No podía escuchar la conversación, pero podía ver a Heriberto gesticulando como si estuviera hablando con alguien, con esa expresión de concentración y tranquilidad que había empezado a ser cada vez menos frecuente durante los últimos meses.

No se preocupó. Había aprendido a reconocer la diferencia entre sus momentos de confusión angustiosa y estos otros momentos, más serenos, en los que parecía estar procesando algo importante a través de algún mecanismo interior que ella no podía comprender pero que había aprendido a respetar.

—Hay algo más que quiero decirte —continuó el padre de Heriberto—. Durante todos estos años que estuve muerto, nunca me fui realmente. Estuve en cada decisión importante que tomaste, en cada momento en que necesitaste ser fuerte, en cada vez que fuiste un buen padre para tus hijos. La muerte no es una ausencia, es una presencia diferente. Y cuando llegue tu momento, yo voy a estar ahí para recibirte, para mostrarte el camino.

—¿No va a doler?

—No va a doler. Va a ser como quedarse dormido después de un día muy largo, muy lleno. Y cuando despiertes, vas a estar en un lugar donde no hace falta recordar nada porque todo va a estar ahí, presente, disponible, sin el esfuerzo de la memoria.

El sol había empezado a ponerse mientras hablaban, y el jardín se había llenado de esa luz dorada que tienen los atardeceres de otoño, cuando cada hoja, cada flor, cada sombra adquiere una intensidad especial, como si el mundo quisiera despedirse del día con toda la belleza de la que es capaz.

Los rosales de Clara habían adquirido un color más profundo, más rico, y el perfume de los jazmines se había vuelto más penetrante, como si las plantas hubieran decidido ofrecer todo su aroma antes de que llegara la noche.

—Tengo que irme —dijo su padre, y había en su voz esa suavidad que usaba para las despedidas, esa manera de anunciar una partida que no sonaba como abandono sino como una necesidad natural, como algo que formaba parte del orden correcto de las cosas.

—¿Cuándo te voy a volver a ver?

—Cada vez que me necesites de verdad. Puede ser mañana, puede ser en años. El amor no entiende de tiempo ni de espacio, entiende de necesidad.

Se levantó del banco con esa elegancia tranquila que Heriberto recordaba de sus movimientos, esa manera de moverse que transmitía serenidad aun en los gestos más simples.

Se acercó a su hijo y le puso una mano en la cabeza, como había hecho tantas veces cuando era chico, cuando tenía fiebre o cuando había tenido

una pesadilla y necesitaba que alguien le confirmara que estaba seguro, que el mundo seguía siendo un lugar protegido mientras él durmiera.

—Cuidate mucho, hijo —le dijo—. Y no tengas miedo. Todo va a estar bien.

Heriberto cerró los ojos para sentir mejor esa caricia, para guardarla en algún lugar de la memoria que esperaba que fuera resistente al olvido. Cuando los abrió, su padre ya no estaba ahí.

Pero no sintió tristeza por su ausencia. Sintió, por el contrario, una extraña sensación de completitud, como si la conversación hubiera cumplido exactamente el propósito para el que había sido destinada, como si hubiera recibido una información que necesitaba pero que no sabía que estaba buscando.

Clara salió al jardín cuando vio que él se había quedado inmóvil en el banco, mirando hacia el lugar donde había estado conversando. Caminó lentamente, con esa delicadeza que había desarrollado para acercarse a él cuando lo encontraba en sus momentos de mayor vulnerabilidad, esa manera de llegar sin sobresaltarlo, sin interrumpir bruscamente cualquier proceso interno que pudiera estar atravesando.

—¿Cómo estás, amor? —le preguntó, sentándose a su lado en el banco.

Heriberto la miró con esa expresión de sorpresa suave que había empezado a aparecer en su cara cuando alguien lo sacaba de sus pensamientos más profundos, como si necesitara un momento para recordar dónde estaba y con quién estaba hablando.

—Bien —respondió—. Estuve conversando con papá.

Clara asintió sin hacer preguntas. Durante los últimos meses había aprendido que las realidades de Heriberto no siempre coincidían con las suyas, pero que eso no las hacía menos importantes ni menos dignas de respeto.

Si él había necesitado conversar con su padre, si esa conversación le había traído paz, entonces no importaba si había sido real en el sentido convencional de la palabra.

—¿De qué hablaron? —le preguntó.

—De cosas importantes —respondió Heriberto—. Me dijo que no tenga miedo, que él va a estar ahí cuando llegue mi momento. Y me dijo que hay cosas que no se olvidan nunca, aunque se olvide todo lo demás.

Clara sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, pero eran lágrimas diferentes a las que había derramado durante los últimos meses. No eran lágrimas de pérdida sino de gratitud, de reconocimiento por ese momento de gracia que la vida les estaba regalando en medio de tanto dolor.

—Debe haber sido una conversación muy linda —le dijo.

—Sí —respondió Heriberto—. Muy linda.

Se quedaron ahí hasta que la noche se instaló completamente en el jardín, compartiendo el silencio y la presencia de las plantas que los habían

acompañado durante tantos años, rodeados por el perfume de los jazmines y el susurro suave de las hojas mecidas por la brisa nocturna.

Era uno de esos momentos que merecían ser guardados, no en la memoria que se desvanece, sino en esa región más profunda del corazón donde habitan las experiencias que nos cambian para siempre y que nos acompañan mucho después de que hayamos olvidado cuándo y dónde ocurrieron exactamente.

Esa noche, cuando se fueron a dormir, Heriberto se quedó despierto un rato más, mirando el techo de la habitación que había compartido con Clara durante décadas, pensando en la conversación que había tenido con su padre, en las palabras de tranquilidad que había recibido, en esa certeza nueva que había encontrado sobre las cosas importantes que permanecen aun cuando todo lo demás parece desvanecerse.

No sabía si volvería a verlo. No sabía si recordaría esa conversación al día siguiente. Pero había algo en la calidad de esa experiencia, algo en la serenidad que había encontrado durante esos minutos en el jardín, que le hacía pensar que había recibido exactamente lo que necesitaba de su padre para seguir adelante, para enfrentar con menos miedo los días que venían, para confiar en que, más allá de la confusión y el olvido, había algo esencial en él que iba a permanecer intacto hasta el final.

Capítulo 15

La casa sin tiempo

El invierno había llegado sin avisar, como llegan las cosas importantes: de golpe, transformando todo sin pedir permiso. Una mañana Clara despertó y el mundo había cambiado de temperatura, de color, de ritmo. Los vidrios amanecieron empañados por primera vez en meses, el aliento se volvió visible cuando hablaba, y los pasos sobre las baldosas frías del piso resonaban diferentes, más huecos, como si la casa hubiera desarrollado una nueva acústica para acompañar la estación que se instalaba.

Pero no fue el frío lo que la despertó esa madrugada. Fue la ausencia. Ese hueco tibio al lado de su cuerpo que le anunció, antes de que sus manos tantearan las sábanas vacías, que Heriberto se había levantado otra vez sin rumbo fijo, navegando por esos territorios nocturnos que ella no podía acompañar pero que había aprendido a respetar como parte del paisaje nuevo de sus vidas.

Se incorporó despacio, como había aprendido a hacer todo durante los últimos meses: sin movimientos bruscos, sin sobresaltos, con esa delicadeza que desarrollan las personas que conviven con algo frágil que puede romperse si no se manejan las cosas con el cuidado apropiado. La frazada seguía perfectamente estirada de su lado, pero el lugar que él ocupaba estaba frío. No tibio como cuando alguien se levanta hace pocos minutos. Frío de verdad. Frío de tiempo transcurrido.

Salió de la habitación envuelta en la bata de lana que había heredado de su madre, esa prenda que olía a naftalina y a recuerdos de inviernos anteriores, cuando los problemas tenían solución y las noches terminaban siempre con el amanecer. Caminó por el pasillo en silencio, siguiendo esa intuición que le decía que lo encontraría en el jardín, como tantas otras veces durante las últimas semanas, cuando él había empezado a buscar en el aire libre respuestas que la casa cerrada no le ofrecía.

Los pasos descalzos sobre las baldosas le transmitían el frío del piso a través de las plantas de los pies, pero no se detuvo a buscar pantuflas. Había algo en la urgencia silenciosa de esa búsqueda que no admitía demoras, que pedía la inmediatez del contacto directo con el mundo, sin mediaciones domésticas, sin comodidades que suavizaran la experiencia.

La puerta del jardín estaba entreabierta. La había dejado así él, probablemente, cuando salió sin hacer ruido para no despertarla, con esa consideración que había mantenido intacta aun cuando tantas otras formas de cuidado mutuo se habían ido diluyendo en la niebla de su confusión creciente. La tenue luz del patio se colaba entre las cortinas, creando esas geometrías de claridad y sombra que tienen las casas a las que les empieza a faltar la presencia plena de sus habitantes.

El jardín, cubierto de rocío, había adquirido esa melancolía particular que solo se manifiesta cuando las plantas parecen estar esperando algo que no va a llegar. Los rosales de Clara habían perdido las últimas flores del verano y mostraban solo sus tallos espinosos, preparándose para la poda de invierno. El limonero tenía las hojas más pequeñas, más opacas, como si hubiera decidido economizar energía para tiempos más difíciles. Todo el espacio verde había adquirido esa calidad de suspenso que tienen los jardines cuando se preparan para dormir durante meses.

Lo encontró ahí, sentado en el banco de madera que él mismo había construido años atrás, cuando todavía tenía proyectos de carpintería y planes para mejorar la casa. Tenía la bata abierta, el cabello revuelto por el aire nocturno, las pantuflas húmedas por el pasto mojado de rocío. Y los ojos... los ojos clavados en el cielo con esa concentración que había desarrollado durante los últimos meses, como si las nubes fueran párrafos de un libro que intentaba descifrar con una paciencia infinita.

No parecía tener frío, aunque la temperatura había bajado considerablemente durante la noche. Estaba ahí con la serenidad de quien ha encontrado exactamente el lugar donde necesitaba estar, sin importar las condiciones externas, sin preocuparse por la lógica práctica que hubiera sugerido quedarse en la cama hasta que saliera el sol.

—Heriberto —susurró Clara, apenas más fuerte que la brisa matinal que movía las hojas secas acumuladas en los rincones del jardín—. ¿Qué hacés acá, mi amor?

Él giró la cabeza con esa lentitud que había adquirido sus movimientos durante las últimas semanas, como si cada gesto requiriera una

deliberación previa, como si el cuerpo hubiera empezado a necesitar más tiempo para procesar las órdenes que le enviaba el cerebro. En su rostro no había miedo, ni culpa, ni el desconcierto que ella había aprendido a reconocer en sus episodios de mayor confusión. Había, simplemente, otra geografía emocional. Una expresión que no correspondía exactamente a la persona que ella conocía, pero que tampoco parecía angustiosa o perdida.

Era como si ella le hablara desde un país extranjero, como si la voz viniera de un idioma que él alguna vez había conocido pero que ahora necesitaba un esfuerzo adicional para traducir. Sus ojos la miraron con esa cortesía amable que se usa con los desconocidos que se acercan con buenas intenciones, esa manera de recibir a alguien cuando no se está seguro de quién es pero se intuye que no representa ningún peligro.

—Disculpe, señora —dijo con una suavidad educada, casi formal, que Clara no le había escuchado nunca en cincuenta años de matrimonio—. No sé muy bien cómo llegué hasta aquí. ¿Esta es su casa?

El golpe no fue seco. No tuvo la brutalidad de los accidentes súbitos que rompen la realidad de una vez y para siempre. Fue lento, progresivo, como una telaraña que se deshace en cámara lenta, como una fotografía que se desvanece gradualmente hasta volverse irreconocible. Clara sintió cómo algo dentro de su pecho se desarmaba en silencio, como un mecanismo delicado que deja de funcionar sin hacer ruido, sin anunciar su rotura con alarmas o sirenas.

Se acercó sin prisa, con la misma delicadeza con que se aproxima uno a los animales heridos o a los niños asustados, con esa sabiduría instintiva que le decía que cualquier movimiento brusco podría alterar el equilibrio frágil de ese momento. Le cubrió los hombros con la manta que había traído desde la habitación, una manta vieja que habían usado durante años para las noches de invierno en el sillón del living, mientras veían televisión o simplemente conversaban sobre los pequeños acontecimientos del día.

Le acomodó el cuello de la bata con gestos que había repetido miles de veces durante décadas, pero que esa mañana adquirían una significación completamente nueva, se convertían en actos de presentación antes que de cuidado familiar. Le secó el rocío de la frente y del cabello con la misma delicadeza con que lo había hecho años atrás cuando él regresaba del trabajo empapado por la lluvia, cuando todavía compartían esa intimidad doméstica que da por sentado que el otro va a estar ahí siempre, que va a reconocer el gesto, que va a entender el cariño que hay detrás de cada pequeña atención.

—No importa cómo llegó hasta acá —le dijo, y su voz salió más firme de lo que había esperado, como si hubiera encontrado instintivamente el tono apropiado para esa situación nueva—. Lo importante es que está bien. Y que no está solo.

Él le devolvió una sonrisa que Clara reconoció y no reconoció al mismo tiempo. Era una sonrisa genuina, llena de gratitud, pero vacía de historia

compartida. Una sonrisa amable que podría haber dirigido a cualquier persona bondadosa que se hubiera acercado a ayudarlo, pero que no contenía nada de los códigos privados, de las referencias íntimas, de esa complicidad construida durante décadas que había sido el idioma secreto de su matrimonio.

—Gracias por cuidarme, señora —respondió, y había en su manera de decir "señora" una formalidad que dolía más que cualquier grito, más que cualquier reproche, más que cualquier manifestación dramática de la pérdida que se estaba consumando.

Clara no contestó inmediatamente. Asintió despacio, como si aceptara un papel nuevo en una obra de teatro que no había ensayado, pero que estaba dispuesta a interpretar con toda la dignidad de la que fuera capaz, hasta el final. Era como si alguien le hubiera entregado un libreto diferente en el último momento y ella tuviera que improvisar, mantener la función en pie, asegurar que la historia continuara aun cuando hubieran cambiado las reglas sin aviso previo.

Se quedaron así durante un rato que pudo haber sido media hora o dos horas —el tiempo había adquirido esa elasticidad extraña que tiene en los momentos de crisis, cuando los minutos se estiran o se contraen según la intensidad emocional del momento—, mirando el cielo sin hablar. Heriberto intentaba leer las nubes como quien intenta descifrar su propia letra en un cuaderno muy viejo, con esa concentración que ponen los niños cuando se enfrentan a un texto que está apenas por encima de sus posibilidades de comprensión, pero que no quieren abandonar sin intentarlo.

Clara lo miraba a él. Estaba aprendiendo a amar una versión nueva de la persona que había elegido para compartir su vida, una versión extraña pero no menos suya por ser irreconocible. Porque seguía siendo él, aunque ya no supiera su nombre. Aunque no recordara el primer beso que se dieron una tarde de febrero en la confitería del centro, ni los hijos que habían criado juntos, ni los viajes que habían hecho cuando todavía creían que tenían todo el tiempo del mundo por delante, ni las cenas íntimas de los sábados, ni los domingos de pan casero que habían sido durante años su ritual familiar más preciado.

Aunque toda la historia se hubiera borrado del pizarrón de su mente, ella conservaba la tiza en la mano. Y estaba dispuesta a volver a escribirla cada mañana, si hacía falta. Dispuesta a presentarse otra vez, a explicar quién era, a construir desde cero una relación que tal vez duraría solo unas horas antes de tener que volver a empezar. Dispuesta a ser la guardiana de una memoria que ya no era compartida, sino que ahora le pertenecía exclusivamente a ella, como un tesoro que se cuida en soledad.

La casa sin tiempo se había vuelto su refugio durante esas semanas. Un lugar suspendido entre la realidad del presente y el peso del pasado, donde las reglas habituales del transcurrir cotidiano habían sido reemplazadas por otras más flexibles, más adaptadas a las necesidades de un habitante que

ya no navegaba por el mundo con los instrumentos convencionales de orientación temporal y emocional.

Las fotos familiares seguían colgadas en las paredes del living y del dormitorio, pero él ya no preguntaba por los nombres de las personas que aparecían en ellas. Durante las primeras semanas de confusión había mostrado curiosidad por esas caras que le resultaban vagamente familiares, había intentado ubicarlas en algún lugar de su memoria, había pedido explicaciones que Clara le daba con la paciencia de una maestra de jardín de infantes. Pero ahora las miraba con la misma indiferencia cortés con que se observan las decoraciones de una casa ajena: con respeto, pero sin involucramiento emocional.

La radio seguía emitiendo tangos los domingos por la mañana, como había hecho durante años, pero él ya no tarareaba las melodías que antes conocía de memoria, ya no movía los pies siguiendo el compás, ya no hacía esos comentarios nostálgicos sobre los cantores de antes que habían sido parte de su repertorio conversacional durante décadas. Solo a veces, cuando la música se colaba por alguna rendija de su atención dispersa, su pie hacía un movimiento involuntario, casi imperceptible. Un vestigio de memoria corporal que resistía al naufragio general. Un eco de quien había sido, filtrado a través de los reflejos que el cuerpo guarda más allá de la voluntad consciente.

Los días se sucedían como una oración repetida, con esa regularidad tranquilizadora que tienen los rituales cuando se han despojado de su significado original pero conservan su poder consolador. Clara lo vestía cada mañana con la misma meticulosidad con que lo había hecho durante sus primeros años de matrimonio, cuando todavía le planchaba las camisas para el trabajo y le elegía las corbatas que mejor combinaran con los trajes. Lo afeitaba con movimientos precisos y cuidadosos, recreando esa intimidad física que había sido durante décadas una de las formas más directas de cariño entre ellos.

Le servía el desayuno con una ternura nueva, diferente, despojada de las urgencias domésticas que habían marcado durante años sus mañanas. Ya no había horarios que cumplir, obligaciones laborales que atender, rutinas sociales que mantener. Solo estaba la tarea de cuidar, de acompañar, de hacer que cada día transcurriera con la mayor comodidad posible para alguien que había empezado a habitar el mundo de una manera completamente nueva.

Heriberto agradecía todo con ese tono neutro y cortés de quien no distingue entre el cariño y la simple cortesía, pero que reconoce las buenas intenciones y sabe responder a ellas con educación. Había perdido la capacidad de identificar las gradaciones del afecto, de distinguir entre el amor conyugal y la bondad de una desconocida, pero conservaba intactos sus modales, su gentileza esencial, esa manera de estar en el mundo que había sido siempre una de sus cualidades más hermosas.

Pero sus ojos... sus ojos aún sabían buscarla cuando entraba a una habitación. Cuando Clara aparecía en el living después de haber estado en la cocina, cuando regresaba del supermercado, cuando se levantaba antes que él y lo encontraba despierto en la cama mirando el techo, había en su mirada un reconocimiento que no pasaba por la memoria pero sí por algo más profundo, más elemental. Como si, en medio del naufragio general de su identidad, ella siguiera siendo su punto de referencia, su faro en el océano de confusión que se había vuelto su vida cotidiana.

Una tarde, mientras Clara le leía un cuento de Benedetti —porque él ya no podía leer solo, pero le gustaban los sonidos de las palabras bien pronunciadas, la música que hacían al encadenarse en oraciones que tal vez no comprendía completamente pero que lo tranquilizaban como una canción de cuna—, Heriberto la interrumpió de pronto con esa lucidez súbita que a veces aparecía en medio de su confusión, como un rayo de sol que se filtra entre nubes espesas.

—Ese nombre... me suena —dijo, y había en su voz una concentración diferente, como si estuviera haciendo un esfuerzo especial por recuperar algo que sentía importante pero que no conseguía ubicar con precisión.

—¿Cuál nombre? —preguntó Clara, y no pudo evitar que en su voz se colara una esperanza que había aprendido a no alimentar demasiado, porque las decepciones se habían vuelto parte del paisaje cotidiano y ya no tenía energía emocional para ilusionarse con cada pequeño indicio de recuperación.

—Clara —dijo él, mirándola fijamente durante unos segundos que parecían suspendidos en un tiempo diferente, más lento, más denso—. ¿Es usted Clara?

Ella no supo si reír o llorar. Las dos reacciones le llegaron al mismo tiempo, se superpusieron en su garganta, le produjeron esa sensación contradictoria que tienen las emociones cuando son demasiado intensas para ser procesadas de manera ordenada. Así que hizo ambas cosas. Río con una lágrima colgando del párpado, lágrima que se negaba a caer pero que tampoco se iba. Lloró con una sonrisa que le cruzaba el rostro como una grieta de luz en una pared oscura.

—Sí —le dijo, y su voz salió más firme de lo que había esperado—. Soy Clara. Tu Clara. Y vos sos Heriberto. Mi Heriberto.

Él asintió despacio, como quien recibe una noticia importante y necesita procesarla con la dignidad que merece. No pidió pruebas, no cuestionó la información, no mostró desconcierto. Como si, en algún lugar profundo de su ser, hubiera conservado la certeza de que eso era cierto, de que existía entre ellos una conexión que trascendía los caprichos de la memoria consciente.

—Qué nombre más bonito —murmuró, como si lo escuchara por primera vez, como si acabara de descubrir una palabra nueva que le parecía especialmente musical.

Y volvió a mirar por la ventana, donde los geranios rojos resistían al invierno con esa obstinación de colores que tienen ciertas flores, que se niegan a apagarse aun cuando el mundo a su alrededor se ha vuelto gris y esperan la primavera con una paciencia que parece infinita.

Desde ese día, Clara ya no esperó que regresara completamente. Ya no aguardó las pequeñas epifanías de reconocimiento que durante las primeras semanas la habían mantenido en un estado de alerta constante, siempre preparada para recibir algún signo de que la persona que había amado durante cincuenta años seguía ahí, intacta, apenas oculta detrás de la niebla de la confusión pero lista para emerger en cualquier momento.

Aprendió a caminar con él por los pasillos de la casa como si pasearan por un museo de vidas ajenas, observando con curiosidad respetuosa los objetos que habían pertenecido a otras personas, las fotografías de desconocidos que parecían haber sido felices, los muebles que guardaban historias que ya no era necesario recordar para poder habitarlos con comodidad.

Le hablaba de sus hijos como si fueran visitantes frecuentes de la casa, personas queridas que aparecían regularmente para compartir un té y conversar sobre temas agradables. Le contaba anécdotas familiares como si las leyera de un diario íntimo que hubiera encontrado por casualidad y que contenía historias hermosas sobre gente que había sabido ser feliz en circunstancias similares a las suyas.

Pero nunca dejó de tomarle la mano cuando caminaban por la casa, nunca dejó de acariciarle el pelo cuando él se quedaba dormido en el sillón después del almuerzo, nunca dejó de decirle "buenos días, amor" cada mañana, aunque él respondiera "gracias, señora" con esa cortesía educada que había reemplazado a la intimidad.

Y así, en la casa sin tiempo, donde los relojes marcaban horas que ya no tenían la urgencia del mundo exterior y los calendarios se habían vuelto más decorativos que funcionales, Heriberto siguió viviendo. Callado pero no silencioso, sereno pero no ausente, acompañado por una presencia que había aprendido a amarlo de maneras nuevas, a protegerlo con una ternura que no necesitaba ser reconocida para ser efectiva.

Rodeado de una fidelidad que no exigía reciprocidad, de un cuidado que no esperaba gratitud, de un amor que había encontrado la manera de reinventarse todos los días para seguir siendo lo que siempre había sido: el hogar donde una persona puede descansar sin miedo, sin preguntas, sin la obligación de ser quien ya no puede ser.

Hasta que una noche de julio, cuando el invierno se había instalado definitivamente en la casa y en sus cuerpos, Heriberto simplemente dejó de responder a las palabras de Clara, cerró los ojos con esa serenidad que había caracterizado sus últimos meses, y se quedó dormido de una manera diferente, más profunda, más definitiva.

Tal vez despertó en algún lugar donde la memoria no es una carga sino un regalo, donde todos los nombres están disponibles sin esfuerzo, donde las caras queridas no necesitan explicación para ser reconocidas. Tal vez despertó en ese mundo que había empezado a habitar durante sus últimos tiempos, el mundo donde las cosas hermosas no necesitan justificación para existir y donde amar y ser amado no requiere recordar para ser real.

EPÍLOGO

Clara no supo exactamente cuándo dejó de contar los días. Fue un proceso gradual, como el que experimentan las fotografías expuestas demasiado tiempo al sol: primero se desdibujan los bordes, después los colores pierden intensidad, hasta que finalmente lo que queda es apenas una silueta, un eco visual de lo que alguna vez fue nítido y definido. Así le pasó con el tiempo después de que Heriberto se fuera para siempre.

Los primeros días fueron los más engañosos. El dolor llegó con esa precisión quirúrgica que tienen las pérdidas definitivas, cortando limpio y profundo, dejando una herida que al principio parece manejable porque el shock actúa como anestesia natural. Clara se movía por la casa cumpliendo con los rituales funerarios que la sociedad impone a los dolientes: recibir condolencias, firmar papeles, tomar decisiones sobre flores y discursos, como si la muerte fuera un trámite administrativo que requiere cierto protocolo para ser procesado correctamente por las instituciones.

Pero cuando los hijos se fueron, cuando los vecinos dejaron de aparecer con guisos que se enfriaban en la heladera sin ser probados, cuando el silencio doméstico recuperó su densidad natural sin las interrupciones bien intencionadas de la compañía obligatoria, Clara descubrió que el verdadero duelo recién empezaba. Y que era un trabajo que tenía que hacer sola, sin manuales ni consejos, navegando por un territorio emocional para el cual no existían mapas ni brújulas.

La casa se había convertido en un museo involuntario. Cada objeto conservaba la huella de Heriberto con una fidelidad que resultaba tanto consoladora como desgarradora. La taza desportillada donde tomaba el café de la mañana seguía en su lugar habitual sobre la mesa de la cocina, como si esperara que él apareciera a reclamarla. El sillón del living conservaba la forma de su cuerpo, esa concavidad sutil que se produce cuando alguien ocupa el mismo lugar durante años, moldeando los materiales a su medida hasta convertir un mueble en una extensión de la propia anatomía.

Los libros que había estado leyendo antes de que la enfermedad le arrebatara esa capacidad seguían abiertos en las páginas donde los había dejado, con pequeños papelitos marcando párrafos que había querido recordar o compartir con Clara. Eran mensajes póstumos involuntarios, pensamientos que había considerado importantes en algún momento de lucidez y que ahora adquirían una significación completamente nueva, se

convertían en comunicaciones desde un tiempo anterior a la pérdida, cuando todavía era posible creer que habría más ocasiones para conversar sobre las ideas que los libros despertaban.

Clara desarrolló rituales propios para habitar esa soledad nueva. Cada mañana se levantaba a la misma hora que durante décadas había compartido con él, preparaba café para dos por costumbre, y después se quedaba mirando la taza vacía como si fuera un altar doméstico donde depositar la ofrenda diaria de su fidelidad. No era nostalgia exactamente, ni tampoco negación de la realidad. Era más bien una forma de mantener activa la conversación interrumpida, de conservar vivo el canal de comunicación aunque ya no hubiera nadie del otro lado para recibir el mensaje.

Hablaba sola, pero no de la manera dispersa y un poco patética de los ancianos que han perdido la costumbre de la compañía. Hablaba con él, manteniendo esa intimidad conversacional que habían construido durante cincuenta años y que la muerte no había logrado cancelar por completo. Le contaba sobre el crecimiento de los geranios, sobre las cartas que llegaban con su nombre y que ella abría porque sabía que él habría querido estar enterado de las noticias. Le leía en voz alta los obituarios del diario, no por morbosidad sino porque ambos habían desarrollado durante los últimos años esa costumbre melancólica de revisar quién se había ido, de mantener un registro informal de las partidas de su generación.

"Mirá, Heri", le decía mientras desplegaba el periódico sobre la mesa del desayuno, "se murió la señora Ramírez, la del almacén de la esquina. ¿Te acordás que siempre nos preguntaba por los chicos cuando íbamos a comprar el pan los domingos? Tenía ochenta y seis años. Una buena edad, como decías vos." Y después se quedaba esperando una respuesta que no llegaba, pero que de alguna manera sentía presente en la calidad particular del silencio que llenaba la cocina durante esos momentos.

Los hijos la visitaban con esa frecuencia calculada que tienen las personas que cumplen con un deber moral sin terminar de entender exactamente cuál es su función en el nuevo orden familiar. Llegaban cargados de preocupación y buenas intenciones, revisaban la heladera para asegurarse de que estuviera comiendo bien, controlaban que no hubiera pagos pendientes o problemas domésticos que requerían su intervención. Pero había algo en su manera de moverse por la casa, algo en la forma en que miraban los objetos que habían pertenecido a su padre, que le revelaba a Clara que ellos también estaban procesando una pérdida para la cual no tenían herramientas emocionales adecuadas.

"¿Estás bien, má?", le preguntaban con esa entonación que usan los hijos adultos cuando intentan evaluar el estado anímico de sus padres ancianos, esa mezcla de cariño genuino y responsabilidad social que no termina de encontrar el tono apropiado. Y Clara respondía que sí, que estaba bien, porque había aprendido durante los últimos meses de enfermedad de Heriberto que hay experiencias que no se pueden compartir aunque se

quiera, que hay territorios del dolor y de la adaptación que cada persona tiene que recorrer en soledad, aunque esté rodeada de amor y de buenas intenciones.

Pero no mentía cuando decía que estaba bien. Había encontrado una forma particular de estar bien que no tenía que ver con la felicidad ni con la superación del dolor, sino con una especie de equilibrio nuevo, más frágil pero también más consciente, como el que desarrollan las personas que han aprendido a caminar después de un accidente y que descubren que pueden moverse por el mundo de maneras diferentes, tal vez más lentas pero no necesariamente menos efectivas.

Una tarde de agosto, cuando el invierno había empezado a mostrar las primeras señales de cansancio y el sol permanecía un poco más tiempo en el jardín antes de esconderse detrás de los techos del barrio, Clara decidió ordenar el escritorio de Heriberto. No por una necesidad práctica ni por un impulso de reorganización doméstica, sino porque sintió que había llegado el momento de enfrentar esa tarea que había estado postergando durante semanas, esa especie de arqueología íntima que implica revisar los papeles privados de alguien que ya no está.

El escritorio era un mueble de madera maciza que Heriberto había comprado en los primeros años de matrimonio, cuando todavía tenía proyectos profesionales ambiciosos y creía que necesitaría un espacio de trabajo importante para desarrollarlos. Con el tiempo se había convertido más en un depósito de documentos familiares y recuerdos personales que en una herramienta de trabajo, pero él lo había cuidado siempre con esa meticulosidad que ponía en los objetos que consideraba importantes, manteniéndolo libre de polvo y ordenado según criterios que solo él conocía completamente.

Los cajones contenían esa mezcla heterogénea que se acumula en los escritorios domésticos: facturas pagadas que se conservan por las dudas, tarjetas de cumpleaños de los nietos, recortes de diario sobre temas que en algún momento le habían parecido importantes, fotografías sueltas que no habían encontrado lugar en los álbumes familiares pero que tampoco se habían animado a tirar porque contenían momentos que merecían ser preservados aunque fuera de manera desordenada.

En el segundo cajón, debajo de una carpeta con papeles del banco, Clara encontró un sobre color hueso que no había visto nunca. Tenía su nombre escrito con la letra temblorosa que Heriberto había desarrollado durante sus últimos meses, cuando escribir se había convertido en una tarea que requería concentración y paciencia adicionales. "Para Clara", decía con esa formalidad que él usaba para las ocasiones importantes, esa manera de convertir lo cotidiano en ceremonial a través de pequeños gestos de solemnidad.

La fecha escrita debajo del nombre la hizo temblar: 20 de abril. El día anterior a su muerte. Como si hubiera tenido alguna premonición, como si

en medio de la confusión que lo habitaba durante esas últimas semanas hubiera encontrado un momento de lucidez suficiente para despedirse por escrito, para dejar constancia de pensamientos que tal vez no había logrado expresar durante sus últimos días de vida consciente.

Clara se sentó en el sillón del estudio donde tantas veces había encontrado a Heriberto leyendo durante las tardes de domingo, absorto en esos libros de historia que le gustaban o simplemente mirando por la ventana con esa expresión de contemplación serena que había desarrollado durante los últimos años. El sobre pesaba menos de lo que había esperado, pero tenía esa densidad emocional que adquieren los objetos cuando sabemos que contienen palabras definitivas, comunicaciones que no admiten respuesta ni aclaración posterior.

Lo abrió con esa delicadeza que se usa para manipular cosas muy antiguas o frágiles, como si el papel pudiera desintegrarse entre sus dedos si no lo trataba con el cuidado apropiado. La carta tenía tres hojas escritas con la letra irregular pero legible de Heriberto, con pequeñas correcciones aquí y allá que mostraban el esfuerzo que había puesto en encontrar las palabras exactas, en calibrar cada frase para que transmitiera exactamente lo que quería decir sin herir ni alarmar innecesariamente.

Y leyó:

Mi Clara querida:

Si estás leyendo esta carta, es porque finalmente me fui del todo. No por pedacitos como venía pasando durante estos últimos meses, sino completo, definitivo, sin vuelta atrás. Y lo primero que quiero decirte es que no tengas miedo por mí. Donde sea que esté ahora, estoy bien. Estoy entero otra vez, con todos mis recuerdos en su lugar, con tu nombre perfectamente claro en mi memoria, con la historia de nuestro amor intacta y disponible como un libro que puedo leer cuando quiera.

Escribo esto en uno de esos momentos de claridad que a veces aparecen entre la niebla, como islas de lucidez que me permiten ver con nitidez lo que normalmente se me escapa entre las manos. Y lo que veo con más claridad que nunca es cuánto te amé, cuánto te amo, cuánto te voy a seguir amando aunque ya no esté ahí para decírtelo todos los días como hice durante cincuenta años.

Quiero pedirte perdón por todas las veces que no pude recordar tu nombre durante estos últimos tiempos. Por todas las mañanas en que me miraste con esa sonrisa llena de esperanza esperando que te reconociera, y yo te respondí con la cortesía educada que se usa con los desconocidos. Pero quiero que sepas algo importante: aunque mi mente no pudiera ubicarte, mi corazón nunca dejó de saber quién eras. Había algo en tu presencia, algo en tu manera de tocarme, algo en el perfume de tu piel, que mi cuerpo reconocía aun cuando mi cabeza estaba perdida en laberintos sin salida.

Cada vez que me tomabas de la mano para guiarme por la casa, cada vez que me ayudabas a vestirme con esa paciencia infinita, cada vez que me

hablabas con esa voz suave que usabas para tranquilizarme cuando me asustaba, yo sentía que estaba en el lugar correcto, que había alguien cuidándome que me quería de verdad. No sabía quién eras, pero sabía que eras mía. O que yo era tuyo. O las dos cosas al mismo tiempo.

Gracias por haber sido mi compañera durante la enfermedad. Gracias por no haberte rendido cuando yo ya no era la persona que habías elegido para compartir tu vida. Gracias por haber inventado maneras nuevas de amarme cuando las viejas ya no funcionaban. Gracias por haberme cuidado como se cuida a un niño, pero sin hacerme sentir disminuido. Gracias por haber mantenido la dignidad de los dos cuando la mía se estaba desmoronando.

Sé que va a ser difícil seguir sin mí. Sé que la casa va a sentirse demasiado grande, demasiado silenciosa, demasiado llena de recuerdos para ser habitada cómodamente por una sola persona. Pero también sé que sos fuerte, que tenés esa capacidad que yo siempre admiré de adaptarte a las circunstancias nuevas sin perder lo esencial de quien sos. Y sé que vas a encontrar la manera de ser feliz otra vez, de una manera diferente, tal vez más silenciosa, pero no menos auténtica.

No quiero que hagas de mi recuerdo un altar donde vengas a llorar todos los días. Quiero que hagas de mi recuerdo una compañía, una presencia cálida que te acompañe cuando tengas ganas de conversar conmigo, de contarme sobre las plantas del jardín o sobre las travesuras de los nietos. Voy a estar ahí para escucharte, aunque no puedas verme. Voy a estar en el banco del jardín donde me gustaba sentarme a mirar las nubes, en la cocina donde tantas veces desayunamos juntos leyendo el diario y comentando las noticias, en la cama donde dormimos abrazados durante décadas.

Y sobre todo, voy a estar en vos. En tu manera de sonreír cuando te acordés de alguna anécdota nuestra. En tu manera de preparar el café como a mí me gustaba, aunque ya no esté ahí para tomarlo. En tu manera de cuidar las plantas del jardín con esa dedicación que yo tanto admiraba. En tu manera de querer a los hijos y a los nietos con esa generosidad que aprendí de vos y que fue uno de los regalos más hermosos de nuestro matrimonio.

El amor, Clara, no se acaba cuando se acaba la vida. El amor trasciende, se transforma, encuentra maneras nuevas de manifestarse que no dependen de la presencia física. Y nuestro amor fue tan sólido, tan profundo, tan verdadero, que va a seguir existiendo aunque yo ya no esté ahí para alimentarlo con gestos y palabras cotidianas.

No te apures en reunirte conmigo. Tomate tu tiempo, disfrutá lo que te queda de vida, seguí cultivando tu jardín, seguí leyendo esos libros que te gustan, seguí cocinando esos platos que hacés tan bien. Cuando llegue tu momento, yo voy a estar esperándote, y vamos a tener toda la eternidad para ponernos al día, para conversar sobre todo lo que pasó mientras estuvimos separados.

Hasta entonces, acordate de que fuiste el gran amor de mi vida, la persona que me hizo más feliz, la compañera perfecta para el viaje que me tocó hacer por este mundo.

Te amo, Clara. Te amé siempre. Te voy a amar para siempre.

Tu Heriberto

Clara terminó de leer la carta con las mejillas húmedas, pero no con esa tristeza desesperada que había esperado. Era una tristeza diferente, más limpia, como si las palabras de Heriberto hubieran operado algún tipo de sanación en la herida que su partida había dejado. No una cura completa, porque hay dolores que no se curan sino que se aprende a convivir con ellos, pero sí una modificación en la calidad del sufrimiento, una manera más suave y menos destructiva de habitarlo.

Dobló la carta cuidadosamente y la guardó en la caja de madera donde conservaba sus tesoros más preciados: las cartas de amor que él le había escrito durante el noviazgo, las fotografías de sus primeros años de matrimonio, los dibujos que los chicos habían hecho cuando eran pequeños y que habían parecido demasiado hermosos para tirar. Era el archivo privado de su felicidad, el museo personal de una vida compartida que había sido extraordinariamente común y comúnmente extraordinaria.

Esa noche durmió mejor de lo que había dormido desde la muerte de Heriberto. No porque el dolor hubiera desaparecido, sino porque había encontrado una manera de llevarlo que no le pesaba tanto en el pecho, que no le quitaba el aire ni le hacía sentir que estaba traicionando su memoria al experimentar momentos de tranquilidad.

Los días siguientes transcurrieron con una serenidad nueva. Clara seguía hablándole a Heriberto mientras regaba las plantas o preparaba la comida, pero ahora sus monólogos tenían un tono diferente, menos urgente, más conversacional. Como si hubiera recibido la confirmación de que él podía escucharla, de que la comunicación entre ellos no había sido interrumpida por la muerte sino apenas modificada en su modalidad.

Empezó a salir más seguido de la casa. Iba al mercado no solo para hacer las compras necesarias, sino para caminar, para ver gente, para mantener activa esa parte de sí misma que necesitaba el contacto con el mundo exterior. Retomó algunas amistades que había descuidado durante los meses más intensos de la enfermedad de Heriberto, no porque quisiera llenar el vacío que él había dejado —eso era imposible y ella lo sabía—, sino porque había comprendido que aislarse completamente no era lo que él habría querido para ella.

Una tarde, mientras tomaba té con Marta, su vecina de toda la vida, se sorprendió riéndose de una anécdota que su amiga le contaba sobre sus nietos. Era la primera vez que se reía sinceramente desde la muerte de Heriberto, y por un momento sintió culpa, como si estar bien fuera una traición a su memoria. Pero después recordó las palabras de la carta, esa instrucción amorosa de no convertir su recuerdo en un altar de sufrimiento,

y comprendió que reírse también era una manera de honrarlo, de mantener viva la parte de ella que él había amado y que había querido proteger.

Los nietos siguieron viniendo los domingos, como habían hecho siempre, pero ahora Clara encontraba energía para preparar esas comidas especiales que tanto les gustaban, para escuchar sus historias del colegio, para acompañarlos en sus juegos del jardín. Los veía crecer con esa rapidez asombrosa que tienen los niños, y cada cambio que notaba en ellos se convertía en una noticia que compartir con Heriberto durante sus conversaciones unilaterales de la tarde.

"Los mellizos empezaron a jugar al fútbol en el colegio", le contaba mientras preparaba la cena. "¿Te acordás como les brillaban los ojos cuando vos les enseñabas a patear la pelota en el patio? Tienen tu misma manera de concentrarse antes de hacer el pase." Y sentía que él sonreía desde algún lugar invisible, que se alegraba de saber que su influencia en la vida de los chicos continuaba manifestándose de maneras pequeñas pero significativas.

El jardín se convirtió en su lugar de encuentro privilegiado con la memoria de Heriberto. No porque creyera que él estaba literalmente presente entre las plantas, sino porque allí habían compartido tantos momentos de tranquilidad durante sus últimos años que el espacio conservaba esa atmósfera de intimidad doméstica que había sido el marco de su amor cotidiano.

Se sentaba en el banco que él había construido y le contaba sobre el crecimiento de los rosales, sobre las flores nuevas que habían aparecido esa semana, sobre los pájaros que venían a bañarse en la fuente y que parecían haber perdido el miedo después de su muerte, como si intuir que la casa había cambiado de energía y que era un lugar aún más acogedor para las criaturas pequeñas que buscaban refugio.

Una noche de septiembre, cuando el aire había empezado a perder la dureza del invierno y las primeras flores de la primavera asomaban entre las hojas nuevas, Clara sintió con una claridad repentina que había llegado el momento de escribirle una carta a Heriberto. No una carta para ser leída por otros ni para ser guardada como documento, sino una carta real, destinada a él, como respuesta a la que había encontrado en el escritorio.

Se sentó en la mesa de la cocina donde habían desayunado juntos durante décadas, tomó una hoja de papel y una lapicera, y escribió:

Mi querido Heriberto:

Recibí tu carta. Tardé en encontrarla porque no sabía que la estaba buscando, pero cuando la leí comprendí que era exactamente lo que necesitaba para poder seguir adelante sin sentir que te estaba abandonando.

Gracias por explicarme que el amor no se acaba con la muerte. Tenías razón: estás acá conmigo de maneras que no había imaginado. En mi

manera de preparar el café pensando en cómo te gustaba a vos. En mi manera de cuidar las plantas que tanto te importaban. En mi manera de mirar a los nietos y reconocer tus gestos en sus caras.

No te voy a mentir: hay días difíciles. Días en que la casa se siente demasiado vacía y tu ausencia pesa como una piedra en el pecho. Pero también hay días buenos. Días en que siento que estás conmigo de una manera diferente pero no menos real. Y he aprendido a esperar esos días buenos sin culpa, a recibirlos como regalos que vos me mandás desde donde estés.

Los chicos están bien. Los nietos crecen y se parecen cada vez más a vos en algunas cosas. Tu manera de fruncir el ceño cuando se concentran, tu manera de sonreír cuando están contentos. Es como si hubieras dejado pequeñas copias tuyas dispersas por el mundo para que yo pueda encontrarte en lugares inesperados.

El jardín está hermoso. Los rosales que plantamos juntos están dando las flores más lindas que recuerdo. Como si hubieran entendido que ahora tienen que florecer por los dos. Y el limonero finalmente dio frutos. ¿Te acordás que siempre decías que era un árbol caprichoso? Bueno, parece que decidió portarse bien para acompañarme.

Te extraño, Heri. Te extraño de maneras que no sabía que existían. Extraño tu voz, tus manos, tu manera de ocupar el espacio de la casa. Pero ya no es una nostalgia desesperada. Es una nostalgia más suave, que me acompaña sin aplastarme, que me recuerda lo afortunada que fui de tenerte durante tantos años.

Estoy aprendiendo a ser feliz de nuevo, de a poquito, sin traicionar tu memoria. Estoy aprendiendo que extrañarte y estar bien no son cosas contradictorias. Que puedo llorar por tu ausencia y al mismo tiempo agradecer por todo lo que compartimos.

Esperame, mi amor. Tomate tu tiempo. Cuando me toque ir, quiero encontrarte ahí, con esa sonrisa tuya que me enamoró hace más de cincuenta años y que sigue siendo lo más hermoso que vi en mi vida.

Te amo. Te amaré siempre.

Tu Clara

Terminó de escribir cuando ya había anochecido completamente. Dobló la carta, salió al jardín, y la dejó sobre el banco donde tantas veces habían conversado durante los atardeceres de sus últimos años juntos. No sabía exactamente por qué hacía eso, no creía que fuera a desaparecer misteriosamente llevada por fuerzas sobrenaturales, pero sentía que el ritual de depositar sus palabras en ese lugar tenía un sentido que trascendía la lógica práctica.

El viento nocturno se llevó la carta durante la noche. Clara la encontró a la mañana siguiente enganchada en las ramas del limonero, como si el árbol hubiera querido conservarla, protegerla de la lluvia que había caído durante

la madrugada. La rescató con cuidado, la guardó junto a la carta de Heriberto, y sintió que había cerrado un círculo importante, que había completado una conversación que había quedado inconclusa.

Y siguió viviendo. Día tras día, semana tras semana, con esa mezcla de tristeza y serenidad que caracteriza a las personas que han aprendido a convivir con una pérdida importante sin permitir que las destruya. Siguió cuidando el jardín, recibiendo a los nietos, conversando con Heriberto durante las tardes tranquilas, manteniendo viva la llama de un amor que había demostrado ser más fuerte que la muerte.

Porque hay amores, Clara lo sabía ahora, que trascienden las limitaciones del tiempo y del espacio. Amores que se alimentan de la memoria pero que no viven solo del pasado. Amores que encuentran como seguir creciendo cuando uno de los amantes ya no está físicamente presente para nutrirlos con gestos y palabras cotidianas.

Y el suyo con Heriberto era uno de esos amores. Un amor que había sobrevivido a la enfermedad, a la pérdida de la memoria, a la muerte misma. Un amor que había aprendido a expresarse a través del cuidado de un jardín, del recuerdo de una sonrisa, de la certeza inquebrantable de que algunas cosas hermosas son para siempre.

Aunque el para siempre tenga formas diferentes de manifestarse según las circunstancias, y aunque a veces haya que aprender idiomas nuevos para seguir diciéndose "te amo" cuando las palabras ya no pueden viajar de boca a oído, sino de corazón a corazón, atravesando distancias que no se miden en kilómetros sino en la profundidad del sentimiento que las une.

—Fin...

...o tal vez no, porque el fin llega cuando el amor acaba...y ellos siempre se amarán.